MEG ROSOFF

El deslumbrante Kit Godden

Siruela

EL DESLUMBRANTE KIT GODDEN

MEG ROSOFF

Traducción del inglés
María Porras Sánchez

Siruela

Las Tres Edades

Edición en formato digital: septiembre de 2021

Título original: *The Great Godden*
En cubierta: fotografía de © EyeEm/Alamy Stock Photo
© Meg Rosoff, 2020
© De la traducción, María Porras Sánchez
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Ediciones Siruela, S. A., 2021

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-18859-38-0

Conversión a formato digital: María Belloso

Para Catherine y Michael

Y nosotros estamos un poquito sobre la tierra
para aprender a sufrir los rayos del amor.

WILLIAM BLAKE

Capítulo 1

La gente habla de enamorarse como si fuera la cosa más milagrosa y trascendental del mundo. Te dicen que simplemente sucede, de repente lo sabes. Miras a la persona amada a los ojos y no solo ves a quien siempre soñaste que ibas a conocer, te ves a ti, a la persona en la que siempre has creído, la que te inspira placer y anhelo, en la que nadie había reparado nunca antes.

Eso fue lo que sucedió cuando conocí a Kit Godden.

Lo miré a los ojos y lo supe.

Lo malo es que todo el mundo lo supo. Todo el mundo se sentía justo igual que yo.

Capítulo 2

Cada año, cuando termina el curso, llenamos el coche con todos los trastos indispensables y nos dirigimos a la playa. Cuando los seis terminamos de encajar nuestras pertenencias en el vehículo, papá dice que no ve por las ventanillas y que no queda espacio para nosotros, de modo que sacamos la mitad de las cosas, pero de poco sirve: siempre termino sentada encima de una raqueta de tenis o una bolsa de zapatos. Cuando por fin arrancamos, todo el mundo está de un humor de perros.

El trayecto es una pesadilla, venga a alborotar y a discutir y mamá gritando que le va a dar algo como no cerremos el pico, y una vez al año papá aparca en el arcén y asegura que se queda allí sentado hasta que todo el mundo se calle de una puta vez.

Vamos a la playa desde que nacimos y, según esa teoría que afirma que ya antes existía vida, papá lleva viniendo desde que era pequeño y mamá desde que conoció a papá y nos trajo al mundo a los cuatro.

Se tardan horas, pero al fin salimos de la autopista y nos cambia el humor. La familiaridad de la ruta provoca un efecto especial en nuestro cerebro y comenzamos a gimotear quedamente, como los perros cuando se acercan a un parque. Se tarda media hora exacta desde la rotonda hasta la casa y nos sabemos de memoria cada centímetro del paisaje. Quien vea ciervos o caballos por la ventanilla o a un búho sentado en un poste o a Harry la Liebre brincando por la carretera gana puntos extra. Harry suele aparecer en mitad de la carretera el día que llegamos y reaparece el día que nos marchamos: es una prueba irrefutable de que nuestro mundo es una complicada simulación informática.

Las llegadas no son cualquier cosa. Aparcamos en el camino de hierba, salimos despedidos del coche y entramos entre gritos y

empujones en la casa, que huele a tapicería antigua, a sal y a humedad hasta que abrimos todas las ventanas y dejamos que la brisa del mar entre a raudales.

La primera conversación siempre es la misma:

MAMÁ *(soñadora)*: Echo tanto de menos este sitio.
HIJOS: ¡Y nosotros!
PAPÁ: Ojalá estuviera más cerca.
HIJOS: Y tuviera calefacción.
MAMÁ *(en tono severo)*: Pues ni lo está ni la tiene. Dejad de soñar.

Nadie se molesta en mencionar que siempre es ella la que saca el tema.

Mamá tiene el recogedor en la mano y barre las moscas muertas del alféizar de las ventanas, mientras papá guarda la comida y prepara el té. Yo corro al piso de arriba, abro el cajón de debajo de la cama y saco la sudadera vieja del año anterior. Huele a casa antigua y a playa y ahora yo también.

Alex comprueba en su portátil las cámaras de las cajas refugio de los murciélagos y Tamsin saca las cosas de la maleta a una velocidad sobrehumana porque mamá dice que no puede ir a ver al caballo hasta que no lo coloque todo. El caballo no es suyo, pero lo alquila durante el verano y no dudaría en salvarlo de un incendio horas antes de salvarnos a cualquiera de nosotros.

Mattie, que ha pasado de ser una chica plana con las facciones demasiado grandes a una diosa del sexo de dieciséis años, se ha puesto un vestido veraniego y botas de agua y camina hacia la playa porque para ella la vida es como un *post* de Instagram. En ese momento se ve guapísima y romántica, cosa cierta desafortunadamente.

Se oye un alegre alboroto cuando Malcolm y Hope suben al piso de arriba para darnos la bienvenida a la playa. Gomez, el basset hound de Mal, un perro muy grande y melancólico, ladra a todo volumen; Tamsin y Alex lo están besuqueando, no se le puede culpar.

Mal trae dos botellas enfriadas de vino blanco y, mientras todo el mundo reparte besos y abrazos, papá murmura:

—Ya era hora.

Y abandona el té y va en busca de un sacacorchos.

Tam se abalanza sobre Mal, que la coge en brazos y la sube en alto y

le da vueltas como si todavía fuera una niña.

Hope nos obliga a colocarnos por orden de edad: Alex, Tamsin, Mattie y yo. Da un paso atrás para admirarnos, nos dice lo mucho que hemos crecido y lo guapísimos que estamos, aunque es obvio que se refiere a Mattie sobre todo. Estoy acostumbrada a que me incluyan en la narrativa de lo guapísima que está Mattie, la gente lo hace por cortesía. Tam suelta un bufido y rompe filas seguida de Alex. No es que no nos veamos en Londres, pero entre las clases y el trabajo, y que además viven en una zona distinta de la ciudad, no sucede a menudo.

—¡Cuando estéis listos, la cena os espera! —les dice Hope a voces.

Papá seca las copas con un trapo, las llena y reparte el primer vino del verano entre los mayores de edad, con una dosis reducida para mí, Mattie y Tamsin. Alex reaparece y ataca como un depredador cuando Hope deja la copa para ayudar a mamá con una maleta. Se la bebe de dos tragos y huye a esconderse entre los matorrales. Hope mira la copa vacía con el ceño fruncido, pero papá vuelve a rellenarla.

Todo son sonrisas y risas, todo el mundo irradia optimismo. Este año va a ser el mejor de todos: el tiempo, el mejor; la comida, la mejor; la diversión, la mejor.

Los actores están reunidos, da comienzo el verano.

Capítulo 3

Nuestra casa es pintoresca e incómoda a partes iguales. Para empezar, es más pequeña de lo que parece, cosa curiosa, porque casi siempre sucede al revés. Mi tatarabuelo la construyó para su esposa como regalo de bodas en 1913 siguiendo un estilo que mi madre define como post-victoriano-loca-en-el-ático. Perteneció a la familia hasta la década de 1930, cuando mi antepasado la vendió para saldar sus deudas de juego. Su hijo (mi bisabuelo) volvió a comprarla veinte años después, le devolvió su azul bígaro original y, desde entonces, todo el mundo evita mencionar que hubo un tiempo en el que no perteneció a la familia. También construyó una casa en la playa para albergar a más familiares que ahora pertenece a Hope. Desde que Mal apareció en escena pensamos en ella como en la casa de ambos, aunque técnicamente no lo sea.

Nuestra casa se construyó como residencia de verano, un disparate no apto para ser habitado durante todo el año; por eso no vivimos allí. Tiene muchas corrientes, no hay aislamiento y las tuberías se congelan si no se drenan y se llenan los retretes de anticongelante en noviembre, pero adoramos cada torre, cada torreón y cada ventana, a cuál más extraña, incluso la escalera que termina en un armario. Mi tatarabuelo debía de tener un sentido del humor tan disparatado como la casa porque toda ella rezuma personalidad e inutilidad. Eso sí, se ve el mar desde casi todas las ventanas.

Mi dormitorio es la atalaya. La mayoría de la gente no lo querría porque es ridículamente enano, más pequeño que un huevo. Una persona alta podría tocar las cuatro paredes a la vez si se tumbara con las piernas y los brazos estirados. La torre viene con una cama con cajones

incorporada y una escalera de mano, y la escalera da acceso a un mirador diminuto, del tipo mirador de la viuda, así llamado porque las mujeres necesitaban un lugar por donde pasear mientras observaban el mar con el telescopio y esperaban a que sus maridos regresaran. O no. De ahí lo de viuda.

A mí me pertenece el telescopio de latón de mi bisabuelo. Estuvo en la marina y en sus últimos años pasó mucho tiempo haciendo lo mismo que yo: tirarse de pie todo el día en el torreón cuadrado mirando por el telescopio. No tengo ni idea de lo que vería..., probablemente las mismas cosas que yo: barcos, Júpiter, búhos, liebres, zorros y, de vez en cuando, alguien nadando en pelotas. El telescopio viene con la habitación, es una norma no escrita. Nadie tiene voz ni voto, se le entrega a la persona adecuada. En teoría, el telescopio y la habitación podrían haber sido de Mattie, Tamsin o Alex, pero me tocó a mí.

En mi familia hay muchas tradiciones, como quién hereda la casa y quién hereda el telescopio. Por otro lado, pasamos de las típicas tradiciones de las familias de abolengo, como que el primogénito se llame Alfred o la estupidez congénita, y es un alivio que el gen jugador no haya vuelto a dar signos de vida. Pero, deslices aparte, cuando se trata de conservar las propiedades de la familia de una generación a otra somos idénticos a la reina de Inglaterra.

Al otro lado de la casa hay un torreón. Antes de que naciéramos los cuatro, mamá y papá tenían ahí su dormitorio, un espacio romántico pero poco práctico, ya que cuando el viento sopla fuerte parece que vaya a despegar. Hace cinco años o así se mudaron un piso más abajo a una habitación con forma de habitación encima de la cocina. Como mamá es la encargada del vestuario de la National Opera, el torreón se convirtió en su taller de verano. El cuarto de Alex está al otro lado del vestíbulo y todo el mundo lo llama «el rompecuellos». Yo antes creía que se debía a un turbio episodio en el pasado, pero papá dice que se llama así porque es tan pequeño que siempre corres el riesgo de partirte la crisma. Lo bueno es que tiene una ventana hexagonal y es tan acogedor como un camarote.

Mattie y Tamsin compartieron habitación durante años, pero cuando Mattie cumplió doce tuvieron que separarlas para evitar un derramamiento de sangre. Incluso mamá y papá eran conscientes de que nadie en su sano juicio podía vivir con Mattie; por eso terminó siendo la propietaria en exclusiva de la casita de invitados del jardín, algo que

hace que se sienta tan especial como imagina ser. Ahora Tamsin tiene la habitación para ella sola, y a todo el mundo le parece bien porque huele a caballo que no veas.

Entre los dormitorios hay un rellano grande con un ventanal con asiento incorporado donde te puedes tumbar a leer o jugar a las cartas con alguien o dedicarte a mirar el mar por la ventana. La tela de algodón con la que está tapizado está tan gastada que es difícil saber de qué color fue en su origen. Cuando éramos pequeños llamábamos a esta zona el cuarto de juegos, pero en realidad no es más que un pasillo.

El exterior de la casa está decorado con gabletes, ganchillos y canecillos, tan habituales en la arquitectura victoriana, tan llamativos que incluso los pescadores sacan fotos con el móvil. No ayuda que la fachada esté pintada de azul bígaro. Cuando le pregunté a papá por qué no la pintábamos de un color menos llamativo, se encogió de hombros y dijo:

—Siempre ha sido azul bígaro.

La clase de respuesta que oyes en mi familia. Excentricidad sin sentido.

Hope es la prima de papá, pero es mucho más joven; papá tenía veintidós años cuando Hope nació. Desde que empezaron a salir, Mal y Hope veranean siempre en la casita. Está construida a unos cien metros de la nuestra en dirección a la playa, en madera y cristal. Fue muy moderna para su época y tiene grandes terrazas de madera donde puedes sentarte a comer y a mirar el mar.

Malcolm y Hope se conocieron estudiando Arte Dramático. Nadie pensó que la relación duraría porque ella parecía demasiado sensata como para salir con un actor. Pero llevan juntos doce años y los llamamos Malyhope, como si fueran una sola entidad. ¿Dónde están Malyhope? ¿Vienen Malyhope a cenar?

—Espero que Malcolm no pierda la esperanza con Hope —bromea papá mínimo una vez a la semana, aunque es un comentario de lo más estúpido, porque Hope está colada por Malcolm. El resto también, es guapo a rabiar y nunca se cansa de los juegos de mesa.

Mal y Hope tienen treinta y pocos años y son mucho más interesantes que nuestros padres. Nadie les gana en los temas veraniegos: emborracharse, cotillear, jugar al póker toda la noche. Los dos comenzaron como actores, pero Hope decidió un día que odiaba los *castings* y odiaba ser pobre, por eso ahora enseña teatro en una

universidad de Essex. De vez en cuando hace voces en *off* porque es una imitadora nata, a diferencia de Mal. Siempre que Mal intenta poner un acento le sale una especie de irlandés y su acento americano es simplemente penoso. Nadie se lo dice a la cara, pero lo lógico sería que Hope se ganara la vida actuando y Mal enseñando teatro.

Solo he visto actuar a Hope en una ocasión, en el papel de Nora en *Casa de muñecas*. Yo tenía trece años, pero había que estar ciega para no darse cuenta de lo buena que era. No he visto nunca a nadie expresar tanto con tan poco, y nunca lo olvidaré. Cuando Malcolm actúa, se entrega en cuerpo y alma, pero va por el escenario como pollo sin cabeza.

Adoramos a Mal. Nos enseña cosas tan geniales como pelear con espada y reír convincentemente en escena. Mattie flirtea con él, pero como flirtea con todo lo que se mueve apenas es digno de mención. Malcolm le devuelve el flirteo para no herir sus sentimientos. Mattie no es estúpida, pero a veces creo que es la persona más superficial que he conocido. Dice que quiere ser médica, pero en su cerebro solo hay sitio para los zapatos y el sexo.

Mattie acaba de regresar de la orilla. Salvo los peces no había nadie para admirarla. Grita, sin dirigirse a nadie en particular, que baja a la playa para ayudar a Hope con la cena.

Oigo que Tamsin discute con papá porque quiere que la lleve al establo en coche. La norma dice que Tam puede ir a ver a Duke siempre que quiera, pero no que la lleven en coche cada vez que le apetezca ir. Tiene razón, se tardan cinco minutos en coche y veinte en bici, pero si sumas todos los cinco minutos del verano entiendes que papá pase del tema.

Mamá zanja la discusión y por unos instantes preciosos reina la paz.

Capítulo 4

—Tengo dos sorpresas —dijo Hope a la mañana siguiente de nuestra llegada, pero no nos contó nada por mucho que insistimos—. Os las anunciaré durante la cena.

No me gustan las sorpresas. Quiero hechos, señora, déjese de champán y de sonrisitas.

Eran casi las seis cuando aparté el libro que estaba leyendo y miré por la ventana. Tam, con pantalones de montar, caminaba por la playa en dirección a casa con una bandeja grande de algo que parecían algas, aunque seguramente tuviera que ver con la cena.

Con el telescopio se ve un buen trecho de playa y cualquier cosa entre la casa y el mar.

Nunca enfoco a los dormitorios, pero todo lo que sucede en el exterior es un objetivo válido. Puedo ver lo bastante bien el horizonte como para distinguir los nombres de los cargueros. Puedo ver lo bastante bien a la gente en el mar como para leer los labios, si supiera leer los labios. Ahora mismo estamos a un par de días para la luna llena y me encantan sus infinitos matices de azul aguado, como el fantasma de una auténtica luna.

La casa bulle ante la incógnita de las dos sorpresas de Hope. ¿Será que va a anunciar que está embarazada? Si es así, sería una noticia fantástica. Por mucho que quiera a Mal, es el tipo de persona que intercambiaría un bebé por un puñado de habichuelas mágicas sin pensárselo dos veces. Aunque si lo hiciera, se las arreglaría para convencer a todo el mundo de que estaba haciendo lo correcto y solo Hope se cabrearía con él. La cualidad más útil de Mal es un exceso de encanto endiablado que hace que todo el mundo ignore sus fallos. Pero

agradeces hablar con él cuando no puedes con la vida o cuando no aguantas a tu familia, porque se le da bien escuchar, algo que no hace casi nadie.

Veo que mis padres se dirigen a la playa, les gusta nadar a esta hora. Mamá lleva un bañador a rayas blancas y verdes y el sombrero panamá que papá le regaló por su cumpleaños el año anterior. Papá lleva pantalones cortos y chanclas. Caminan uno cerca de la otra.

Después de nadar, mamá encenderá la barbacoa y papá se encargará de adobar lo que haga falta y estorbar. Malyhope aparecerán con más fuentes de ensalada y botellas de vino listas para el descorche. Y para ser bebidas. Los adultos se emborracharán. Y quizá también los menores si nadie está al tanto.

Lo que no alcanzo a ver desde mi ventana me lo imagino con una claridad cristalina. Por ejemplo: justo ahora, Mal está en su salón jugando al ajedrez con Alex. Mal se estremece cada vez que Alex realiza una jugada decente. Los dos hacen trampas como piratas y nadie más quiere jugar con ellos. No recuerdo si Alex siempre fue de hacer trampas o si es algo que ha aprendido de Mal, que asegura que está estudiando la mente criminal por si alguna vez le toca interpretar a Moriarty.

Por fin bajo de mi habitación. Hope llega y todo el mundo quiere saber cuáles son los secretos, pero ella insiste en que todavía no es el momento. Mal dice que acepta sobornos en metálico.

—Vaya tela —murmura Alex—. Ya puede ser importante.

Mattie mira con ojos soñadores y da por hecho, como hace siempre, que los secretos tienen algo que ver con ella. No está del todo equivocada.

Son más de las ocho y media cuando nos sentamos a cenar. La mesa está iluminada con fanales auténticos, y velas en tarros por si acaso no bastan. Alex se ha situado en un extremo, por eso, cuando Mal levanta la botella para rellenar las copas de todos, mamá y papá no ven que una copa es suya.

Por fin, Hope se levanta y da unos toquecitos en la copa con una cuchara, como si la gente no estuviera mordiéndose las uñas esperando el momento. Nos llegan vítores desde el extremo de la mesa donde está Alex, y el sonido del codazo que Tamsin le propina y que lo tira al suelo. Se queda ahí tirado sin parar de reír.

—Os prometí dos sorpresas —dice Hope.

Con cierta pomposidad, pienso. Está nerviosa.

—¿Gemelos? —interviene papá, y Mal casi se atraganta.

—Nada de gemelos —dice Hope—. Aunque Mal y yo nos vamos a casar, así que nunca se sabe.

Mal farfulla:

—Dios no lo quiera.

Pero todo el mundo ya está aplaudiendo y se inclinan sobre la mesa para felicitarlos. Hope los rechaza.

—Venga ya —dice—, si llevamos viviendo juntos una eternidad.

Papá le tiende la mano a Mal.

—Buen trabajo, Mal.

Hope pone los ojos en blanco.

—¿Por conocer a una mujer y no parar hasta echarle el guante?

Papá se ríe.

—La boda será el último fin de semana del verano, sin historias, una ceremonia corta. Nada de familia salvo la más cercana, algunos buenos amigos, una buena comida, nada de carpa. Algo sencillo sencillísimo.

—Como Mal.

Mamá manda callar a Alex.

—¿Sin vestido blanco? —Mattie parece abrumada.

—Mal que se ponga lo que quiera —contesta Hope.

Y, por fin, se besan, un beso dulce, de comedia. Gritos de ovación.

Hope nos silencia con una mano en alto.

—Una cosa más. Ya que casi toda mi familia está sentada en esta mesa me gustaría aprovechar el momento para daros las gracias por ser más estupendos y menos exasperantes de lo que podríais ser. Eso es todo.

Con la capacidad innata para robar una escena que siempre le ha caracterizado, Alex vomita sobre la hierba. Mamá lo agarra del cuello de la camisa y lo arrastra dentro de casa. Oímos gritos amortiguados y, cuando Alex por fin sale, está de color verdoso. Mamá lo sigue con un cubo de agua y cara de malas pulgas.

—¿Puedo ser la dama de honor? —Mattie ya ha elegido el vestido y las flores que llevará.

—¿Y yo qué? —pregunta Tamsin.

—Dos damas de honor... —dice Hope—. A menos que tú... o quizá Alex también queráis. —Hope me mira, de repente parece agobiada.

—No, gracias —contesto yo—. A menos que te apetezca a ti.

Hope sonríe y niega con la cabeza.

—Dos son suficientes.

Alex se espabila.

—¿Y yo qué? —No logra enfocar la vista en ningún sitio.

—¿Y tú qué, querido? Me encantaría que fueras mi dama de honor.

Alex está encantado. Se tambalea hacia un lado.

—Ya está bien de boda —dice papá—. ¿Cuál es la segunda sorpresa?

Al resto se nos había olvidado la segunda sorpresa.

—Ah —dice Mal—. Sí. Quizá no todos estéis al corriente de que Florence Godden es la madrina de Hope.

—¿No te referirás a la famosa Florence Godden? —Papá y Mal interpretan una conocida escena de vodevil. Que la madrina de Hope sea Florence Godden es un episodio bien célebre en la biografía de Hope.

Alex se tambalea hacia el otro lado.

—Florence está rodando una película en Hungría y han cambiado la fecha sin previo aviso. Por eso, sus hijos vendrán a pasar el verano con nosotros desde Los Ángeles.

—Dios mío. —Mattie parece a punto de desmayarse—. No puedo creer que no nos lo hayáis contado.

—Nos lo están contando justo ahora, Mattie. —Incluso Tamsin habla a Mattie con desdén.

—Hace años que no los veo —dice Hope—. Imagino que habrán cambiado. Kit tendrá diecinueve años más o menos y Hugo es un año o dos menor. No se os ocurra agobiarlos nada más llegar. Acordaos del pobre cormorán, chicos.

Todos guardamos un segundo de silencio al recordar al pobre cormorán. Lo cuidábamos siguiendo las indicaciones de Mal hasta que murió de un ataque al corazón provocado «por un puto exceso de atención», según nos dijo. La causa de la muerte no llegó a demostrarse, nunca estaremos seguros porque papá se negó a autorizar la autopsia. Dibujé al pájaro después de que muriera, con las alas andrajosas extendidas del todo, tan ancho como alto es Alex. El cuello serpentino y los ojos inertes hacían de él un cadáver inolvidable.

Puede que fuera el momento que Hope eligió para el comentario, pero Kit Godden y el cormorán quedaron ligados en mi cerebro para siempre, el chico dorado y el pájaro negro andrajoso. La edición de 1954 de *Pájaros británicos* de mi abuelo definía al cormorán como un «pájaro siniestro y reptiliano, de lo más promiscuo».

Ajá.

Hope se sentó.

—Bueno —dijo—. Pues ya está. ¿Brindamos por el verano?

Todo el mundo cogió una copa menos Alex; mamá le lanzó una mirada tan gélida que se deslizó hasta el césped de debajo de la mesa y allí se quedó.

Ocho voces corearon:

—Por el verano.

Capítulo 5

Faltaban tres días para que Kit y Hugo Godden desembarcaran en la playa. Nadie con más de treinta años vivía aquello como un apocalipsis incipiente, pero Mattie dedicó cada hora libre a una exigente rutina de belleza. El resto dejábamos pasar el tiempo mientras ella se aplicaba mascarillas de avena y se atusaba el pelo frente al espejo.

—Qué asco —soltó Alex—. Voy a bajarme unos murciélagos de internet para enseñárselos a los chicos nuevos. —Le parecía un gesto la mar de generoso. Al fin y al cabo, ¿a quién no le gustaban los murciélagos?

—Los murciélagos no les van a gustar —dijo Mattie.

—Apuesto a que sí. Apuesto a que allí de donde vienen están deseando ver murciélagos.

—¿Y qué pasa con Batman? —rio Tamsin.

Alex la ignoró.

—Si les gustan los murciélagos son buena gente. Si no les gustan, que se vayan.

Me encogí de hombros.

—Me parece justo.

—¡Batman! —exclamó Tam, por si no lo habíamos pillado a la primera.

—¿Os importaría cerrar la boca y largaros de aquí? —Mattie estaba de los nervios. Tenía que quitarse la mascarilla y perfeccionar la boquita de piñón, y el tiempo volaba.

—Sabemos pillar una indirecta —dijo Alex, y cerró el portátil de golpe.

—Está zumbada —añadió Tam, después de salir de la habitación.

Alex lo tenía clarísimo.

—Jo, espero que no sean los típicos capullos que ven un par de tetas y se ponen a babear.

—¿Tetas, Alex? —Mal salió del cobertizo con una caja de herramientas.

Había que reparar el portón.

—Los californianos. Apuesto a que este verano todo van a ser tetas y lenguas. Me dan arcadas. —Alex hizo el gesto de vomitar.

—Olvídate de momento de las lenguas y las tetas, jovenzuelo. —Mal encontraba a Alex divertidísimo, igual que el resto—. No te pongas en lo peor.

—Más vale que sea así. —Alex se marchó pateando el suelo.

—¿Me llevas al establo? —Tam se dirigió a Mal con su sonrisa más cautivadora.

Él enarboló un destornillador en su dirección:

—Algunos tenemos trabajo que hacer.

Tam suspiró y siguió a Alex al interior de la casa.

—Supongo que solo quedamos tú y yo —dijo Mal, pasándome el brazo por encima del hombro—. ¿Te apetece ponerte manos a la obra?

—Qué va. Voy a bañarme.

—Tú misma —dijo él—. Sé libre. Disfruta del sueño dorado de la juventud.

Puse los ojos en blanco.

—Sí, claro.

—Antes de que te des cuenta eres un viejo decrépito y casi nadie quiere casarse contigo.

—Le diré a Hope que estás desesperado.

—Corre a decírselo, bonita.

Caminé hasta la orilla y me adentré en el mar.

Sería distinto que unos extraños pasaran el verano entero con nosotros. Pero distinto ¿para mejor o para peor? Alex tenía razón: iba a ser difícil soportar semanas enteras de tonteo con Mattie pululando en tirantes y tíos babeando por ella. Al menos, puede que uno de los dos no esté zumbado.

Me zambullí y dejé que el mar helado me cubriera la cabeza. Había demasiados pensamientos en el aire. Bajo el agua todo era silencio.

Cuando me topé con Mattie un rato después parecía retocada: una versión mejorada y pulida, con el tono de piel unificado, las cejas

definidas en un arco perfecto, las piernas (y Dios sabe qué más) depiladas y embadurnadas en aceite. Olía a geranio y rosa, el reconocible olor del perfume de mamá.

—Lo he cogido prestado —dijo.

Pero ¿cómo se coge prestado un perfume? No se puede devolver.

Se tumbó en el viejo sofá del salón con las piernas sobre el respaldo, mirando el teléfono como si un genio fuera a salir de él si lo frotaba.

Por lo general, Mattie y yo nos ignorábamos mutuamente, no teníamos nada en común. Era más sencillo que discutir sobre nuestros intereses vitales, ya que a mí los suyos me parecían una chorrada y viceversa.

Las horas pasaban igual que el resto del año, hasta que aquello que estábamos esperando comenzó.

Capítulo 6

La mañana en la que Kit y Hugo Godden llegaron a la playa, Mal jugaba a las cartas con mamá, Tamsin había ido al establo a ver a su caballo, Mattie estaba pintándose las uñas y papá, Hope y yo habíamos ido a nadar. Gomez estaba tumbado a la sombra en el jardín trasero, roncando y soñando.

Todo el mundo vio el coche: un Mercedes grande y negro con los cristales tintados. Un coche poco habitual por allí, por eso supimos que eran ellos.

Teníamos pocos detalles. Solo sabíamos que venían a pasar el verano con Mal y Hope, lo suficiente para causar una emoción pura y sincera.

Nunca había visto a Mattie tan excitada. Por fin algo de acción.

Yo desconfiaba, como siempre. ¿Por qué nosotros? ¿Por qué aquí? ¿No eran lo bastante mayores como para pasar el verano solos? ¿No tenían amistades en Los Ángeles?

Como Tamsin estaba enamorada de su caballo no era tan propensa a vivir una aventura amorosa como el resto. Aun así, le dejó a Duke un par de balas de heno en la cuadra y regresó a casa cuando mamá la avisó por mensaje.

Todo el mundo llegó a la vez, Tam en bicicleta, Mattie (con las uñas todavía húmedas) y Mal procedente de casa.

Hope, mamá, papá y yo ya estábamos allí.

Nos pasábamos los veranos en bañador, camiseta y pantalón corto, parecíamos un comité de recepción de baratillo: incongruentes, tostados por el sol y en clara desventaja. El conductor del Mercedes llevaba traje oscuro y corbata y Florence Godden se apeó del asiento del copiloto como si llegara a una alfombra roja, mientras los paños de seda blanca de

su túnica flotaban a su alrededor como un estandarte. Gomez se abalanzó sobre ella ondeando las orejas, pero Florence estuvo a la altura: se quitó un guante largo de croché, se agachó y lo estuvo acariciando hasta que él perdió el interés y se marchó a continuar con lo que estuviera haciendo.

Tendría más de cincuenta años, era menuda, algo demacrada, al estilo de las antiguas bellezas de Hollywood, con el cabello oscuro perfectamente peinado, la piel bronceada y reluciente, unas gafas de sol blancas descomunales y los rasgos perfectamente alineados. Las lujosas capas de seda que flotaban a su alrededor cubrían parcialmente unos pantalones blancos sin una sola arruga que terminaban en un par de sandalias de plataforma. Las sandalias parecían pesar más que ella.

Mattie contempló a Florence Godden maravillada. Una auténtica estrella de cine, aunque su carrera se hubiera truncado antes de que ella naciera.

—Queridísima —suspiró Florence al ver a Hope—. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Demasiado —dijo Hope sonriendo, y abrazó a su madrina.

—Qué maravilla conoceros a todos. —Florence hablaba con acento británico disfrazado de un falso deje tejano—. Veo ya mismo lo felices que van a ser mis chicos aquí.

El foco de atención cambió súbitamente, como si siguiéramos la bola en un partido de tenis. Kit se apeó del asiento trasero y Mattie, por primera vez en mucho tiempo, centró toda su atención en algo. Como siempre se consideraba la persona más guapa en un grupo, conocer a Kit debió de ser un *shock* para ella. Mattie estaba acostumbrada a ser admirada: tenía unas curvas generosas, las piernas largas, los ojos grandes y los labios carnosos, todo lo necesario para que hombres y mujeres de cualquier condición se detuvieran a mirarla y remirarla.

Pero Kit Godden pertenecía a otra categoría: piel tostada, una mata de pelo castaño rojizo con reflejos dorados, ojos avellana con destellos dorados. La escultura griega y dorada de un muchacho. Vestía un polo blanco anticuado con un cocodrilo en el pectoral izquierdo, pantalones cortos color caqui y chanclas. Llevaba el pelo un poco largo y los mechones le bailaban como las serpientes de Medusa. De vez en cuando se lo peinaba hacia atrás con los dedos.

En mi recuerdo parece brillar. Si cierro los ojos, veo cómo nos miró en ese momento, con la piel iluminada como si se hubiera pasado horas absorbiendo los rayos del sol para desprenderse de ellos lentamente. Su

voz también era dorada: grave e íntima, no quejumbrosa como las nuestras.

Kit Godden nos observó de uno en uno y nos sonrió con una sonrisa llena de luz. Su voz denotaba confianza en sí mismo, sabía que cualquiera se inclinaría un poco para oírle mejor.

Primero le presentaron a Mattie y Kit le tendió la mano con solemnidad. Yo me esperaba que saltaran chispas de ese choque de fuerzas hormonales, mínimo un terremoto. En cuatro segundos la había seducido por completo.

El centro del grupo estaba en plena efervescencia.

—Hugo, querido, ¿dónde te has metido?

Florence se inclinó sobre el Mercedes y se quitó las gafas de sol para buscar a su segundo hijo en el rincón más oscuro; lo encontró, lo agarró de la muñeca y solo entonces salió, moreno y bastante anodino. Al bajar del coche se estiró, estaba un poco encorvado y era más alto y delgado que su hermano, aunque no tenía su aspecto atlético. Llevaba una camiseta lisa de color azul y vaqueros con zapatillas blancas. Nada más. Ni jersey ni chaqueta ni gorra pijos, tampoco sudadera con logo. La cara parecía ligeramente deformada, hundía las manos en los bolsillos y le giraba la cabeza al mundo, por eso era difícil estudiarlo. Era huesudo y delicado como un galgo joven, con unos codos y rodillas muy grandes.

Se notaba que era hermano de Kit, encanto y brillo aparte: era el patito feo, un chico corriente salvo por el ceño fruncido y la pinta de preferir estar en cualquier otro sitio.

—Pasad, pasad —dijo Malcolm. Condujo a todo el mundo al interior de la casa y ofreció bebida mientras Hope tomaba del brazo a Kit y a Florence, con un aspecto petulante poco propio de ella.

—Son muchos nombres que retener —le dijo a Kit en voz baja—. Pero ya los pillarás.

Kit repitió los nombres, repasándolos uno a uno con una sonrisa confiada, como si estuviera fabricando una regla mnemotécnica poco adecuada.

Malcolm y mamá desaparecieron en la cocina y dejaron a Mattie observando a Kit y a Hope poniendo la mesa para el almuerzo. Papá y Florence charlaban como dos amigos de toda la vida. Florence apoyaba la mano en el brazo de papá y su voz de estrella de cine había adquirido un registro agudo, como si fuera francesa. Mal cogió las copas y sirvió un vino blanco italiano que caía a plomo en el estómago vacío y que hizo

que Mattie se tambaleara, pero el glorioso Kit la sostuvo con la mano y le dedicó una sonrisa comprensiva, mientras ella lo miraba como si los ojos se le fueran a derretir.

Kit miró por encima del hombro de Mattie y me pilló observándolo. Aunque yo era más de póker que de adivinanzas, supe al instante que él supo al instante que yo...

Digamos que en ese instante él se me quedó clavado como una navaja automática.

Me sostuvo la mirada durante demasiado tiempo, luego bajó la cabeza y nos observó a todos.

Oooh. La habitación contiene la respiración.

Suelta el aire.

—Mis hermosos hijos —dijo Florence, tomando a Kit del brazo y observándolo con devoción mientras buscaba a Hugo, que se había instalado en el rincón más oscuro de la habitación y nos miraba ceñudo.

Hugo nos desagradó al instante, lo juzgamos al unísono con el resto de la familia Godden: Kit, tan exquisito, y Hugo..., en fin.

Hope sirvió más vino y Mattie separó a Kit del grupo, trabajando como un perro ovejero, empujándolo suavemente hacia la playa en dirección a nuestra casa.

—Es más bonita de lo que parece —la oí decir. Él murmuró un cumplido.

¿Más bonita de lo que parece? Si era una pasada.

—Se puede jugar al tenis, nadar y salir a navegar, y montar a caballo un poco más allá, y pescar, y el pueblo está a unos kilómetros, aunque supongo que no conducirás... —Se fue apagando, no sabía muy bien cómo continuar.

—Si no me gusta no te culparé —dijo Kit—. Y tengo que aprenderme los monólogos para la prueba de la Real Academia de Arte Dramático. No me aburriré.

—Normalmente uno no se aburre —dijo Mattie. Sonaba ridícula, aunque era muy posible que a Godden el Magnífico la vida aquí le pareciera un tostón—. Supongo que depende de a qué estés acostumbrado. —Y añadió—: ¿La Real Academia? Qué genial.

Se sentaron en el borde del porche de nuestra casa y pude observar a conciencia al prometido de Mattie. Tenía un punto bisexual, pero con los actores nunca se sabe. Había algo en la forma en la que posaba, con la barbilla ligeramente inclinada, que lo delataba, como si hubiera

estudiado a conciencia el mejor ángulo para sentarse.

—Tu casa es increíble —dijo Kit.

—Siempre ha pertenecido a la familia —contestó Mattie, balanceando las piernas—. Casi no nos fijamos en ella.

Alex asomó la cabeza por debajo del porche.

—Tú debes de ser Kit.

—Sí, debo de ser yo. ¿Y tú quién debes de ser?

—Alex. —Salió a rastras del estrecho hueco, se enderezó guiñando los ojos por el sol y se sacudió la hojarasca mohosa y las telarañas de los brazos y piernas—. Ay —dijo, estirando los brazos arriba y abajo—. Un calambre.

—¿Qué hacías ahí?

—Estaba investigando la vida salvaje. —Sostuvo una linterna del tamaño de un boli en alto y apuntó a Kit a los ojos—. Sapos, tritones, bichos. De todo.

—No se me da bien la biología.

—No es biología —dijo Alex con desdén—. Es el mundo.

Kit parpadeó.

Intervino Mattie:

—¿Sabes navegar?

—Un poco.

Kit siguió la dirección de la mirada de Mattie hasta la playa, donde unos cuantos mástiles se balanceaban en la albufera.

—Es un poco complicado salir al estuario, pero te acostumbras —dijo ella—. Hay que acercarse mucho a la costa, al principio parece peligroso. —Mattie trazaba círculos con las piernas.

Kit se mostró interesado.

—Tendrás que llevarme. Solo he navegado en el Pacífico. Es distinto.

—Para empezar, es mucho más grande —intervino Alex, y volvió a desaparecer.

—Llevamos generaciones viniendo aquí —dijo Mattie—. Pasan un montón de cosas cada verano. Hacia finales de agosto, papá y Mal hacen la Gran Travesía y doblan el cabo. Tenemos prohibido ir porque se supone que es un rito de iniciación masculino, pero un año un ferri casi partió la embarcación en dos y en otra ocasión el viento era tan fuerte que se rompió el mástil. —Hizo una pausa—. Y también organizamos un torneo de tenis, que es muy divertido. Todo es de lo más tradicional.

—Me gusta el tenis —dijo Kit.

—Mal es el mejor jugador, pero yo también soy bastante buena.

Mattie era bastante buena. Tampoco fabulosa, pero no demasiado mala. Jugábamos a una especie de tenis kamikaze sin reglas, con una red que nunca estaba tensa y sin árbitro. Quien discutía mejor normalmente ganaba el punto.

Abajo, en la playa, Hope tocó una campanilla. El almuerzo estaba listo.

—Será mejor que regresemos —dijo Mattie.

—Preparaos para almorzar con Florence —advirtió él—. Se pone muy emotiva con las despedidas. Llorar hace que se sienta una buena madre.

—¿Y no lo es? —preguntó Mattie.

Kit se echó a reír.

Capítulo 7

Estudié a Florence Godden como una fotógrafa de la vida salvaje estudiaría un lémur de cola anillada. La fama por sí sola no explicaba su forma de atraer la atención: de no haber sido la madrina de Hope nosotros no habríamos tenido ni idea de quién era. Lo que me impresionaba era su forma de utilizar su apariencia brillante para captar la atención y desviarla un segundo después.

La pregunta «¿qué estás rodando?» fue recibida con una descripción imprecisa de un joven director serbio que pronto sería uno de los grandes, un protagonista con muchas apariciones en los Oscar y un guionista tan famoso que todo el equipo había jurado guardar el secreto sobre su identidad. Dado que ninguna persona sentada a la mesa (con la posible excepción de Mal o Hope) podía nombrar un solo guionista vivo, el misterio nos parecía poca cosa. Pero el resultado era que no reparabas hasta mucho más tarde en que no había contado nada del proyecto. Aunque no sabía casi nada del negocio del cine, me daba la sensación de que no se estrenaría en Cannes.

Hugo tenía la cualidad contraria, la invisibilidad selectiva, por eso al mirarlo lo pasabas por alto sin detenerte. Si lo piensas un poco, era una habilidad interesante.

Kit brillaba levemente junto a Mattie, feliz de que su madre acaparase la atención. No necesitaba competir y lo sabía. Y ella también. Era suyo y estaba orgullosa de que lo fuera, pero había algo más.

Hope explicaba los detalles de la boda —«no será de altos vuelos, nada extravagante, ya me conoces»— mientras Florence Godden fingía escandalizarse y decía: «Por lo menos deja que te compre las flores y olvidemos el calendario de rodaje, que se las arreglen sin mí si hace

falta».

Sabía que nunca se daría el caso. Hope me pilló mirándola y comprobé que ella también lo sabía. Sentí complicidad, pero el momento pasó.

El postre llegó procedente de la cocina, cortesía de Mal: una tarta de ciruelas del tamaño de la rueda de un carro que Hope colocó junto a Hugo porque estaba más cerca, y también para incluirle en el grupo. A continuación, le siguió una jarra grande de nata.

Hope le tendió el cuchillo.

—¿La cortas tú, Hugo?

Pero Hugo negó con la cabeza y Alex se apoderó del cuchillo y dividió la tarta en doce triángulos irregulares.

Florence recibió el suyo entre grandes muestras de entusiasmo a pesar de no haber comido casi nada durante el almuerzo. También se dejó la tarta intacta y Mal terminó por servírsela en su plato.

Llegó el café y Florence comenzó a dar muestras de marcharse.

—Si pudiera quedarme con vosotros, maravillosos amigos, en lugar de marcharme a Hungría —dijo, pronunciando «Hungría» con la misma entonación que uno le reservaría a Pyongyang.

—No te marches —dijo Mal, con la boca llena de tarta—. Menudo tostón, *goulash,* patatas y magiares. —Sonó como «glaciares».

—¿Hay glaciares en Hungría? —preguntó Alex, con cierta lógica.

A nadie le importó.

—«Detrás de mí siempre escucho la alada carroza del tiempo, inexorable» —recitó Florence con un suspiro—. Hasta que nos volvamos a encontrar os llevaré a todos y cada uno en el corazón. —Se llevó ambas manos al pecho con una inclinación de cabeza afligida y después (cuando la escena terminó) se puso los delicados guantes de croché, primero uno, luego el otro, cogió el sombrero que estaba en la mesa junto a la puerta, abrazó a Kit, Hope y Mal, nos lanzó besos al resto y, en el último momento, se detuvo y miró a su alrededor en busca de Hugo.

—¡Hugo! —gritó Mal, y todo el mundo guardó silencio esperando a que apareciera.

Pero no apareció.

Cuando volvió a entrar en escena, su madre se había marchado.

Capítulo 8

Nunca había visto a nadie enamorarse tan rápido como Mattie. La lista que se había configurado en la cabeza echaba humo, iba tachando entradas tomadas de un gráfico visto en internet titulado «Cómo saber si es tu media naranja», que incluía imágenes de jóvenes compartiendo la bici, cogiendo manzanas o enzarzados en peleas de almohadas.

En este momento está hablando con Alex, que trata de no escucharla, mientras yo dibujo paisajes en lo alto de la torre.

—¿Cómo crees que es? Kit, quiero decir. Me refiero a cómo es de verdad. Kit. Kit Godden. Es un nombre increíble, ¿no crees?

Alex la miró.

—No lo sé. A mí me suena a nombre de animal. De hurón. —Estiró el labio superior y enseñó los dientes—. Kkkit. Kkkit. KKKKIT. Un hurón sin duda. A mí no me importa. Me gustan los hurones.

—¡No es un hurón! —le gritó Mattie a un Alex en retirada, sin esperar respuesta ni recibirla. No hacía falta estar en la misma habitación para verla, tendida en el sofá, imaginándose un verano de inmersión completa en Kit Godden: nadando con Kit Godden, navegando con Kit Godden, leyendo libros en el sofá con los pies rozando los de Kit Godden. A continuación, un discreto espacio en blanco en la cronología hasta reaparecer como el señor y la señora de Kit Godden y sus hermosos hijos: Coco, Miles y el pequeño Wolf.

Supuse que tardaría unos veinte minutos en cansarse de fantasear y comenzar a buscar público. Mattie es el árbol que cae en mitad del bosque.

Al final tardó quince minutos en ponerse de pie y buscar gente.

—¿Dónde se ha metido todo el mundo? —gritó. Se la oía desde la

torre. Probablemente se la oyera a diez kilómetros a la redonda—. ¿Alex? ¿Hay alguien?

Me asomé a la ventana al tiempo de ver la cabeza de Alex surgir del hueco de debajo del porche.

—¿Y ahora por qué me buscas?

—¿Crees que se enamorará de mí?

Alex la miró con ojo crítico y volvió a estirar el labio.

—¿Te refieres a Kkkit?

Mattie lo miró esperanzada.

—No.

—Sí, lo hará, estoy segura.

—Pues vale. —La voz de Alex llegó desde el hueco, donde volvió a desaparecer—. Lo que tú digas.

Mattie lo siguió hasta el porche, se arrodilló y escrutó la oscuridad.

—Ya lo verás.

—Señora Kkkkkit.

Cerré la ventana.

Hope y Malcolm se habían llevado al futuro marido de Mattie y a su hermano a visitar los monumentos de la zona: la iglesia del siglo xiv, el cementerio anglosajón, la librería de segunda mano, las ruinas del castillo, el *pub* antiguo. Viniendo de Los Ángeles, un lugar sin historia, era difícil imaginarlos interesados por nuestra historia local.

—No les va a interesar nada de eso —gruñó Mattie—. Hace un día perfecto para navegar y el bote ahí muriéndose del asco. Kit tendría que haber venido a navegar conmigo. Ven a navegar conmigo, Alex.

—No voy a jugar a ser tu futuro marido. Tardaremos un montón y tengo cosas que hacer.

—Ay, Alex, por favor.

A veces me asombra el poder de Mattie. Aunque por debajo sea de acero, cuando quiere algo parece tan esperanzada, tan vulnerable, tan necesitada de amor... La gente que no está acostumbrada a sus enormes ojos marrones y a su aterradora fuerza de voluntad puede llegar a sufrir espasmos cerebrales.

Alex aguantó el tipo.

—Tengo montones de cosas que hacer.

—Venga, Alex..., ¡podemos buscar focas!

Se notaba que se estaba ablandando. Me entraron ganas de gritar: «¡Sé fuerte, Alex! ¡Piensa en estadísticas de críquet, en horarios!».

—Vale —dijo, derrotado, y arrastrando los pies, se marchó en busca de las velas.

No regresaron hasta última hora de la tarde, mojados, salados y enfadados tras pasarse horas discutiendo quién era el capitán, por qué a ninguno se le había ocurrido llevar sándwiches y, después, a quién le tocaba regar las velas con la manguera, cosa que ninguno de los dos hizo.

Papá llegó del pueblo justo antes de que subieran por separado de la playa.

Mattie lo abrazó.

—Hola, Matts. ¿Has salido a navegar con Alex? ¿Os habéis llevado chalecos salvavidas?

—Sí. ¿Qué hay para comer? Estamos muertos de hambre.

—Hay jamón y queso —dijo—. Pero son casi las cinco, pronto será la hora de cenar.

—¿Me haces un sándwich, Matts, por favor? —Alex se derrumbó en el sofá más cercano.

—Háztelo tú.

—He ido a navegar contigo, ¿no? —Se giró hacia su padre—. Mattie está colada por el chico nuevo.

—Si casi no lo conoce.

—Da igual.

Mattie regresó de la cocina a toda prisa.

—Es más agradable que cualquier persona de esta casa.

—Fijo —dijo Alex.

Mattie volvió a la cocina hecha una furia y regresó unos minutos después para ponerle delante un sándwich preparado de cualquier manera.

—Gracias.

Papá se sentó junto a Alex en el sofá.

—¿Has visto algo interesante?

Alex se levantó y alcanzó su portátil.

—Mira..., los últimos descubrimientos de la tele-murciélago. Llevamos cinco especies. —Señaló las imágenes en la pantalla—. Además de este, creo que es un daubenton, una especie muy tímida... —Congeló la imagen borrosa y azulada—. Fíjate. Tiene una cara bonita, ¿no crees? Normalmente viven bajo tierra. No sé cómo ha ido a parar a mi refugio de murciélagos.

Mattie se inclinó hacia delante para mirar la foto y se estremeció.

—Qué asco.

—Este verano hay menos. Se nota por la noche solo con mirar. Apenas tienen mosquitos con que alimentarse.

—Unos pierden y otros ganan. —Papá se desperezó—. Mamá y yo vamos a dar un paseo antes de que se haga tarde, ¿queréis venir?

Alex hizo una mueca.

—Llévate a Mattie, igual así se anima.

Mattie le propinó una patada.

—No soy yo la que necesita animarse.

—¡Oye!

—Vale, ya está bien. —Papá se volvió hacia mí—. ¿Vienes con nosotros?

Negué con la cabeza.

Mattie se quedó en casa fingiendo que veía una película, pero en realidad estaba fantaseando con Kit. Salvo él nadie sabía cómo se sentía de verdad.

Y tampoco es que nos importara.

¿Montaría Mattie un drama capaz de perturbar la paz este verano? Parecía probable. Estaba loca por perder la virginidad y ¿qué clase de persona rechazaría a Mattie? El hijo de una estrella de cine recién aterrizado seguro que no.

Mientras tanto, había que encargarse de las flores de la boda, del vestido y de la comida, por mucho que Hope quisiera algo modesto. Según mi teoría, la atmósfera sería contagiosa y el compromiso de Hope y Mal despertaría algo salvaje en la cabeza de Mattie.

En cualquier caso, todo verano necesita un tema, supongo que «amor y matrimonio» sería ligeramente mejor que «muerte y desesperación».

Capítulo 9

Papá era siempre el primero en levantarse. Salía a nadar, corría tres kilómetros hasta la tienda, volvía con el periódico y el pan, preparaba el café y se pasaba media hora buscando a los dormilones para darles la brasa. Si no dormía, mamá lo acompañaba a nadar, y más o menos después Malcolm y Hope aparecían para tomar el café. Casi todos los menores de veinte años salían poco a poco, uno a uno, del más joven a la mayor. Todas las mañanas igual.

Ahora la única diferencia era que Mattie saltaba de la cama más temprano de lo habitual, de mal humor y con la cabeza cargada y, en lugar de tirarse en uno de los sofás grandes y esperar a que alguien le trajese el té, se ponía unas chanclas y se marchaba por donde Hope y Mal habían venido antes.

El romance de Mattie y Kit comenzó con pretextos: Mattie llegaba a la casita y fingía buscar a Hope, con la que se acababa de cruzar por el camino mientras iba en dirección contraria.

Una vez allí instalada, esperaba hasta la hora del desayuno con Kit, aunque a veces se tenía que conformar con Hugo. No tenía que decidir si le caía mal o no, él prácticamente ignoraba su presencia.

Me gustaba que no acosara a Kit. Simplemente aparecía en la casa. Cuando se tiene el aspecto de Mattie es fácil presentarse a la hora del desayuno sin invitación, resultaba adorable en lugar de entrometida. Lo que más me molesta es que nacer hermosa no tiene ningún mérito, no hace falta trabajar duro, ni tener agilidad mental ni un carácter decidido. Solo tener suerte. Y es algo tan comúnmente aceptado que a menudo se confunde con superioridad moral.

Si Kit hubiera estado buscando una conquista de verano fácil, Mattie

con su bikini de volantes amarillo claro habría encajado en el molde. Pero desde un primer momento resultó difícil saber qué era lo que buscaba Kit. Eso fue lo que lo hizo tan interesante. Al menos para mí.

Una mañana, oí voces bajo la torre y asomé la cabeza para mirar.

—Cuéntamelo —decía Mattie.

—No, cuéntalo tú —pidió Kit, caminando cerca de ella sin tocarla.

—Vale. Estaría en la playa, claro, construida sobre pilotes y llena de ventanas, con una escalera que podría retirar si quisiera que no entrara alguien: tú, por ejemplo —dijo, levantando la vista y descubriéndome.

Kit siguió la dirección de su mirada y me observó. Qué talento tenía el chico para sostener la mirada. Me retiré.

—Y un jardín en la azotea lleno de plantas exóticas y una piscina de inmersión...

¿Una piscina de inmersión?

—Y dentro, una pared de cristal que en realidad sería una pecera para especies tropicales. Y...

—Vaya —dijo Kit—. Suena mucho más excitante que la mía.

—Es la casa de mis sueños —repuso Mattie con solemnidad—. Siempre he querido una piscina con una pared de peces tropicales.

—Me alucina que lo tengas tan claro —afirmó Kit sin ningún deje de ironía—. Quizá deberías ser arquitecta.

—Ya me he decidido por Medicina —dijo—. ¿Y tú?

—Actor —contestó Kit—. ¿Qué iba a hacer si no?

Mattie se encogió de hombros.

—Se te dará genial cualquier cosa que te interese. Al fin y al cabo, si quieres conseguir algo basta con desearlo de verdad.

Permanecí un poco retirada de la ventana mientras los esbozaba. Estaban de espaldas a mí y caminaban playa abajo. ¿Si quieres conseguir algo basta con desearlo de verdad? ¿Y qué hay de tocar el violín o de la neurocirugía? ¿O del cáncer, ya que nos ponemos? Si quieres conseguir algo: a) tienes que tener aptitudes y b) trabajar muy duro para aprender o c), en el caso del cáncer, solo mala suerte. Hasta ahora, Mattie no había tenido mala suerte, pero la vida es larga.

Por debajo de mí, Alex salió del hueco del porche y se incorporó tambaleándose un poco.

—Hola, Alex.

Levantó la vista hacia mí.

—¿Qué tal la vida salvaje?

—Bastante bien. —Se giró y señaló la playa—. ¿Qué pasa con esos dos?

—Mattie está enamorada —dije.

—Mmm —dijo Alex, parpadeando—. ¿Quién iba a decir que el amor sería tan aburrido?

Pensé en sus palabras.

—Quizá a él solo le interese su pared de peces tropicales.

—Puaj. Si pienso en el amor pienso en conversaciones inteligentes, a ser posible sobre murciélagos. Esos dos no tienen ni idea.

Me separé de la ventana. Hasta Tam y sus caballos eran más interesantes que el enamoramiento de Mattie consigo misma. Mamá se enfadaba cuando yo decía esas cosas.

—Infravaloras a Mattie. Mucha gente parece superficial a los dieciséis años. Ya se le pasará.

Daba igual que yo infravalorara a Mattie. El resto del mundo la valoraba en exceso, de media salía airosa. No era la primera vez que reflexionaba sobre los valores distorsionados de la especie humana, cómo la belleza triunfa sobre casi todo, incluidos la bondad, el dinero o el talento. Claro que por sí sola no vale nada. Es un activo que se devalúa. Y posiblemente resulte ruinosa para el portador también. Incluso la Mona Lisa se cansará de que la contemplen.

Los mayores habían salido de la casa y ahora tomaban café al sol. Me senté en la ventana con un cuaderno y lápices. Y escuché a escondidas.

—¿No estáis hartos de que estén siempre en vuestra casa? —preguntó papá.

Malcolm se echó a reír.

—Siempre que llegamos nos los encontramos en el suelo jugando a las cartas, al ajedrez o a «cuál es tu perro favorito». Creo que Mattie es la hermana que Kit nunca tuvo.

—¿A su edad no estábamos siempre hablando de derrocar al Gobierno? —Papá parecía realmente perplejo.

Mamá frunció el ceño.

—¿Juegan a «cuál es tu perro favorito»? ¿Estás seguro?

—Sí —respondió Mal—. Estoy seguro. Mattie es un bulldog porque son tan feos que quieres abrazarlos y Kit dice que quiere ser un perro ovejero desde que vio *Babe, el cerdito valiente*.

—Eso no es una raza —dijo Hope.

—Por lo menos no se pasan la mañana en la cama —añadió papá.

—La cama ni la menciones. —Mamá torció el gesto—. ¿Alguien sabe lo que está pasando de verdad? ¿Cuando no estamos presentes?

Mal se encogió de hombros.

—Yo lo veo todo bastante inocente.

Papá echó un vistazo al camino.

—Ya vienen.

Kit y Mattie regresaban seguidos por Gomez, que se plantó junto a Mal y lo miró fijamente hasta que este renunció a su tostada.

—Oye —dijo Hope—. ¿Qué planes tenéis hoy?

—No lo sé —respondió Mattie—. ¿Tenis quizá?

—Vamos a navegar —dijo Kit.

—¿De verdad? —Mattie parecía radiante.

Kit asintió.

—Sí.

—Mucho cuidado con las mareas —advirtió Mal, dando un sorbo de café—. Tenéis que salir pronto si queréis libraros.

Mattie frunció el ceño.

—Llevo más tiempo navegando que tú, Mal.

—Está practicando para cuando tenga sus propios adolescentes —dijo Hope—. ¿Por qué no cogéis nuestro barco? Lo tenéis todo aquí, así no tenéis que andar con las cosas arriba y abajo.

—¿Seguro que no te importa?

—Seguro.

—¡Los chalecos salvavidas! —gritó papá tras ellos.

Los observé marcharse juntos. Mattie llevaba unos *shorts* vaqueros encima del bikini y una sudadera vieja de papá anudada sobre los hombros; Kit, una gorra de béisbol y una camiseta de un grupo de música de Los Ángeles tan moderno que ninguno de nosotros lo conocía. Al sol, el cabello de Mattie adquiría once tonos dorados distintos y se rizaba más de lo habitual por la sal. Los dos parecían salidos de un anuncio de ropa deportiva cara.

Mamá levantó la vista y me pilló mirando. Me saludó con la mano.

—En la tienda del pueblo han puesto un cartel, buscan a alguien eventual. Podías presentarte.

—¿De verdad? ¿Cuándo lo has visto?

—Esta mañana.

—Hola, Hugo. —Mal le hizo hueco para que se sentara.

—Hola —lo saludé.

Él me miró en lo alto de la torre, no dijo nada y se giró hacia Mal.

Regresé a la habitación antes de que alguien me pidiera que le hiciera compañía a Hugo. No tenía ninguna intención de pasarme el verano manteniendo monólogos. Bajé las escaleras y me escabullí por la puerta de atrás, cogí la bici de papá y me marché a toda velocidad.

Cuando llegué a la tienda el cartel seguía colgado.

Lynn, la dueña, me conocía desde que era un bebé, por lo que no necesitaba referencias. Ya sabía dónde estaba cada artículo de la tienda. Judías en lata, pastillas de encendido, tarjetas de felicitación, queso, cebollas, vodka. Estanterías y estanterías de dulces y bebidas energéticas. Quería que trabajara de dos a cinco durante tres días a la semana. Pocas horas, más en los fines de semana, un sueldo de pena, en metálico. Pensé que el dinero me vendría bien si alguna vez conseguía independizarme.

Lynn me enseñó a usar la caja registradora. Repuse algunos artículos, barrí bastante y me pasé la última media hora tan contenta dando vueltas con una pistolita que lee las etiquetas y te dice si la comida está caducada.

Volví a casa en bici.

Cuando llegué al camino distinguí a Mattie y a Kit a unos cincuenta metros de la orilla, Mattie al timón, Kit agarrado al mástil. El viento casi había cesado y la vela caía flácida como una enorme bolsa de plástico vacía. Oí retazos de sus risas. Habían estado navegando durante horas.

Los observé un rato, pero Mattie estaba de espaldas a mí y Kit detrás de la vela, así que me desvié hacia la casa de Malyhope para contarles todo sobre mi nueva profesión.

Mal estaba entusiasmado.

—Todos los grandes empezaron de reponedores.

Lo miré.

—¿Alfredo? ¿Alejandro? ¿Catalina?

—No esos «grandes» —dijo, desdeñándolos con la mano—. Los gigantes industriales.

—¿Rockefeller? ¿Henry Ford? ¿Steve Jobs?

—Claro. Lo importante es que alguno de nosotros se gane la vida.

—Perdona —dijo mamá—. Por aquí algunas nos dejamos la piel en el trabajo...

—Yo el primero. —Mal nos regaló cuatro expresiones faciales seguidas, como si lo viéramos bajo una luz estroboscópica.

—Mmm —respondió mamá, lo que solo podía significar: «Búscate un

trabajo de verdad».

Cuando Kit y Mattie atracaron el barco ya habíamos comenzado a cenar y tuvieron que sentarse juntos en la misma silla en un extremo de la mesa. Mattie pasó una pierna por encima de la de Kit y comieron así, enredados, compartiendo platos, todo susurros y risitas. Mal y papá estaban pendientes de la barbacoa, de lo contrario habrían puesto fin a tanta historia. Hugo los miró con cara de odio y Alex se llevó dos dedos a la garganta e hizo ademán de vomitar. Mamá le dijo que se dejara de tonterías y Hope fingió no darse cuenta. Para el resto de nosotros fue una comida desprovista de alegría, la sensación de camaradería se había desvanecido. Y entonces, mientras pensaba en levantarme para recoger y escaparme por la cocina, Kit me miró con tal sonrisa de complicidad, como si se burlara de sí mismo, que no pude evitar devolvérsela, solo un poco.

Era su juego, él ponía las normas.

Capítulo 10

La tienda nunca estaba muy concurrida, pero me gustaba el follón ocasional: veraneantes del *camping* de la carretera, jinetes que dejaban un rastro de estiércol en el suelo en busca de caramelos mentolados, gente del pueblo que compraba platos precocinados.

—¿Tienes *mozzarella*? —La mujer que preguntaba era educada y un tanto insegura, pero no conquistó a Lynn, que apenas pudo suprimir una mueca—. ¿Y perejil? —preguntó la mujer, sin muchas esperanzas.

—Hoy no —contestó Lynn, en un tono que dejaba claro: «Ni hoy ni nunca».

—Perdón —dijo la mujer—. Gracias. —Parecía avergonzada por admitir que le gustaba algo tan burgués como el queso para *pizza,* y me entraron ganas de decirle que la tienda del pueblo de al lado vendía *mozzarella* y también parmesano. Y *ricotta* fresca y aceite de oliva italiano, y también bollos de canela caseros y *spanakopita* y unas salchichas que hacían en la tienda. Y perejil.

A Lynn no le gustaban los veraneantes a pesar de que gastaban más que los lugareños. Su otra dependienta, Denise, era igual. Yo me había infiltrado en territorio enemigo, pero me lo perdonaban porque cobraba menos que cualquier persona que hubiera respondido al anuncio.

La mayoría de la gente que entraba, ya fueran del pueblo o forasteros, me conocía de vista. «Hola», decían. O «¿qué hay?». Y los chicos de cierta edad casi siempre me preguntaban si Mattie había venido, a menos que fueran caballistas, en cuyo caso me contaban que habían visto a Tamsin.

Claro que habían visto a Tamsin. Si se habían acercado a un caballo habrían visto a Tamsin acarreando cubos de agua de la manguera o limpiando arreos o llevando de las riendas la montura de los

principiantes. Siempre había cinco o seis chicas de su edad, con las hormonas a raya gracias al jabón para las monturas, que dedicaban cada minuto del día a cuidar ponis.

Como todos los padres con hijas apasionadas por los caballos, los nuestros suspiraban y pagaban por las lecciones y por el equipo, decían que los caballos eran un pasatiempo seguro y bonito, que al menos no tenían que preocuparse de que su pequeña se divirtiera montándose en un coche robado con un puñado de menores borrachos.

Eso me llevaba a plantearme si se habían fijado de verdad en el mundo de los caballos.

Dos veranos atrás, antes de la primera exhibición de Tamsin, pasé junto a una niña que estaba cepillándole la cola a su poni y, antes de que pudiera darme cuenta, le había soltado una coz en el pecho con los dos cascos traseros herrados. Todavía recuerdo el horrible impacto. Supongo que le rompió las costillas, pero nunca lo supe porque se la llevó una ambulancia. En otra ocasión, Tam estaba esperando su turno para saltar cuando el chico que iba delante equivocó el paso y dio una voltereta por encima del caballo, aterrizando como un pelele al otro lado.

Ese verano hubo huesos rotos, una fractura espiroidea de tibia y un hombro desencajado. Hubo conmociones y torceduras y un nuevo poni coceó en la cara a un profesor. El personal se lo tomaba con una cierta indiferencia afable, pero las lesiones me horrorizaban, y también el tamaño y la fuerza de unos animales comandados por una tropa de niños sin miedo. Probablemente Tam estuviera más segura montada en un Corsa robado.

Un día que volvía del trabajo me pasé por el establo y me encontré a Tamsin al final de una larga jornada, tomando té en el despacho con las otras niñas. Envidiaba su solidaridad, sus conversaciones interminables sobre temas que a nadie más importaban, la sensación de pertenencia a un grupo. Siempre parecía feliz.

—No te molestes —me dijo, cuando le comenté que podía apuntarme a algunas clases—. No tienes lo que hay que tener.

¿Qué hay que tener?

Protesté, pero ella se mantuvo firme y seguramente estuviera en lo cierto.

El trabajo en la tienda estructuraba un poco mi semana y el dinero me

venía bien. Tenía intención de entrar en Bellas Artes y mudarme de casa de mis padres en cuanto terminase el instituto. No porque odiara a mis padres, sino porque me agotaba vivir con gente con tantas opiniones y tantas preocupaciones distintas. Exámenes, sexo, imagen corporal, comida, notas: siempre había alguien al borde de una crisis. A veces, en las familias numerosas tienes que aferrarte a algo para hacerte notar: un desorden alimentario, ansiedad, narcisismo, caballos. Vale cualquier cosa.

Mal estaba al teléfono encargando un cerdo asado cuando regresé del trabajo. Nos contó que siempre había querido un cerdo asado. Yo siempre había querido un telescopio computarizado Celestron Nexstar para ver el espacio, pero ¿un cerdo asado? Había encontrado a alguien que podía prepararlo para la boda y ahora parecía un tanto asustado.

—¿Podría esperar un momento, por favor? —Tapó el auricular con la mano y me siseó—: ¿Queremos un saddleback, un tamworth o un sandy and black?

Me quedé mirándolo.

—¿Vas a matar un cerdo por encargo? Son casi tan listos como nosotros.

Volvió al teléfono.

—¿Me podría decir cuál está más sabroso?

Siguió una larga explicación con mucho «ajá» y mucho «oh» y, al final, Mal dijo que volvería a llamar y colgó. Yo en su lugar habría preguntado cuál parecía menos humano o cuál había llevado una vida más feliz.

—He cambiado de idea —dijo él.

—¿Nada de cerdo asado?

—Nada de cerdo asado. Tienes razón. Es una idea terrible. Quizá debería comprar el que iban a sacrificar y quedármelo de mascota. ¿Eso me convertiría en mejor persona? ¿O simplemente en otro hípster pelmazo?

Me encogí de hombros.

—Has hecho lo correcto —dije—. Deja que tu conciencia te guíe de aquí en adelante.

—Podríamos ponerle nombre y llevarlo al parque con Gomez —fantaseó—. He oído que son fáciles de adiestrar. Puede que a Hope no le importara.

—Kit quiere uno como Babe.

Suspiró.

—Vale, nada de cerdo.

Hope había puesto la boda a finales de agosto, la fecha que quedaba disponible en la ermita. ¿Ermita?

—Ya, ya —dijo Hope—. No es que seamos lo que se dice religiosos, pero ¿dónde nos íbamos a casar? ¿En un barco pesquero? ¿En la charca del pueblo?

—¿Y por qué no en la playa? —dijo Malcolm—. Descalzos y con flores en el pelo.

Hope lo ignoró.

—La ermita del estuario es perfecta.

Tenía razón. En sus inicios, hace unos mil años, fue un puesto de vigía para alertar de las incursiones vikingas; se convirtió en una ermita *a posteriori*.

Una torre de vigía parecía un lugar apropiado para su unión.

—Y además es preciosa —dijo mamá.

Como nadie quería casarse ese día, era toda nuestra. Mamá plantó guisantes de olor para el ramo y dijo que, con un poco de suerte, quizá quedaran rosas.

Era obvio que mamá diseñaría el vestido de novia de Hope. Nunca la dejábamos que nos hiciera la ropa, pero tenía un talento increíble y podía vestir desde un soldado de la guardia real cargado de pasamanería dorada hasta una Ofelia con blusón blanco. Hope y ella estaban en la habitación contigua hablando de vestidos. En realidad, era Hope la que hablaba y mamá la que escuchaba.

Media hora después o así salió del estudio y, tras mucho rebuscar, regresó con un paquete voluminoso envuelto en papel marrón desvaído. Dentro había una pieza de lino francés azul grisáceo que había estado guardando para algo especial.

—Es maravillosa —dijo Hope—. Voy a parecer un agapornis.

—Más bien una paloma —dijo Alex.

Era un color precioso, como el cielo antes del amanecer. Hope sostuvo la tela bajo la barbilla para que viéramos cómo le quedaba. El vestido diseñado por mamá tenía una falda de vuelo con muchos pequeños pliegues y escote redondo. Era tan sencillo y elegante que todos suspiramos.

Hope dijo que por lo menos no parecería una muñeca de plástico chunga, cosa improbable de todas maneras. Hope tiene las piernas largas

y lo que suele llamarse una figura muy femenina, con caderas anchas y pecho generoso, además de una mirada expresiva y una melena oscura y espesa. Se mueve con elegancia, algo que según mamá es decisivo.

—Deberías haber visto a la soprano que tuve que vestir en una ocasión —nos decía—. Tenía el cuerpo de un ángel y los andares de un perro cojo.

Alex, Tamsin y yo nos quedamos viendo a mamá tomar medidas, doblar la tela y sacar fotos; Tam dijo que era igual que el programa *Pasarela a la fama* y que por qué no podía tener ella un vestido como ese, y mamá aclaró: «Porque tienes catorce años» y Alex añadió: «Y apestas a caballo», lo cual era cierto. Tam echó a correr detrás de Alex y tres minutos después oímos el coche de Malcolm arrancar y mamá y yo nos miramos y pensamos al mismo tiempo: «establos». Tam siempre lograba que quienes no eran de la familia estrictamente, como Mal, la llevaran a ver a Duke. Él decía que no le importaba, pero a mí sí: a mí nadie me llevaba al trabajo cada vez que estaba de mal humor.

Me gustaba pasarme por casa de Hope a oír hablar de los preparativos de la boda. Hope quería mesas de caballete en el jardín decoradas con flores silvestres y velas normales en tarros. Si llovía nos apiñaríamos en la casa, dijo, o nos quedaríamos al aire libre con paraguas. Ya lo habíamos hecho antes, cuando la cena estaba en la mesa y comenzaba a llover y nadie quería mudar de sitio todos los trastos.

—Solo los ingleses comen al aire libre debajo de un paraguas —decía papá.

Pero nosotros no veíamos dónde estaba el problema. Nunca nos habíamos parado a pensar que había países donde siempre hacía buen tiempo en verano.

Hope compró un cuaderno y lo dividió en secciones: «lista de invitados», «menú», «bebidas», «decoración» y «logística», donde iba la ermita. Llenó las páginas con listas escritas con su letra pequeña y meticulosa, rechazando todos los intentos de papá de hacer una hoja de cálculo y «organizarlo como Dios manda».

Las bodas tenían algo, un recordatorio de que el orden social victoriano no había desaparecido por completo, que era posible conocer a tu alma gemela y vivir felices para siempre como en una comedia romántica cursi, por difícil de creer que pareciera.

Hope me preguntó si quería una taza de té, pero no me apetecía y me volví a casa.

En la cocina, Alex estaba editando con el portátil una película de murciélagos zombis.

—De modo que volvemos a encontrarnos.

—Sí —dije.

—¡Catapum! —le gritó a un murciélago zombi, y me marché al piso de arriba.

Capítulo 11

Llevaba trabajando en la tienda solo unos días cuando Kit hizo su primera aparición, bamboleándose en la bicicleta vieja de Mal, para comprar un paquete de arroz y limones por encargo de Hope.

—Así que este es tu despacho —dijo.

Yo estaba en desventaja, despatarrada en el suelo con mi pistola de fechas de caducidad, bajándole el precio a la bollería del día anterior.

La sorpresa me pilló con la guardia baja. Me temblaban las manos y me sentí aliviada cuando él se volvió hacia Lynn, que le estaba dando un repaso mientras fingía colocar los cartones de huevos.

—¿Me podría indicar dónde está el arroz? —Había usado su voz de niño bueno, sin los matices seductores.

Me incorporé como pude, sabía que estar tirada en escorzo no me favorecía.

—Deja que te lo muestre —dijo Lynn, algo raro en ella, y lo condujo hasta una estantería de la que sacó un paquete de arroz vaporizado y se lo entregó con una expresión complacida, algo igualmente raro.

Él lo aceptó cortésmente, pero vi que miraba las baldas en busca de arroz basmati, integral, arborio, ecológico, lo que fuera menos eso.

Después de pagar volvió conmigo.

—Ahora respeto más que nunca tu carrera profesional —me susurró, muy cerca del oído.

—Sí, claro —dije, temblando un poco, sin poder evitarlo.

—No, lo digo en serio —insistió, con los labios casi pegados al oído—. Hay algo en este sitio que resulta excitante.

—Pírate ya —le dije, pero él ya estaba prácticamente fuera de la tienda y me sonreía.

Lynn y Denise intentaban actuar como si nada, pero sabían que era el hijo de Florence Godden y, además, no hacía falta ser el hijo de una estrella de cine si estabas tan bueno.

—¿Y cómo es? —me preguntaron, y yo no les dije que era un manipulador que envenenaba mis sueños. Me encogí de hombros y contesté:

—No está mal.

Lo cual las dejó tan insatisfechas como a mí.

Después de la primera visita esperé a la siguiente durante cada segundo que pasaba en el trabajo, pero sabía que no volvería hasta que me cansara de esperarlo y dejé de esperar.

El otro aspecto interesante de mi trabajo era enterarse de quién entraba a la tienda, si venía con alguien insospechado o si compraba algo que no debía. Después de un tiempo era capaz de leer las vidas de la gente en el contenido de la cesta o por lo que llevaban a la ventanilla de correos. Había algunos que se gastaban el presupuesto semanal en chucherías y bebidas energéticas. Un tipo compraba tres *pizzas* al día.

Luego estaba la oficina de correos. Alice, que vivía al final de la calle, devolvía cada semana nueve paquetes de ASOS; por eso imaginábamos que era adicta a las compras, pero cualquiera que la conociera sabía que apenas podía permitirse comprar leche. Había una mujer a dieta para que el hospital no rechazara ponerle una banda gástrica. Compraba col, cebollas y zanahorias y pan sin sal, pero justo antes de la hora del cierre mandaba a sus hijos a por Doritos y chocolate.

Cuando llegué a casa del trabajo encontré a mamá en la cocina ensartando pinchitos de carne. La cena era el gran evento del día. Todo el mundo se desperdigaba por la playa entre el amanecer y el anochecer, pero regresábamos a casa a la hora de la cena. Debías tener cuidado o te enganchaban para ayudar si te aventurabas por la cocina.

Tamsin llegó unos minutos después que yo.

—¿Has pasado un buen día, bonita?

No hacía falta preguntar.

—Increíble —dijo Tam—. He llevado a Duke a pasear campo a través.

—¿Has visto algo interesante?

—Dos liebres, las dos jóvenes. En el mismo sitio donde las vi la última vez. Una tiene la cabeza casi negra, estoy segura de que es la misma.

—Espero que hayas tenido cuidado.

—Claro que sí.

Ajá.

Alex llegó, lanzó unas cebollas al aire e hizo malabares durante tres segundos antes de que todas se cayeran y rodaran por el suelo.

—¡Alex!

—He visto unos cuantos caballos que no he reconocido —dijo Tam—. Hay un campamento con caballos. Han montado las tiendas en el campo de atrás.

Mamá asintió distraída.

—Pásame la fuente grande, por favor.

—¿Sabes que cazan pájaros con trampas detrás de la granja de cerdos?

—¿Ah, sí? ¿Cómo lo sabes?

—A veces paso por allí con el caballo.

Mamá la miró.

—¿Hay un camino de herradura que atraviesa la granja?

—No es exactamente un camino de herradura. La verdad es que me he extraviado un poco.

Los caballos odian a los cerdos. Hasta yo lo sé.

—Ten cuidado. Al dueño no le gusta que nadie se le cuele en la granja. Sobre todo a caballo. —Recogió del suelo una de las cebollas de Alex—. ¿A qué trampas de pájaros te refieres?

—A las trampas Larsen. Las de alambre. He visto varias urracas aleteando dentro. Ha sido horrible.

—Como te pille el guardabosques husmeando por ahí te meterás en problemas.

Tamsin levantó el mentón.

—No estaba husmeando.

—Vale. ¿Cenamos en media hora?

Pero Tam no había acabado.

—Por lo visto, las urracas les sacan los ojos a los cerditos. Por eso las cazan.

Me quedé mirando a Tamsin.

—¿Estás segura? Sacarle los ojos a un ser vivo no parece la manera más fácil de alimentarse.

Ella se encogió de hombros.

—También se posan en las ovejas y se comen los gusanos que les

salen en las heridas. Cuando ya no hay gusanos continúan comiendo. Eso dice Dolly y viene de familia de granjeros.

—Qué guay —exclamó Alex—. Apuesto a que los ojos son bien sabrosos. Ñam.

—Eres asqueroso —dijo Tamsin, y subió al piso de arriba a cambiarse de ropa. Tam nunca ayuda.

En realidad, se escaquea de todo, menos de ensillar y desensillar caballos.

Malcolm y Hope se pasaron sobre las siete, recién duchados y con un gran bol de ensalada de su huerto. Gomez los seguía a duras penas y llegó jadeando, como siempre. Justo iba a alcanzarlos cuando se tropezó con una oreja y describió una pirueta espectacular. Se levantó con un gemido y continuó trotando muy digno, como si no hubiera habido ningún contratiempo.

Kit se presentó diez minutos más tarde y las únicas personas que faltaban cuando la cena estuvo lista fueron Tam y Hugo. Cinco minutos antes de que mamá comenzara a servirla, Tam bajó con un vestido y Alex fingió desmayarse. Hugo llegó después, con todo el mundo servido; desde luego se estaba ganando la bronca del verano. Todos con Hugo.

—Hola, Hugo —dije. Saludarle se había convertido en un pasatiempo.

Él me lanzó una mirada de pocos amigos.

Todo el mundo se apretó en el banco para hacerle hueco y acabé pegada a Kit.

—Hueles de maravilla —susurró.

—Gracias —le contesté—. Tú hueles a calamar.

Kit se echó a reír. Mattie me lanzaba puñales por los ojos. A su lado, Hugo parecía incómodo y abatido. Hope afirmaba que era más guapo de lo que creíamos, aunque todavía no, decía, quizá en unos años. Tenía los pómulos Godden, un mentón bonito y los ojos grandes y grisáceos. Su expresión inquieta no era lo que se dice atractiva, pero sí, tenía algo. Me pilló mirándolo y apartó la vista.

Papá cogió otra copa de vino y rellenó la de Hope, Malcolm y Kit.

—Qué bien que hayáis logrado llegar —dijo Malcolm, mirando a los jóvenes—. ¿Habéis tenido todos un buen día? ¿Nada de ahogamientos, piernas rotas, lesiones mortales o casi? —Sostuvo la copa en alto para brindar por la supervivencia—. ¿Y qué hay de ti, Mal? ¿Has tenido un buen día? Gracias, sí, muchas gracias por preguntar. Un día de lujo.

—¿Podrías pasarme la ensalada? —preguntó Alex a papá.

—Por favor.

—Por favoooor.

—Gracias a todos menos a Alex por vuestra amable atención. Hoy tenemos más motivos de celebración además de nuestro incipiente compromiso. Mi agente me ha llamado para comunicarme que he sido invitado a interpretar a Hamlet en el Rose Theatre. —Hizo una floritura con la mano y una inclinación, y todo el mundo se puso a gritar y a aplaudir a rabiar—. Además de convertirme en un hombre casado, a partir de ahora me conoceréis como su alteza real el príncipe de Dinamarca. Os pregunto: ¿hay algo mejor en la vida?

—Qué bien que tengas un propósito para después de la boda, así no te deprimirás —soltó Alex, y mamá le lanzó una mirada furibunda.

—Guau —dijo Kit—. Yo quiero interpretar a Hamlet en el Globe algún día. Eso sería increíble. —Miró a Mal—. Pero el Rose también está guay.

—Muchas gracias.

Tamsin lo miró horrorizada.

—Espera, entonces, ¿tienes que aprenderte de memoria todo ese texto?

—No —dijo Alex, poniéndose delante de la cara de Tam—. Se hará una chuleta en el brazo.

Mal lo obligó a sentarse.

—Cuatro mil versos. Al menos una novata comprende que no se trata solo de brincar en calzas por el escenario.

Kit levantó la copa.

—Por *Hamlet* —dijo, y todo el mundo brindó—. A pesar del duro esfuerzo y de la avanzada edad de Mal.

—Tengo treinta y uno, colega. La edad perfecta, de hecho. Búscalo y verás.

Kit enarcó una ceja. Hugo parecía aburrido.

—En el instituto hicimos *Hamlet* —dijo Kit—. Fue terrible. Angustia adolescente en el hogar de los flotadores terminales.

—¿Los qué? —Hope frunció el ceño—. ¿Los qué terminales?

—Los flotadores —dijo Kit—. En mi instituto todo flotaba. Las chicas vestidas de gasa flotaban de aquí para allá entre clases de poesía y monólogos dramáticos. Los chicos flotaban tras ellas. Los profesores flotaban detrás para asegurarse de que tanto flotar no acababa en drogas o embarazos adolescentes.

Alex se rio. Mamá cogió el vino y lo alejó de él.

Kit se levantó.

—Así —dijo, y descendió por el camino delicadamente, con la cabeza echada hacia atrás y expresión soñadora.

Tras ejecutar un giro perfecto de pasarela, flotó de vuelta haciendo ondear las manos.

—Un flotador excelente —dijo Malcolm—. Y Dios sabe que he visto muchos flotadores en mi vida.

Hope lo miró.

—Yo no floto.

—Claro que no. —Mamá se giró hacia Kit—. ¿Vas a estudiar arte dramático?

Kit se encogió de hombros.

—¿Qué iba a hacer si no? ¿Wall Street? ¿Los marines? En mi familia nadie sabe hacer nada útil.

Tamsin se había quedado bloqueada en todas las palabras que había escrito Shakespeare.

—¿De verdad te tuviste que aprender toda la obra?

—*¿Hamlet?* Era una versión abreviada. Pero hasta abreviada es larguísima.

—Llegarás lejos —dijo Mal con un bufido—. Deberías plantearte protagonizar la versión mimo.

El sol había rebasado el horizonte y, salvo por las franjas rosas y naranjas al oeste, había oscurecido casi por completo. Las margaritas y las collejas blancas atraían los últimos haces de luz y brillaban entre la hierba alta como pequeños faros.

Papá desapareció en el interior de la casa y regresó con dos fanales. Necesitó cuatro intentos para encender las velas, pero por fin prendieron, amarillas en sus chimeneas de vidrio, acercándonos a todos.

Al otro lado de Kit, Mattie estaba embelesada y se apoyaba en él con ojos soñadores.

Malcolm cogió la botella que le tendía mamá, se peleó un poco con el sacacorchos y rellenó las copas de todos menos la de Alex.

Cayó la noche y asomaron algunas estrellas pálidas.

—Mirad la luna —dijo mamá, y todos nos giramos para verla desprenderse en silencio del horizonte.

—Gibosa menguante —susurró Hugo.

Le lancé una mirada. Resulta que tenía razón.

Nos quedamos así durante mucho rato, sentados muy juntos, hablando de la clase de cosas que nunca recuerdas después. Hope apoyada en Malcolm; Alex, sonriente, tendido en el suelo. Tam, medio dormida, con la cabeza en el hombro de mamá, y Gomez, que dejaba escapar algún que otro resoplido en sueños. Kit y Mattie, unidos por sus doradas cabezas, murmuraban algo que los demás no podíamos oír. Mamá y Hope hablaban sobre la comida de la boda y papá y Malcolm hablaban de su travesía anual del cabo y el estuario. La Gran Travesía siempre les llevaba un día entero, pero ¿para qué estaba el verano si no?

Al final, Hope se levantó.

—Me marcho a casa. Intentad no armar mucho follón cuando volváis. ¿Quién se levanta mañana para ir a nadar?

—Yo —dijo papá.

—Me apunto —añadió mamá.

—Buenas noches entonces. —Hope desapareció en la oscuridad, seguida por los jadeos de su basset hound.

Alex gateó hasta la mesa y se incorporó apoyándose en ella.

—¿Alguien quiere jugar a las cartas? —Sacó la baraja y comenzó a repartir a la luz de las velas.

—Yo juego —dijo Tam—. ¿Kit?

Kit se echó hacia atrás de modo que la silla quedó suspendida sobre dos patas, luego extendió los brazos y dio unos golpecitos sobre la mesa.

Mattie suspiró.

—Vale.

—¿Hugo?

Pero Hugo se había levantado. Sin mediar palabra, fue hacia el borde del porche y pasó rozando la silla de Kit. La silla se desestabilizó y Kit trazó una pirueta espectacular y cayó fuera del porche mientras su hermano se adentraba en la noche. Mattie soltó un alarido y corrió junto a Kit, pero él se levantó entre risas y quitándose el césped del pelo.

—Mi hermano es un capullo —le susurró a Mattie, lo bastante fuerte para que todos lo escucháramos.

Cuando me levanté de la mesa una hora después, la partida estaba en su punto álgido. Kit ganaba casi todas las manos y Alex, Mattie y Tam se reían de forma descontrolada mientras yo subía la escalera a la torre. El cielo se había nublado y no había mucho que ver, por eso dirigí el telescopio a la mesa llena de velas, giré cuarenta y cinco grados en dirección al mar y me topé con dos ojos que me miraban de frente a

través de la lente.

Retrocedí sobresaltada. Hugo. Parecía del todo imposible que pudiera verme en la torre a oscuras, pero me agobió tanto encontrármelo con la mirada fija en el telescopio que lo solté y bajé la escalera de mano. Me mantuve un poco retirada de la ventana y miré, pero no vi ni rastro de él.

Por fin terminó la partida y todo el mundo dio las buenas noches salvo mamá y Mal, que se quedaron conversando en la oscuridad. Como me sentía inquieta, me escabullí por la puerta trasera y, al abrigo de la oscuridad, me dirigí hasta la orilla y me tumbé en la arena. Miré al cielo y pensé en el cometa Swift-Tuttle y en su órbita de 130 años alrededor del Sol. Durante siglos, los astrónomos habían anunciado que colisionaría contra la Tierra con la fuerza de mil millones de bombas atómicas, potencia suficiente para arrasar cualquier forma de vida. No sucedió. En lugar de eso, la Tierra atraviesa cada año los restos de la cola del cometa sin sufrir ningún daño y provoca una lluvia de miles de estrellas. Estas aparecen ya registradas en crónicas chinas de hace dos mil años.

¿Cómo era posible que se sincronizara la trayectoria de la cola de un cometa y la órbita de la Tierra? Como los engranajes de un reloj eterno que gira sin parar. Me hacía sentir mejor por la vida en la Tierra: todo se desarrollaba en una sucesión reconfortante: verano, otoño, invierno, primavera; nacer, crecer, morir.

La noche era cálida. Me giré para observar el vaivén del mar y escuchar el repique de la boya y, de pronto, Kit y Mattie aparecieron de la nada, a unos quince metros a mi derecha. Me quedé completamente quieta en la oscuridad, molesta por que perturbaran mi calma.

Estuvieron un rato sentados en la orilla, charlando y lanzando guijarros al mar, hasta que Mattie se puso en pie de un salto y se sacó el vestido por la cabeza. Su cuerpo pálido destacaba incluso en la oscuridad. Se mostraba erguida y hermosa y resplandecía levemente, con los brazos extendidos. Corrió hacia el agua animando a Kit a que la siguiera, a él creí verlo dudar un segundo o dos, prueba de su falta de entrega absoluta. Al final se puso de pie, se desabrochó la camisa despacio, luego los vaqueros, se los quitó y se adentró en el agua en silencio. Contuve el aliento. Mattie estaba de espaldas a él y el agua le lamía los hombros, y entonces Kit hizo lo que se esperaba de él, se zambulló y emergió cerca de ella, y lo único que se veía era a ellos dos, con las cabezas juntas, aferrados el uno a la otra, besándose.

Los observé un rato, celosa a más no poder, porque ¿hay algo más

romántico que besarse en el mar en una cálida noche de verano?

Cuanto más rato pasaba, más me preocupaba que la luna se liberase de las nubes y me delatara en mi papel de fisgona involuntaria, así que regresé a casa mientras ellos seguían a lo suyo.

Mamá y Mal todavía charlaban en voz baja en el exterior, con los fanales parpadeando entre ambos.

—Hola, querida, ¿dónde has estado? Creíamos que Kit y Mattie estaban contigo.

—Junto a la orilla —dije, y añadí—: No.

—¿No estarán con Hugo? —Mamá frunció el ceño—. ¿Se marcharon todos juntos a casa?

Fijo.

—No importa —dijo Malcolm—. Son jóvenes, déjalos en paz. También nosotros fuimos jóvenes una vez, ¿no?

—No me acuerdo —contestó mamá, y bostezó—. Creo que me iré a la cama. —Miró el reloj—. Si ves a Mattie, dile que vuelva a casa.

Mal se sirvió el vino que quedaba en la botella y se despidió con la mano. Yo me entretuve un segundo y Mal se quedó mirándome, interrogante.

—Hay poco que mirar —dije yo.

Él entrecerró los ojos.

—¿Estás bien?

Titubeé.

—Perfecta —dije al fin. Luego me fui a la cama.

No sé a qué hora regresaría Mattie a casa. Mamá dice que se despertó a las cuatro, que fue a la casa del jardín a ver cómo estaba y que la encontró profundamente dormida con su camisón de flores, sana y salva.

Mattie reapareció casi a mediodía, radiante y feliz. Si esto fuera una historia romántica aquí habría terminado la tensión (ese suspense de no saber si sí o si no). En esta historia fue solo el comienzo.

Más tarde, ese mismo día, fui en busca de Gomez a casa de Hope para sacarlo a pasear por los diques. Ni rastro de nadie más, y Hope dijo:

—Mal está memorizando versos. Pobrecillo, se pone de muy mal humor.

A mí me habría resultado completamente imposible aprenderme una obra entera de Shakespeare en un mes y no tenía ni idea de cómo alguien podía lograrlo.

Si me asomaba a la ventana veía a Mal al fondo del jardín, caminando

de acá para allá, de allá para acá, declamando con un movimiento de brazos exagerado. Recordé que nos había contado que, cuando se aprendía un papel, vivía un momento en el que entendía de repente quién era el personaje y qué intentaba expresar.

Tratándose de Hamlet, seguramente ya se le habría ocurrido a alguien más.

Capítulo 12

Como Mal ya no sacaba a pasear a Gomez por las mañanas yo asumí el trabajo. Gomez me saludó con indolencia, levantando la cabeza un centímetro o dos por encima de la cama y dejándola caer de nuevo tras comprobar que no llevaba comida. Para cuando terminé de hablar con Hope y comerme una tostada había vuelto a quedarse dormido profundamente; me daba lástima despertarlo, pero lo hice, llamándolo por su nombre y rascándole las orejas hasta que abrió un ojo y luego el otro, se irguió sobre las patas delanteras y arrastró el resto del cuerpo hasta levantarse por completo. Los basset llevan una existencia difícil, ruidosa y ondulante: un espectáculo irresistible para el espectador.

Hope lo observaba con los brazos en jarras.

—Creo que cuando Mal se fugue con una aspirante a estrella me buscaré un lebrel esbelto —dijo. Y se arrodilló para acariciarle las orejas —. Eres un perro muy tonto, Gomez.

—No es tonto, es majestuoso.

—No se puede ser majestuoso con unas patas tan cortas.

—Vamos, Gomez —dije—. Aquí no nos aprecian. —Me siguió, bamboleándose.

Eché a andar por la playa seguida por Gomez, que caminaba sin prisa pero sin pausa. Mamá, Mattie y una reacia Tam habían ido a comprar vestidos de dama de honor y tenían pensado almorzar en el pueblo. Papá estaba en Londres; a saber dónde estarían Hugo y Kit. Juntos no, eso seguro.

Gomez y yo tomamos el camino del dique que discurría en paralelo al mar. El sol comenzaba a picar y me entró sueño, así que llamé a Gomez, que estaba husmeando alrededor de una madriguera de conejo

deshabitada, me deslicé terraplén abajo, alisé la hierba y me tumbé.

La hierba estaba crecida y nadie podía vernos, a menos que abandonaran el dique en el mismo punto que nosotros; el sol caldeaba la tierra y la brisa fría procedente del mar me pasaba a ras de la cabeza. Gomez dio dos o tres vueltas alrededor de sí mismo, se sentó, se echó hacia un lado y cerró los ojos de inmediato. Tenía el cuerpo de un perro grande y resultaba reconfortante esa mole cálida junto a mí. Contemplé el mar un tiempo con los ojos entrecerrados y luego los cerré, soñolienta y feliz, mientras oía a los ostreros y los charranes y el vaivén de las olas.

—Hola.

La voz llegó directamente de arriba y me incorporé a medias, guiñando los ojos al sol para ver quién era, aunque para entonces él ya se había deslizado hasta mí.

—He oído roncar a Gomez —dijo Kit—. Primero he pensado que estaba alucinando y luego me he dado cuenta de que la hierba no estaba intacta. El lugar perfecto. ¿Te importa si me uno?

—Ya lo has hecho.

—Es verdad. —Se rio, se estiró y se llevó las manos a la nuca, cruzó las piernas a la altura del tobillo y me rozó, adrede o no, con un pie—. Te gustan los escondrijos, ¿verdad? Siempre estás desaparecida.

Lo miré de reojo, pero él estaba contemplando el cielo. Gomez había vuelto a cerrar los ojos y meneaba el rabo distraído.

Kit exhaló.

—Precioso lugar. Tan silencioso.

—Sería antes.

Abrió un ojo y sonrió.

—Si quieres me voy.

No quería que se fuera. Era un chico perezoso y seguro y me hacía creer que se había tomado muchas molestias para encontrarme. No soy inmune a los halagos. No soy inmune para nada.

—O sea… —dije, pasado un minuto o dos—. Mattie y tú.

Él se rio.

—¿Qué te ha contado?

—¿Contarme? ¿En serio?

—Vale. —Pensó durante un minuto—. ¿Tan evidente es?

—Mis padres no se han dado cuenta, pero eso no significa que no sea evidente.

Sonrió al oír mi comentario.

—¿De verdad te gusta Mattie?

—Sí, claro —dijo, frunciendo el ceño—. ¿Cómo no me iba a gustar?

¿Por dónde empezar?

Se giró hacia mí y me miró a la cara.

—La infravaloras —dijo—. Es inteligente, ambiciosa, guapa... —Me dio una patadita—. Solo porque es tu hermana.

Si pudiera adivinar tus propósitos, Kit Godden. ¿De verdad es digna de ti?

—No me crees —dijo—. Crees que juego a dos bandas.

—No sé de qué vas —respondí, cosa cierta—. Y no me importa. —Eso sí que no era cierto.

Cerró los ojos y el sol se posó en el hermoso arco de su frente. Mirarlo desde ese ángulo era como mirar un prisma: veías algo distinto desde cada ángulo. Con él no había nada definitivo, solo sabías que no podías dejar de mirarlo. En parte era el mismo síndrome de Mattie: necesitaba ser mirado y hacía todo lo que estuviera en su mano para cautivarte. Me recordaba a las plantas carnívoras, que desprenden un aroma delicioso o despliegan colores vivos para atraer tu atención. Era guapísimo. Olía bien. Olía tan bien que me entraban ganas de lamerle el brazo.

Ninguno de los dos dijimos nada durante mucho rato y pensé que la conversación había terminado. Pero, justo cuando comenzaba a quedarme dormida de nuevo, me dijo muy bajito, sin abrir los ojos:

—Lo que no significa que no piense que eres increíble.

Abrí los ojos como platos.

—Es completamente cierto.

Rabia y gloria.

—Entonces sí que juegas a dos bandas.

—Lo que tú digas. —Kit bostezó, extendió los brazos por encima de la cabeza y sonrió—. Pero sigo pensando que eres increíble.

Tiendo a fiarme de mi instinto, aunque a veces se equivoca. Me fijo si me tiemblan los dedos, si noto un hormigueo, si se me eriza el vello, cualquier cosa que grite peligro. O cuando me siento halagada y especial o llena de dicha.

En ese momento me sentía halagada, especial y llena de dicha. Aunque a lo lejos parpadeaba una luz roja.

Capítulo 13

—¿Alguien ha visto a Hugo? —Mal se sentía culpable, como todos, por la poca atención que le prestábamos a Godden el Joven.

A decir verdad, no era porque no lo intentáramos.

¿Quieres jugar al ajedrez, Hugo? ¿Quieres ir a nadar? ¿A la tienda? ¿Qué me dices de un paseo? ¿Me ayudas con la cena? ¿Quieres leer un libro? Es un buen libro, quizá te guste.

La respuesta nunca era un sí, y la gente no tiene tolerancia infinita al rechazo.

—No, gracias —decía siempre, o simplemente—: No. —O nada en absoluto, solo un gesto negativo con la cabeza, o ni eso, como si fuera alérgico a socializar, alérgico a divertirse, alérgico a nosotros.

Mattie opinaba que se le daban fatal las relaciones sociales, que era muy estirado y un friki, también que era una lástima que hubiera venido en *pack* con Kit. Pero todo el mundo sabía de dónde sacaba la propaganda. Mamá y Hope decían que simplemente era tímido. Papá hacía algo muy de tíos: pasar.

—¿Hugo? —decía—. Parece bastante agradable.

Ajá.

La relación entre ambos hermanos me obsesionaba. Nosotros cuatro discutíamos como animales, pero solo por tonterías: posesiones, comida, atención. Daba la impresión de que Hugo y Kit se tenían auténtica antipatía, aunque Kit se lo tomara a broma. Hugo no. Siempre que Kit entraba en una habitación se levantaba y se marchaba.

A veces, cuando lo tenía a la vista, observaba a Hugo, pero había poco que ver. A veces caminaba hasta la orilla. A veces entraba en la casa. A veces se sentaba en el borde del porche con un libro. A veces se

tumbaba en la arena y no hacía absolutamente nada. La mayor parte del tiempo no lo veías. Capa de invisibilidad. El otro extremo de la playa. Era muy fácil perderse en esta zona. Hugo no me interesaba lo suficiente como para pasarme horas preguntándome dónde estaría o en qué empleaba el tiempo.

Traté de dibujar a Gomez dormido en la hierba. Lo había elegido porque era el único ser vivo que se quedaba quieto el tiempo suficiente. Llevaba horas trabajando, tan concentrada que no noté que tenía compañía y estaba sentado a tres metros.

Carraspeó y levanté la vista.

—¿Entonces? —dijo Hugo.

—Entonces ¿qué? —Joder, qué raro era.

—Tienes una manera curiosa de cuidar a tu hermana.

—¿De qué estás hablando?

—De que te veo tontear con mi hermano.

—Ni de coña tonteo con tu hermano.

Se quedó mirándome y soltó un bufido.

Yo no quería tener esa discusión.

—Somos amigos.

—¿Amigos? —Dejó escapar una risa sin alegría—. Kit no tiene amigos. Solo le interesa el sexo.

—Conmigo no.

Hugo se encogió de hombros.

—Ni siquiera me conoces.

—No. —Negó con la cabeza—. No hace falta.

¿Cuestión de rivalidad entre hermanos? ¿Sentía Hugo celos por algo que tenía su hermano..., por todo? No me extrañaba. Yo estaría celosa.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Te estoy dibujando dibujar a Gomez —dijo, y vi que tenía un cuaderno diminuto y una pluma.

Entonces, pensé: «¿Qué clase de idiota dibuja a pluma?».

—Déjame ver. —Le tendí la mano de sopetón, con rudeza, y me sorprendió que no dudara, solo se acercó y me lo entregó por la página abierta.

Era un esbozo irregular y extraño, pero también divertido y preciso.

—No sabía que dibujaras. —Cuanto más miraba el boceto, más veía en él. Me enervaba—. Yo no sé dibujar así.

Volvió a encogerse de hombros.

—Cada uno dibuja como dibuja.

Hojeé el resto del cuaderno. Estábamos todos: retratos donde se nos reconocía a la primera que te hacían reír y te avergonzaban al mismo tiempo. Y paisajes diminutos con un elemento inesperado: una tortuga voladora, un fósil obsceno.

—Vaya. —Sentía que había comenzado con mal pie y me daba rabia que no hubiera mostrado antes su talento. Ahí estaba yo, dándomelas de que sabía dibujar y hablando de cuando estudiara Bellas Artes y va él y se presenta con un cuaderno con unos dibujos así. A pluma—. Típico de ti.

Mi comentario lo pilló completamente desprevenido.

—¿Qué?

—No nos has contado que supieras dibujar.

Él me miró fijamente.

—No me lo habéis preguntado.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—No —dijo—. No lo sé.

Se observó las manos un momento y me sorprendí al ver que le temblaban. No podía leer su expresión, pero era normal, nunca había sabido leerla.

—¿He hecho algo para ofenderte? —dijo al fin—. Al resto de la gente la tratas con normalidad.

—¿Ofenderme? La verdad es que sí. Me ofendes. Odias estar aquí. No hablas con nadie. Siempre al acecho...

—¿¡Al acecho!?

—Sí, al acecho. Como si prefirieras estar muerto antes que aquí. Ni siquiera te caen bien Mal y Hope. Lo único que intentamos es pasar un buen verano. Eres como la maldita serpiente en el jardín del Edén.

Me miró con la boca abierta, ofendido.

—¿Que yo soy la serpiente? Vale, perfecto. Apuesto a que todos querríais que me pareciera a mi hermano.

—No iba a decir eso.

—Vaya, muy amable. —Su tono era cortante.

Se levantó, recuperó el cuaderno de un manotazo y se marchó apresuradamente. Estaba tan frustrada que me daban ganas de liarme a patadas. Nunca había conocido a nadie tan desquiciante.

Fui detrás de él.

—¿Por qué odias tanto estar aquí? Lo odias desde el principio, antes

incluso de que tu hermano se liase con Mattie.

Puso cara de sorpresa.

—No tengo nada en contra de Mattie. Es simpática.

Por un minuto creí que iba a echarse a llorar. Los dos temblábamos con la emoción contenida. Ninguno sabíamos qué decir.

—Escucha —dije al fin—. Vamos a olvidarlo.

Él negó con la cabeza.

—Ven a pintar conmigo algún día.

—Eso es lo que estaba haciendo hoy.

Dios, qué paciencia había que tener con él.

—Pues otro día.

—No sé. —Fijó la vista en el suelo.

Continuamos inmóviles y en silencio. Hugo estaba sofocado e intentaba contener las lágrimas.

—Vamos a dar un paseo.

Él dudó.

—Venga —dije yo. Como no se movía lo cogí del brazo.

Él se estremeció con fuerza.

—¡No me agarres!

—Lo siento, Hugo. No sabía que no te gustaba que te tocaran.

—¡Claro que me gusta que me toquen! —dijo a voz en grito—. Lo que no me gusta es que me agarren.

Bueno. Vale. Es más fácil sortear un campo de minas que tratar contigo, Hugo.

Caminamos callados por la marisma. Todo estaba en silencio, solo se oía el batir de las alas de las aves acuáticas que nos sobrevolaban. Quinientos metros. Mil metros. La tensión se fue disipando y solo quedó la suave levedad del mar, los graznidos de los pájaros y, de vez en cuando, el rumor de voces amortiguadas.

—¿Qué tal aquí?

Era un buen sitio, cercado de juncos y nubes. Un charrán pasó volando sobre nosotros. Me senté y Hugo me imitó un poco más allá. Una nube de aguacero giró sobre su eje y se alejó de nosotros mar adentro.

Dibujamos un rato.

—¡Pssst! —oí.

Hugo me mostró un dibujito, apenas unas líneas, y cuando agucé la vista vi que me había dibujado sentada entre los juncos. De mi corazón de tinta salía una flecha larga en dirección a un pajarito de alas borrosas.

Aparté la vista del dibujo y lo miré, pero tenía el sol detrás y no le veía los ojos. Por una fracción de segundo, lo que dura un parpadeo, sentí una punzada de deseo. Observé cómo vacilaba, a la espera.

Observado, Hugo se dispersaba como el humo.

No dormí bien esa noche. Me quedé pensando en esos dibujos. Sutiles, divertidos, perspicaces.

¿Y la persona que los dibujaba?

Capítulo 14

Mattie estaba en una nube. Después de su primer baño a medianoche con Kit los dos fueron inseparables durante una semana. Iban juntos a todas partes, se sentaban a comer uno pegado al otro, se cogían de la mano mientras leían o comían y, por lo general, asqueaban a todo el mundo.

Ese verano pasé mucho tiempo observando a Mattie y Kit. Comprende que no hay mucho que hacer en la playa, el verano no es lo que se dice frenético. Como conocía a Mattie de toda la vida sabía exactamente lo que estaba pensando: «Kit Godden quiere que sea su novia. Cuando tengamos treinta años y yo sea microbióloga y descubra la cura para el cáncer infantil él protagonizará las obras de Pinter en el West End y seremos la pareja más interesante que se haya visto nunca».

Sentía un poco de lástima por ella, una actitud que no solía reservarle a Mattie. Me cuesta explicarlo, pero quizá sabía que Kit y ella no jugaban bajo las mismas reglas.

Además, es posible que estuviera celosa.

Mattie y Tamsin se pavoneaban por la playa con sus nuevos vestidos de dama de honor a pesar de que mamá les había advertido de que llevarlos antes del gran día era jugársela. Las dos irían más emperifolladas que Hope, con dos vestidos blancos idénticos estilo bailarina sin tirantes y con faldas tiesas de tul. A mamá le parecían cero elegantes. El de Tam había que meterlo por la parte de arriba: se le caía al no tener de dónde agarrarse. Yo admiraba que mamá les hubiera comprado los vestidos. Podría haberles hecho algo mucho más bonito en un fin de semana por una décima parte de lo que habían costado, pero así ellas estaban mucho más contentas.

Esa noche, a la hora de la cena, Kit le dijo algo a Mattie al oído que

hizo que esta lo empujara con indignación fingida, pero él ya había metido los dedos en la cintura de sus *shorts* y, cuando la mano desapareció hasta la muñeca, ella dejó escapar un gritito.

—En la mesa no, por Dios —dijo Mal, asqueado.

Alex casi se atraganta.

—Está pasando —anunció—. Tal y como predije. El verano de las lenguas.

—Tranquilo, querido —dijo Mal—. Si no cesan las muestras de cariño en público los atravesaré con una lanza. Tú puedes ser mi cómplice.

Después de la cena te topabas con ellos sobándose en un sofá o te los tropezabas en la playa o te los encontrabas apretujados en la hamaca donde querías echarte. Ahí estaban, tumbados en sentidos opuestos, los pies descalzos de Mattie pegados contra las costillas de Kit.

¿Me habría imaginado mi conversación con Kit? Después de todo era una única frase, una única palabra, «increíble», acompañada de dos noes: «No significa que no piense que eres increíble».

Piensa que soy increíble... mientras se apretuja en una hamaca con Mattie y le besa esos pies perfectos y enarenados. Piensa que soy increíble... mientras le mete la mano por debajo de los *shorts* y ella finge enfadarse.

Quizá no quería decir increíble. Quizá quería decir que era simpática. Quizá era un juicio de valor estético, el típico comentario de «algún día le gustarás a otro». Pero yo no lo recordaba así para nada. Recordaba las palabras acompañadas de una mirada compartida, de una invitación velada (solo quizá).

Si había algo seguro sobre Kit Godden era que sabía construir la realidad a su imagen y semejanza.

En esto era claramente un experto. Me sonreía, me hablaba, bromeaba, me pasaba el brazo por los hombros, todo muy amistoso, un tanto impersonal, hasta que me convencía de que sus palabras eran imaginaciones mías, o quizá no las palabras: la entonación, la insinuación de que increíble significaba increíble. Y en el momento en el que me vio lista para morder el anzuelo, tiró del sedal y piqué.

Pensé en lo que Hugo había dicho sobre Kit y el sexo. Todo el tonteo que se traía bastaba para convencerme de que quería algo más que amistad. Que me consideraba lo suficientemente atractiva a nivel sexual e intelectual como para plantearse tener relaciones conmigo. ¿O no?

Unos días más tarde dejé de pensar en él a fuerza de voluntad y me

concentré en las cosas que quería hacer. Incluso me atreví, pasada la medianoche, a echar un vistazo rápido a la playa desde mi torre, con miedo, pero también con ganas de verle regresar a hurtadillas fingiendo que no se acostaba con mi hermana.

Pero no había ni rastro de Kit ni de Mattie, ni de nada interesante. Hasta que, en el otro extremo de la playa, me topé con algo extraño, retrocedí, enfoqué bien y una vez más me encontré mirando fijamente los ojos de Hugo.

¿Qué demonios...?

Bajé el telescopio y a simple vista distinguí una figura a cuatrocientos metros, frente a mí, pero era demasiada distancia para reconocerlo o él reconocerme a mí. Demasiado lejos en cualquier caso para saber que lo estaba mirando. Esta vez no tenía duda. Las luces de la torre estaban apagadas, imposible saber que estaba levantada.

Cogí el telescopio y lo levanté con cautela. Seguía en el mismo sitio, mirando en mi dirección, como si apenas estuviera a unos pasos. Podría haber estado en la misma habitación mirándome fijamente. Era de locos.

¿Se pasaría las veinticuatro horas al día mirando la torre a cambio de una posibilidad remota de pillarme? No parecía muy probable.

Mientras lo observaba, echó a andar por la playa y desapareció en casa de Malyhope. La casa estaba a oscuras.

¿Me estaría volviendo loca? ¿O el loco era él?

Acuñé una nueva serie de nombres colectivos. Una plaga de Goddens. Un asesinato de Goddens. Un enigma de Goddens. Un asedio de Goddens. Un ataque de Goddens.

Un caos de Goddens.

Capítulo 15

La boda comenzaba a cobrar forma. Alex estaba feliz con sus murciélagos. Mal estaba obsesionado a todas horas por *Hamlet*. Tamsin ahora y siempre enamorada de Duke, y Mattie de Kit. A Kit parecía gustarle Mattie. Mamá cosía y papá hacía lo que fuera que hiciese durante todo el día. Todo era predecible y aburrido, como un martes después del lunes.

Y entonces Kit comenzó a mostrarse esquivo.

Alguien que se molestara en dibujar un gráfico comprobaría que la pasión de Mattie continuaba creciendo, como el PNB de la India, mientras Kit se quedaba rezagado, como el de China, que parecía resentirse y descender al final de cada ejercicio fiscal.

Se podría decir que Kit comenzó a pecar de distante.

Esto desencadenó una reacción: Mattie se pasaba gran parte de la mañana haciéndose la encontradiza con Kit sin lograrlo, regresaba a casa para probarse cinco modelos nuevos, todos igual de divinos, pero ninguno válido para compensar la sensación de vacío por no estar con él. Tras elegir uno, se tiraba media hora haciéndose una coleta que parecía informal pero no lo era. Cuando por fin tenía bien el pelo, le parecía que los *shorts* no conjuntaban; luego los zapatos, entraba como una exhalación en la cocina con deportivas y salía corriendo en chanclas, luego con bailarinas, luego con chanclas de nuevo, como si los zapatos fueran la llave del corazón de Kit y si elegía el par adecuado él la querría como la semana anterior.

Pero el juego de los zapatos no iba con él. Un día no se presentaba a comer o a cenar. Le duele la cabeza, decía Hope. Pobrecito. Mattie no solo se mostraba decepcionada, parecía hundida y gris, como si la

hubieran golpeado.

Al día siguiente tenía trabajo que hacer. Y, al otro, se había pasado la noche leyendo y no se levantaba en todo el día.

La noche siguiente, cuando Kit apareció, Mattie lo evitó y se sentó entre Alex y Mal. Pero eso no funcionó porque no había contado con la mirada perpleja, la mirada herida, la mirada de por-qué-me-ignoras, la mirada de haré-que-desconfíes-de-tu-instinto. Esta última la convertía en la clase de chica que dudaba de las señales que su cerebro, moderadamente competente, le enviaba.

A veces lo pillaba mirándome y notaba una sensación de triunfo. Se había cansado de ella, como yo había predicho. Ahora solo me quedaba esperar.

Cuanto más inquieta estaba Mattie, más la mareaba Kit, «olvidándose» de que habían quedado, llegando tarde, dando largos paseos con Mal («¿con Mal?, ¿por qué no me lo ha pedido a mí?») o invitando a alguien a acompañarlos, alguien que no sabía que estaba siendo utilizado, como Alex. Y entonces, justo cuando Mattie se sentía tan enfadada o tan triste como para dejar de preocuparse por ese cabrón narcisista que pasaba de ella, él se presentaba con su sonrisa fatal, los ojos ardientes y su voz grave y aterciopelada, la rodeaba por la cintura, le rozaba el cuello con los labios y le preguntaba: «¿Dónde te habías metido?», cuando era evidente que había estado pegada a él todo el tiempo.

Fue entonces cuando Mattie comenzó con las excusas. «Si hubieras tenido una madre como la suya, ¿cómo te tomarías las relaciones?» y «Aunque no te lo creas, es de lo más inocente con las mujeres». Eso era más difícil de creer, porque Kit era muchas cosas, pero inocente, desde luego, no. «No es como otros chicos», decía. «Vive en su mundo interior». O con mordacidad, a mí o a Alex: «Nunca comprenderíais a alguien tan sensible como Kit».

—¿Le has preguntado por qué no se presentó anoche?

Mattie apartó la vista.

—No.

—¿Por qué no?

—No puedo.

—¿Por qué no puedes?

—Pues porque no. Además, no queremos que nadie se entere de lo nuestro.

Todo el mundo a cincuenta kilómetros a la redonda sabía que estaban liados.

—¿Por qué?

—¿No es evidente?

Me lo pensé un momento.

—No —dije. Pero ella agitó la cabeza y se marchó, dejándome perpleja; en unas semanas, Mattie se había transformado en una persona que no le podía preguntar a Kit por qué la había dejado plantada.

Por otra parte, yo me había convertido en el objeto de mayores atenciones. Nada concreto, nada de magreos en la despensa o besos culpables en las escaleras. Pero siempre que levantaba la vista lo encontraba mirándome y siempre que hacía algún comentario entre dientes él era el único en oírlo y reprimir una risa.

«Sé que estás ahí —leía en su atención—. Me interesas».

Y luego estaba Hugo, el mismo de siempre, retraído y respetuoso, sin hablar con nadie, con su habilidad para estar y a la vez no estar. Nuestro día pintando juntos no había desembocado en una amistad, pero habíamos alcanzado una tregua momentánea y esa parecía una buena base para comenzar a construir.

Apareció en la casa una tarde en la que no estaba haciendo nada concreto y se quedó allí plantado, como un fantasma.

Esta es tu oportunidad, pequeño Hugo. Un hola sería un buen comienzo.

—Hola —dijo; un as en comenzar conversaciones.

—Hola. —Como no continuaba, probé yo—. ¿Qué pasa?

—Tu madre quiere que alguien vaya a coger salicornias para la cena.

Cualquier otra persona del planeta habría añadido: «¿Quieres venir?», pero Hugo no. Eso me ponía de los nervios. Esperé sin decir nada. El silencio se dilató hasta el infinito.

—¿Quieres venir? —dijo al fin.

—Claro —contesté yo, como quien premia al perro cuando obedece la orden de sentarse.

Hugo se giró para marcharse sin esperar y yo suspiré. Nos adentramos en la marisma, él delante, con una bolsa de lona y unas tijeras en la mano. La marea estaba baja, no tuvimos problemas en encontrar salicornias y cortarlas, aunque mis viejas chanclas se hundían en el barro y se me salían las tiras a cada paso. Me harté y me las quité.

Tiré de un brote particularmente apetitoso de salicornia y se lo pasé a

Hugo.

—¡Ponla donde estaba! —exclamó furioso—. No las saques de raíz, joder.

Yo lo sabía, pero las tijeras las llevaba él.

—¿Por qué no llevo yo la bolsa? —Me ofrecí amablemente.

Él negó con la cabeza, molesto, se puso en cuclillas y comenzó a cortar con cuidado.

—No volverán a crecer si las sacas de raíz.

—Crecen aquí desde que tengo uso de razón. Además, ¿qué sabrás tú de la salicornia?

Él me lanzó una mirada furibunda.

—California no es otro planeta. Tenemos plantas.

—Siento haberte juzgado mal.

Hugo soltó un bufido.

—¿Por qué parar ahora? —dijo él, y volvimos a la casilla de salida.

Estuvo un rato cortando salicornia en silencio, terminó por pasarme la bolsa y los manojos, que coloqué con cuidado. No era un trabajo duro. Encontré un lugar más o menos seco donde sentarnos. Ninguno dijimos nada durante un rato.

—¿Estás bien? —me preguntó, sin levantar la vista.

Parpadeé. ¿Por qué todo el mundo me preguntaba eso?

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Por montones de razones.

—¿Por ejemplo?

Se sentó, enganchó las tijeras con el índice y las hizo girar. No me miraba, solo observaba las tijeras.

—¿Entonces?

—Nada. Que tengas cuidado.

Estaba hablando sobre Kit, claro. Pero yo ya tenía cuidado. Además, sabía algo de Kit que Hugo no tenía forma de saber. Sabía cómo se comportaba con Mattie, que no iba en serio con ella. Cualquiera podía verlo.

Y también sabía cómo me miraba.

Capítulo 16

Después de otras cuarenta y ocho horas de evitar a Mattie por completo, Kit apareció en nuestra casa con Gomez y Mal para desayunar, se sentó frente a ella y esbozó la sonrisa Godden muy despacio. Mattie se estremeció como si le hubieran asestado un golpe violento y noté que toda su determinación se venía abajo.

Pero Kit no había hecho más que empezar.

Despacio, como un gimnasta haciendo el calentamiento, bromeaba y la engatusaba, la miraba a los ojos y luego apartaba la vista, repetía la jugada, se ponía serio un minuto, reía, se mostraba resentido. Yo notaba que algo estaba pasando debajo de la mesa. Poco a poco, Mattie recobró el color en las mejillas y comenzó a olvidar lo mal que lo había pasado los días anteriores. La observé dejándose llevar y ablandándose; una vez más le pertenecía.

Así de fácil.

Pero podía ver que en el fondo dudaba. La cara de «¿me acabo de imaginar eso?» que yo reconocía tan bien. Y odiaba verla porque resultaba patético.

Ninguno de los adultos responsables se dio cuenta de lo que sucedía porque Kit no quería que se dieran cuenta. Se aseguraba de prestarle la cantidad justa de atención a Mattie cuando había más gente alrededor; por eso, su manipulación mental quedaba entre los dos. Y si no te estremeces con esas tres palabras, tu reacción es incorrecta.

Quedaron en dar un paseo después del desayuno y Kit estuvo hablando de acampar en la playa con la tienda de Malcolm mientras Mattie escuchaba, solícita como un perrito, para que todo volviera a ser perfecto entre ambos.

Mamá se acercó a nosotros con un café y se mostró encantada con esa atmósfera animada. Papá y ella creían, menuda ocurrencia, que Mattie y Kit todavía se estaban conociendo a la vieja usanza, que quizá caminaban cogidos de la mano por la playa o charlaban hasta bien entrada la noche. Mattie y Kit habían ido mucho más allá, pero solo cuando a él le apetecía. O quizá cuando estaba tan oscuro que podía cerrar los ojos y fingir que ella era otra persona.

La pregunta era quién.

Hugo llegó, se encaramó en el extremo del banco opuesto como un animal listo para salir huyendo ante la menor amenaza. Hice un auténtico esfuerzo para atraer su atención, pero se negaba a mirarme y me entraron ganas de lanzarle un tenedor. ¿Para qué me molestaba siquiera?

Al final, Mal se levantó, dijo que iba a comprar el periódico y preguntó si alguien quería acompañarlo, pero Mattie y Kit ni lo oyeron. Mal agitó la mano entre los dos como si quisiera comprobar si estaban ciegos, pero le ignoraron.

Hugo dijo:

—Te acompaño. —Entonces siguió a Mal, y fue la primera vez que lo vimos presentarse voluntario para una actividad social.

Yo también me levanté, pero me abordó papá con unos ojos suplicantes y enormes, tipo bebé panda.

—Tamsin compite hoy y he prometido ayudar.

—Qué bien —dije, y me di media vuelta, pues no me apetecía nada—. Que te diviertas.

—Venga, por favor —dijo—. Ven conmigo. Ya sabes que los caballos no son lo mío.

Parecía abatido, y sé que a veces hay que seguirle la corriente a los padres para evitar que piensen que no los quieres, aunque me avergüenza decir que normalmente me da igual. Suspiré y lo seguí en dirección al coche.

—Qué día tan precioso —comenzó, pero conmigo no le funcionó porque a) el tiempo me daba igual y b) los Godden me tenían tan alucinada que el día, por el momento, había sido una mierda. Con buen o mal tiempo.

—¿En qué piensas?

Suspiré de nuevo y miré de reojo el rostro dulce e ingenuo de mi padre.

—Nada —dije, sin querer preocuparle con las disputas bizantinas del infierno adolescente—. Me preguntaba si recordaré algo de mis clases de equitación.

—Lo importante es estar ahí para apoyar a Tamsin. Ya sabes cómo se pone.

Sí, sé cómo se pone. Culpa al mundo, le entra el pánico y se pone de los nervios, y si los cascos de su poni no están relucientes o si las crines no se ven perfectamente peinadas rompe a llorar y se bloquea. No sé de dónde han salido dos hermanas como las mías. Apuesto a que mi padre tampoco lo sabe. Ni mamá ni él son dos bichos raros narcisistas.

Aparcamos en el patio, donde ya había incontables niñas arreglando incontables ponis. Olía a estiércol, a grasa de la camioneta de las hamburguesas y, más sutilmente, a los nervios de la competición. Aquí es donde todo comienza, pensé, la anorexia, la falta de autoestima, la obsesión por el control. «Mi poni no es tan bonito como ese poni. Hemos tirado un obstáculo. Tengo que trabajar más. Tengo que ser más rápida. Tengo que saltar más alto. Tengo que crecer y casarme con un banquero que se haga cargo de mis gustos caros».

Había muchos hijos de banqueros en la pista y me dio la sensación de que Tam estaba tan fuera de lugar como Duke, que era un zaíno sucio que hacía tiempo que había dejado de ser joven, pero cuando los encontramos estaba reluciente y despierto, con las crines y la cola trenzadas, con todos los arreos lustrosos y resplandecientes, y Tam iba vestida con pantalones blancos impolutos, chaqueta y botas negras. Estaban espléndidos.

—Estás guapísima, querida —dijo papá, y la besó.

Craso error, porque se acababa de ajustar la redecilla del pelo y no quería que se moviese.

—Ayudadme con mi número —dijo con los dientes apretados, y se anudó cuidadosamente el plastrón encima de la chaqueta.

Sujeté la cabeza de Duke mientras papá la ayudaba a subir y luego le deseé buena suerte como si de verdad me importara. Quería que ganara por el bien de Duke, así no insistiría en reemplazarlo por un nuevo modelo reluciente. Por un momento sentí nostalgia por los viejos tiempos cuando todos montábamos ponis desharrapados y gruñones que nunca hacían nada de lo que les pedíamos. Estas nuevas exhibiciones parecían fuera de lugar, cero divertidas y, en cierto modo, contrarias a los animales.

Esperamos con Tamsin junto a la zona de calentamiento y, cuando anunciaron su número, papá se agarró a la barra y me miró como diciendo: «¡Allá vamos!».

Duke sabía lo que se hacía y, cuando Tam le indicó mal, él ajustó el paso tan levemente que ella ni siquiera se dio cuenta. Yo pensaba que se olvidaría del orden de los obstáculos, pero no fue así, Duke saltó como un campeón, ni una sola falta. Tam estaba radiante, se inclinó y se abrazó al cuello de Duke mientras salían de la pista.

—¡Buen chico! —dijo, y yo pensé: «Bien hecho, Tamsin, todavía estás enamorada de tu poni, contigo no hay problemas».

Nadie más terminó el circuito sin derribar ningún obstáculo, por eso no hubo saltos de desempate, alabado sea Dios-Alá-Zeus, y, después de que papá le diera las consabidas enhorabuenas y felicitaciones, le propiné un ligero codazo y señalé hacia el coche. Miró de reojo a Tam, que llevaba a Duke de vuelta a su cuadra, y se encogió de hombros.

—Vamos a arriesgarnos —dijo, y nos escapamos, riendo como críos.

Nuestra casa quedaba cerca y, cuando doblamos la curva para dirigirnos a la playa, casi chocamos con una figura que caminaba por el arcén de espaldas a nosotros haciendo autostop. Papá redujo la marcha.

—Es Hugo —dijo, y detuvo el coche—. Hugo, ven.

Ojalá no hubiera dicho «Hugo, ven» como quien llama a una mascota.

—Hola —dije, con un tono que quizá fuera un tanto agresivo—. Hola, hola, HO-LA.

Hugo-ven me miró con cara de susto.

—¿Estás disfrutando del verano, Hugo? ¿Te haces con el sitio? —preguntó papá, como si Hugo fuera una caja de cereales en una balda.

—Sí —contestó Hugo, nervioso.

Otro silencio. Esta vez más largo. Incómodo. Pero ya estaba harta de ser la que siempre se esforzaba.

Pasamos ante nuestra casa y papá se detuvo en el extremo del camino de la casa de Malyhope.

—Bueno —dijo, con una voz demasiado amistosa—. ¿Te importa si te dejo aquí?

Hugo bajó de un salto como si fuera una mascota.

—Gracias por traerme —contestó, y cerró la puerta sin volver la vista siquiera.

—Parece un buen chico —dijo papá.

¿Un buen chico?

Sonreí y asentí cortésmente para protegerle de su trágica ceguera.

Capítulo 17

Mamá estaba arreglando la chaqueta que acompañaría el vestido de novia de Hope. Quería que las mangas fueran un poco acampanadas y estaba cosiendo refuerzos en las costuras para que la tela tuviera más cuerpo. La chaqueta era más difícil que el vestido porque había que confeccionarla a medida y Hope no dejaba de ir y venir por la playa con la prenda colgada al hombro para probársela.

Yo volvía de bañarme cuando vi salir de casa a mamá y la saludé con la mano.

—Ven a vérsela puesta —me llamó; yo me envolví en una toalla y la seguí. Cuando llegamos, Hope iba vestida con camiseta de rayas y vaqueros. Con ese aspecto de chica alegre de dieciocho años resultaba difícil imaginarla casándose.

—Ni siquiera me gusta arreglarme —murmuró, mientras mamá la ayudaba a ponerse la chaqueta, le ajustaba los hombros y le cogía las costuras laterales.

—Y ahora me vienes con esas —dijo mamá.

Aunque era una chaqueta compleja, quedaba sencilla una vez puesta, como un vestido de fiesta imaginado por una niña.

—Y... —dijo mamá, con la boca llena de alfileres—. Se cierra... así. —Remetió los extremos bajo una tira de la tela y la unió a la chaqueta.

Hope se miró al espejo.

—Muy bonito —dijo, sin sonreír.

Mamá asintió.

—¿Dónde está Mal? No lo he visto en todo el día.

—Por ahí escondido. Aprendiéndose el papel. Creo que ha convencido a Kit para que interprete los demás papeles. Me gustaría ayudarlo, pero

no quiere. Dice que lo miro con desaprobación.

—¿Y lo haces?

—Es probable.

—La última costura —dijo mamá, y Hope suspiró.

—No tendré una conversación en condiciones con él hasta que termine la temporada. Quizá debería quedarme embarazada. Trae al mundo a tu mejor amigo.

—No bromees con eso —dijo mamá, con el ceño fruncido.

—¿Qué hay de malo en tener hijos? —pregunté—. Tampoco es que seas una desgraciada.

—Búscate un gato —le dijo, ignorándome—. Le hará compañía a Gomez.

—Él estaría encantado.

Gomez, al oír su nombre, se acercó lentamente y se derrumbó en el suelo a mi lado como un saco de patatas. Le rasqué las orejas.

—¿Te gustaría un gato de compañero, querido?

No contestó.

Oímos que se abría la puerta delantera.

—Saludos, admiradoras. —Era Mal.

Hope sonrió.

—Pareces muy contento para ser un hijo de puta loco.

—¡Traidor, lascivo, desalmado villano! ¡Oh, venganza! Aunque esto sea locura, sin embargo su método no lo es. ¡Qué obra maestra es el hombre! Debo desahogar mi corazón con palabras y desatarme en maldiciones, igual que una ramera, ¡igual que una escoba!

Nos quedamos mirándole.

Se detuvo.

—Escoba no, fregona. Os estaba poniendo a prueba.

Kit entró en la habitación tras él, extendió los brazos y nos regaló una pose:

—Qué vergüenza, puah.

—¿No será puaj?

—No, no es «puaj» con jota, es «puah» con hache.

—¿Y desde cuándo es con hache? —Hope se echó a reír.

Kit se encogió de hombros.

—Más. —Mal se cruzó de brazos y esperó.

—No me tientes, podría representar la obra entera mañana.

—Pues venga.

—Ni se te ocurra ponerte en ridículo, Malcolm, hermoso granuja escocés. Pero estaré listo para sustituirte sobre la marcha si se necesita un Hamlet más acorde con la edad del original.

Mal le soltó un coscorrón.

—Ah, bendita juventud.

—Me gusta «traidor, lascivo, desalmado villano» —dije—. Llamaré así a Alex.

—¿Alex, lascivo? —Mamá me miró.

—Entonces, desalmado.

—Inténtalo —dijo Kit, tomándome del brazo y obligándome a levantarme—. Declama. Puedes inventártelo sobre la marcha.

—No.

—Vamos —dijo Mal—. Yo te daré pie. ¡Oh, vergüenza! Traidora y malvada vástaga de ramera...

—Gracias —dijo mamá.

Mal la miró.

—Sin ofender.

—Estás perdonado.

Se volvió hacia mí.

—No.

—Anda, venga.

—Vamos —dijo Hope.

Suspiré e hice una pose desganada.

—Pardiez, marchaos, o haré gachas de vuestras entrañas. Oh, Romeo, hijo de una hiena, esa es la cuestión, mis valientes.

Mal parecía dolido.

—Pero eso ¿qué es?

—Shakespeare pirata —dijo Kit, asintiendo con admiración—. Muy moderno.

—Ha sido idea tuya.

—¿Shakespeare pirata? —Mal frunció el ceño—. No sé yo.

Me encogí de hombros.

—Sea lo que sea, que no vuelva a repetirse —dijo Mal, mirando a Hope con ojos brillantes—. ¿Es este el atuendo secreto de nuestros próximos esponsales?

—Se supone que no deberías verlo —sugirió mamá, desde debajo del dobladillo—. Lárgate y deja de mirar.

—Venga —me invitó—. Cambiemos los versos por un partido de

tenis. Tengo que despejarme la cabeza asesinando a alguien.

—No puedo jugar así.

—Entonces ve a cambiarte y reúnete allí conmigo. Vamos, andando.

—Esperad, os acompaño y así os veo —dijo mamá, recogiendo las piezas de la chaqueta que Hope se había quitado cuidadosamente—. Por ahora he terminado.

—Gracias por ser una santa. —Hope abrazó a mamá.

—¿Puedo coger prestada la raqueta de papá?

—¿Y la tuya?

—Tiene el cordaje roto.

Mamá agitó la cabeza con resignación.

—¿Por qué siempre hay algo que arreglar en nuestras vidas?

Me lo tomé como una pregunta retórica.

Mal me asesinó jugando al tenis y eso lo puso de buen humor. Mattie estaba de bajón cuando llegué a la casa.

—Hola, Matts.

—Hola —dijo—. ¿Has visto a alguien?

—¿Alguien en concreto? Acabo de jugar al tenis con Mal. Hope está en casa. Mamá seguramente esté en el piso de arriba. ¿Alex? ¿Tam? ¿Hugo? Ni idea. ¿Kit? La última vez que lo vi estaba con Mal. ¿No ibais a dar un paseo?

Ella no contestó, se dejó caer en el sofá y enterró la cara en los cojines. De modo que la montaña rusa volvía a descender en picado. El ciclo de subidas y bajadas se aceleraba.

Un rato después, mientras oteaba la playa como de costumbre, distinguí a Gomez tendido en un nido de toallas observando cómo Malcolm, Kit y Mattie se bañaban. Mal nadaba a crol en paralelo a la orilla, tomándoselo con calma, mientras Kit flotaba más adentro, lanzando cortinas de agua al aire. Mattie chapoteaba cerca de la orilla, justo donde el rompeolas. Cada pocos segundos miraba disimuladamente a Mal y Kit, aunque ninguno de los dos le hacía mucho caso. Al final, se cansó de esperar a que Kit nadase hasta ella, y comenzó a nadar a braza lentamente mar adentro, donde se puso a flotar con ellos, dejándose llevar por las olas.

Podías asumir que Kit estaba colado por ella pero que no era su estilo ir detrás de nadie, pero a mí me parecía que le gustaba pasar el tiempo con ella tanto como con cualquier otra persona de la playa, independientemente de lo que sucediera por las noches.

Barrí el arenal de un extremo a otro, pero no vi ni rastro de Hugo.

El sol calentaba a pesar de la hora y, cuando Mal y el resto regresaron a casa, la playa quedó desierta y caminé hasta la orilla, eché un vistazo rápido a mi alrededor, me desnudé y me metí en el agua. Nadar desnuda a plena luz del día es un buen incentivo para darse prisa. El sol de agosto se reflejaba en el mar. En los bancos de arena unos grandes cormoranes negros extendían las alas para secarse las plumas al sol. Sumergí la cabeza y contuve el aliento, luego emergí de manera que solo asomaran los ojos por encima de la superficie y avancé así por esa frontera entre el mar y el cielo, con el cuerpo suspendido abajo, como un cocodrilo en busca de su presa.

No se veía ni un alma en ninguna dirección. La existencia reducida a la calma, la libertad y una sensación de espera en un presente infinito.

Capítulo 18

De no haber sido por la boda, ese verano todo habría sido distinto. Ídem de no haber sido por *Hamlet*. Y de no haber sido por los Godden, seguramente habría acabado siendo un verano más, idéntico al resto de los veranos.

¿Eso habría sido mejor?

Me tenía desconcertada que no hubiéramos vuelto a saber nada de Florence Godden.

—No es de escribir correos electrónicos —dijo Kit—. La tecnología moderna le parece una vulgaridad. «Para eso tengo un secretario, querido».

—¿Nunca llama? ¿No manda wasaps? ¿Mensajes de texto? Si es gratis.

Yo estaba dibujando un cardo a lápiz negro, una especie de alcachofa morada, florida y espléndida, de más de un metro. Kit leía una obra de Edward Albee.

—¿Mi madre? Solo si le apetece, y no le apetece nunca. Postales, una o dos veces al año. —Me miró de reojo—. No te doy pena, ¿verdad? Eso estaría bien. Pero no te preocupes, no la echo de menos.

—¿Nunca? —Alcancé el carboncillo.

—Desde que cumplí seis años, no. No la considero una madre. Es como una pariente lejana, la tía loca a la que solo ves en Navidades.

Sombreé el grueso tallo con líneas verticales.

—¿Y qué pasa con Hugo?

—¿Qué pasa con él?

—Quizá él eche de menos tener una familia.

Kit se encogió de hombros.

—No lo sé. No conozco bien a mi hermano.

—¿No te interesa conocerlo mejor?

—Pues no.

—Yo creo que él sabe un par de cosas sobre ti.

Kit torció el gesto.

—Se cree que sabe un par de cosas sobre todo.

—Entonces, ¿debería ignorarlo?

No preguntarme qué me había contado Hugo lo sacaba de quicio. Pero se calló. Y se encogió de hombros.

—Haz lo que quieras.

—Creo que haré precisamente eso.

Kit aguantó unos minutos más solo para demostrarme que no se había mosqueado, luego se levantó y se marchó. No le gustaba hablar de nada relacionado con su hermano.

¿Qué había sucedido para que hubiera tan mala sangre entre ellos? No iban al mismo instituto. No vivían en la misma casa (iban a internados). Nunca hablaban del padre, algo ya raro de por sí. Y era evidente que Florence sentía predilección por Kit, algo que nunca favorecía las relaciones entre hermanos. Véase *El rey Lear*.

Terminé de dibujar y fui en busca de la oveja negra; lo encontré en la casita, tirado en el sofá, con los ojos cerrados y los auriculares puestos. Le di un toque en el hombro y contuve las ganas de echarle un vistazo a su lista de reproducción. Era muy reservado para estas cosas y no quería fastidiarlo, por raro que fuera.

Hugo abrió un ojo y se quitó un auricular.

—Hola —dijo, en un tono que parecía casi agradable.

—¿Te apetece hacer algo?

—¿Como qué?

—No sé. ¿Tenis? —Sabía que Kit jugaba, había traído una raqueta. Era probable que Hugo también, ¿no era habitual en California?—. No soy buenísima, pero normalmente soy capaz de darle a la pelota.

—Sí, vale. ¿Me prestas una raqueta?

Asentí y él se despegó del sofá, se incorporó y se pasó la mano por el pelo, que se le había quedado aplastado en una sien.

—Voy a por las deportivas —dijo.

Subió al piso de arriba a grandes zancadas y regresó con sus Converse blancas. No era el calzado idóneo para jugar al tenis. Yo tenía unas deportivas con suela de gel y doble amortiguación. Muy pro. Le pasé la

raqueta de Mal, que era una de las mejores que teníamos, él comprobó la tensión del cordaje y la hizo girar.

No hablamos mucho mientras subíamos. Una de las cosas buenas que había descubierto de Hugo era su capacidad para guardar silencio. En ese sentido era el mejor, con la excepción de Gomez.

Cuando llegamos le conté que Mal me había enseñado a jugar, pero que siempre me ganaba. Quizá prefería no mostrarme los trucos para jugar bien, así podía continuar ganándome, aunque lo más probable es que me faltara práctica.

—He jugado alguna vez en el instituto —dijo Hugo.

—¿Tenis en el instituto? Deberías ver el mío. Atletismo dos veces al mes si no llueve, y siempre llueve; gimnasia, que es de broma, y juegos, que nunca me quedó claro qué era.

—Nosotros hacemos tenis, yoga, artes marciales y meditación. A diario.

—Qué pasada.

Calentamos un poco, peloteando, y lo vi correr más que yo, lo cual me dio ánimos. Prácticamente le estaba devolviendo todas las bolas y comencé a pensar que al menos le debía un partido decente.

—¿Quieres sacar tú?

Negué con la cabeza.

—Vale.

Su primer saque fue fácil y mi golpe se marchó a la esquina del fondo, muy cerca de la línea, tanto que se desprendió un poco de tiza. Fue pura suerte, mi talento no daba para mucho, pero vi que fruncía un poco el ceño, como si tomara nota.

Su siguiente saque casi me rebana la oreja. Apenas si había levantado la raqueta cuando la pelota aterrizó con fuerza a un milímetro de la línea y explotó contra la valla.

Me quedé mirándolo boquiabierta.

—Joder, Hugo. ¿Dónde has aprendido a sacar así?

Él se encogió de hombros y volvió a sacar, un saque muy suave para que yo pudiera devolvérsela.

Dejé pasar la pelota.

—Repítelo.

Esta vez lo observé para ver cómo lo hacía. A primera vista no era muy atlético, no tenía los hombros anchos ni los brazos musculosos, pero cuando lanzó la bola al aire todo su cuerpo pareció contraerse y

extenderse como un muelle, de manera que, cuando la raqueta tocó la bola, lo hizo con toda la fuerza de los pies, las rodillas y todo el impulso de los muslos, los músculos de la espalda y los hombros. Alucinante.

Cuando vio que no tenía sentido jugar al tenis conmigo en serio, volvió a sacar con suavidad y a devolverme la bola de modo que siempre pudiera golpearla sin tener que moverme mucho ni sentir que perdía el control. Estaba acostumbrada a perder frente a Mal, que se tenía por un jugador decente, pero esto era otro nivel. Incluso el sonido de la bola al pegar contra su raqueta era distinto al mío, que sonaba tipo «pong». El suyo era nítido como un disparo. Me sentí celosa a más no poder y, de repente, me cayó mejor. Este Hugo se daba poco a poco a conocer.

Estuvimos jugando una hora y Hugo no llegó a sudar. Sobre todo me devolvía los golpes para que pudiera volver a darle a la bola. Al final de un intercambio que creí por un momento que podía ganar, asestó un golpe que escapó fuera de mi alcance, tan rápido que apenas lo vi pasar. Si hubiéramos jugado en serio, el partido habría terminado en segundos.

—Si no paramos voy a morir —dije al final, jadeando, y me dejé caer en el banco—. Ojalá pudiera jugar así.

—Podrías hacerlo —dijo Hugo—. Es cuestión de práctica.

—Podría pasarme la vida practicando y no jugaría como tú. Haces que parezca un arte. Yo me limito a darle a la pelota. Pero en eso los ingleses somos los mejores, ¿sabes? Sabemos perder con elegancia.

Hugo frunció el ceño.

—Es un país muy raro.

—Pues anda que el tuyo.

Una sonrisa pasajera.

Regresamos a casa para comer algo y salir a nadar. Las nubes y los claros se habían alternado todo el día. Hugo tomó prestado un bañador de la cuerda de tender y terminamos las sobras de la noche anterior; ignoramos la regla de la media hora y nos metimos en el agua. El oleaje era fuerte, las olas venían racheadas por el viento.

—Por favor, no me digas que también sabes hacer surf —dije, cuando me acostumbré al agua.

—Qué va —contestó—. Tenis y natación. Submarinismo. Algo de campo a través. Fútbol. Baloncesto. —Se quedó pensativo—. Béisbol, lacrosse, taekwondo. Kickboxing. Eso es todo.

Agité la cabeza con incredulidad.

—Nos hemos criado en dos planetas distintos.

—Supongo.

—¿Y cómo es Los Ángeles?

—Está bien. —Se encogió un poco de hombros—. Estoy acostumbrado. ¿Cómo es Londres?

Me detuve a pensarlo.

—Ruidosa, sucia. —Nadé de costado—. Pero me gusta. Me siento como en casa.

Hugo era más alto, hacía pie.

—En Los Ángeles no me siento como en casa. Ni en ninguna otra parte.

La sencillez de esta declaración me pilló desprevenida. ¿Cómo podía no sentirse en casa en ninguna parte? Londres me sacaba de quicio a menudo, pero, a falta de otra cosa, lo era todo para mí: allí estaban mi casa, mis padres, mis hermanos, mis amigos, mi instituto.

—¿Qué hay de...? —titubeé.

—¿Mi madre? ¿Mi hermano?

—¿Tu padre?

—¿Qué pasa con él? Solo lo he visto dos veces en mi vida.

—Kit y tú no...

—No —dijo, mirándome a la cara—. No lo somos. No sé si mi madre se tiraría a nuestros padres más de una vez. Tampoco sé si se ha tirado a alguien más de una vez.

Vaya.

Hugo se zambulló y lo observé dar dos brazadas poderosas antes de perderse en el mar revuelto. Resurgió a cierta distancia, aprovechó una ola para llegar hasta la orilla, salió y agitó la cabeza como un perro. No se giró, solo cogió la toalla y se dirigió a la casita. Lo observé mientras se marchaba, pensando en lo que había dicho.

Lo que había interpretado como antipatía resultaba ser algo más. ¿Dolor?

Capítulo 19

Cuando éramos pequeños, las seis semanas de vacaciones de verano eran como un abismo insondable entre el final de un año escolar y el comienzo del nuevo. Pero ahora que éramos mayores, el tiempo se aceleraba y, cuando por fin te acomodabas al ritmo del verano, quedaba poco para el final. Los planes de boda contribuían a esta sensación: cuando te quedas sin tiempo para organizar una fiesta te concentras en eso. Todavía no había sido la travesía en barco y el torneo de tenis era casi en septiembre, lo que lo convertía en un momento melancólico. En todo ese tiempo no supimos nada de Florence, ni siquiera respondió a la invitación, algo que tenía a Hope desconcertada, ya que pensaba que Florence aparecería para la boda y de paso recogería a los chicos.

Con una inquietud cercana al pánico, me imaginaba el día en que Kit y Hugo abandonaran la playa. Kit a Londres para hacer las pruebas de la Real Academia de Arte Dramático, Hugo con su madre de regreso a Los Ángeles. Volverían con sus viejos amigos, retomarían las relaciones que tuvieran en la vida real. Con un poco de suerte Kit volvería para estudiar en la Real Academia. A Hugo le faltaba un año para acabar el instituto.

¿Y qué pasaría con nosotros?

Kit apareció en la tienda de nuevo al día siguiente, justo cuando mi turno estaba a punto de acabar. Dijo que me llevaría a casa en bici.

—¿No estarás insinuando que me siente en la barra? —Pero cuando se me acercó capté el olor a sal y sudor en su cuerpo y me habría gustado que el momento no acabara nunca.

Eché a correr por la carretera y él me siguió en la bici cutre de Mal; la llevaba sin tocar el manillar, con los brazos cruzados, pedaleando despacio y dirigiéndola con las caderas.

Comenzó a cantarme en italiano, como un gondolero, hasta que lo empujé y tuvo que agarrarse al manillar para no estamparse.

Luego decidió ir a mi lado agarrándome del hombro, de manera que yo hiciera todo el trabajo y tirase de él y la bici. Mi cuerpo vibraba con su tacto.

A unos cuatrocientos metros de casa me soltó y, sin volver la vista atrás, pedaleó con fuerza y se marchó como si se le hubiera olvidado algo.

Unas horas más tarde lo vi subir por la playa en chanclas.

Yo estaba terminando el cardo, pintaba la flor espinosa con un lápiz morado.

—Has desaparecido de repente.

—Siempre hay que dejarlas con ganas de más.

Sentí verdadero desprecio.

—Estás de broma.

Él se rio.

—He recordado que había prometido hacer algo.

Ajá.

No se dignó a explicar nada más.

—Mira —le dije, y le mostré el dibujo.

Lo miró con atención.

—Me gustaría quedármelo.

—Ni lo toques. Es para mi dosier.

—¿Me dibujarás otro?

—No.

Me acarició la cara interna de la pierna.

—Mmm... —dijo, y yo se la aparté con fuerza.

—Eres un putón. No te gusta Mattie, te gusta cualquiera.

Parecía dolido.

—Adoro a Mattie —dijo—. Es guapísima. Pero tú..., tú eres algo más.

—Ya.

Él entornó los ojos como un gato.

—Algo... más.

La mano en mi muslo.

Contuve la respiración.

—Pienso en ti —dijo, con la vista puesta en el cielo—. Sé que no debería, pero así es. Pienso en ti demasiado. —Entonces se volvió para mirarme.

La electricidad que desprendía era suficiente para iluminar un crucero. «Dios», pensé. Pero no fue eso lo que dije.

—¿Sabes qué, Kit Godden? Eres un saboteador. No estarás contento hasta que le hayas jodido la vida a mi hermana. —Sabía que sonaba dramática y ridícula, una especie de policía del amor zumbada.

—Eso no es justo —dijo, retirando la mano—. No voy a joderle la vida. Me gusta Mattie. Pero no estarás sugiriendo que pase los siguientes cincuenta años con ella, ¿verdad?

Bueno, no, no era eso. Habría aceptado cualquier excusa como prueba de que me quería a mí, no a ella.

¿Hacía falta que él estuviera loca y fatalmente enamorado de una de las dos? ¿Era el amor loco y fatal el único amor sincero? Por una parte, claro que no. Por la otra, ¿quién emprendía una relación con tanta sangre fría como para no esperar de ella nada real, un sentimiento duradero? ¿Pecaba yo de inocente al pensar que debía ser así?

Me miró fijamente y dijo con voz nítida y queda, como una navaja:

—Hay cosas que me gustaría saber de ti. Tengo preguntas. —Me sostuvo la mirada y me estremecí de arriba abajo—. No tengo prisa —añadió—. ¿No te tienta?

¿Tentarme? ¿A mí? Era como preguntar si me tentaba mojarme en un aguacero. Para cuando terminó la pregunta, yo estaba empapada.

Cogí mi cuaderno de dibujo.

—Ya nos veremos —dije.

Y me alejé. Resuelta. Implacable. Desmoronándome.

Capítulo 20

Tamsin ganó un premio en su primera clase de salto de obstáculos federada. Mal ensayaba su papel. Mamá terminó la chaqueta. Los invitados confirmaron su asistencia a la boda. Esperábamos a unas cuarenta personas para el banquete, a pesar de que Hope había insistido en que sería una ceremonia íntima. Los padres de Mal vendrían y también su hermana casada. El resto eran amigos. Se celebraría en la playa y nos apiñaríamos en la casa si llovía. Hope parecía bastante tranquila, leía a buen ritmo una pila de libros que había junto a su hamaca. Cuando le preguntabas si estaba nerviosa, abría mucho los ojos y preguntaba: «¿Por qué?».

Se habían decidido por un menú vegetariano a pesar del capricho de Mal con el cerdo; simplificaba el tema de las intolerancias y demás. Hope hizo una lista de ingredientes, calculó las cantidades, encargó un montón de vino local (*pinot noir* inglesa, cortesía del calentamiento climático) y tres cajas de champán francés. Las copas las enviaba la bodega. Contrató a cuatro chicas del pueblo para que ayudaran a preparar la comida e hicieran de camareras («Ese día los jóvenes sois invitados»), y los manteles azul y verde claro para las mesas de caballete salieron de las profundidades insondables del cajón de atrezo de mamá.

—¿Por qué nadie me hace un traje para la boda? —Mal llevaba media botella.

—Me encantaría hacerte alguna cosita, querido Malcolm. —Mamá le sonrió con dulzura—. Pero tendrías que decirme qué efecto quieres causar.

—¿El efecto? ¿No es evidente? Dios del amor, mejor actor de su generación, intelectual sensible, salvador de las mujeres...

Hope ni siquiera levantó la vista del libro. Mamá parecía pensativa.

—¿Qué te parece terciopelo azul celeste? Un chaleco bordado a juego y... ¿sandalias?

—¿Sin sombrero panamá? ¡Puaj! —dijo Mal, llenándose la copa—. Ese será el motivo de que termine casándome en bañador y chaqueta de cuadros. Nadie se toma en serio mis necesidades en materia de accesorios.

—No sabía que tuvieras esa clase de necesidades, querido. —Hope fue a acariciarle el brazo, pero él se lo apartó bruscamente.

—No me subestimes. Conseguiré mi propio atuendo y os sorprenderé ese día.

—No nos sorprendas demasiado, por favor.

—Eso está hecho. —Mal se giró hacia Alex—. ¿Sabes coser, mi joven amigo?

—¿Coser?

—Empuñar una aguja. Hacer un ojal. Sacar un dobladillo. —Mal subía y bajaba las cejas provocativamente—. Si a alguien le interesa, mi talla es...

—A nadie le interesa —dijo Hope—. Creo que ya es hora de comer.

Mal se llevó a Tamsin del brazo y se dirigieron a la cocina.

—Me ayudarás a encontrar algo que ponerme, ¿verdad, querida? Podemos ir a juego. Eso me haría muy feliz. —Tam sonrió complacida.

Mattie estaba lo contrario de contenta. Se sentía más nerviosa, más insegura, comía menos y se mordía las uñas hasta hacerse sangre. Había perdido peso y no le favorecía: los pómulos le sobresalían y parecía mayor. Por mi parte, yo surfeaba una ola de promesa. «Cuando todo esto acabe —pensaba—, ya no tendré que hacerme la dura». Cuando él esté en la Real Academia y yo no viva en casa. Cuando la vida sea real. Entonces, quizá. Entonces. Así comprobaría si es paciente de verdad.

—¿Cómo crees que se llevan Kit y Mattie? —Mamá estaba recogiendo tomillo en el jardín.

Hope se encogió de hombros.

—A mí me parece que los dos están bastante contentos.

—No me gustaría que le hicieran daño. Está loca por él.

—Es el verano. Pronto terminará queramos o no —dijo Hope.

Mamá suspiró.

—Pobre Mattie.

—Bueno, no sé. A su edad me habría encantado enrollarme con un tío

como él. Al menos no tiene cuarenta años y está casado.

—¿Cuarenta años? —Mamá parpadeó.

—En su momento fue muy romántico.

Nunca había oído esa historia.

—¿Quién era romántico?

—Quién no, qué.

—¿Qué era romántico?

—No deberías estar escuchando —dijo Hope—. Mi tutor en Arte Dramático. Duró un par de años. Pero yo era mayor que Mattie, tendría diecinueve o veinte años.

—¿Conociste a Mal después?

—Todavía estaba con mi tutor cuando nos conocimos. Durante meses jugué a dos bandas. —Se quedó pensativa—. Fui cogiendo cariño a Mal. Pero tardé.

Nunca había oído esta versión de su historia de amor.

—Él siempre dice que fue amor a primera vista.

—Joder que si lo fue —dijo Mal, saliendo de la casa con más copas.

—Para él, no para mí.

—Vaya, muchas gracias. —Y volvió a desaparecer en el interior.

—¿Qué te hizo cambiar de idea? —Mamá estaba en modo reportera.

Hope titubeó.

—No sé. Me acostumbré a su voz, como dice la canción.

—¿Eso es todo?

Ella se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Pasaba el tiempo y no me cansaba de él. Además, estaba loco por mí.

—Loca por un beso tuyo... —canturreó Mal desde la cocina.

—¡Deja de cotillear...!

—Y entonces un día me di cuenta de que la vida sin él no sería ni la mitad de bonita de lo que es con él.

—Eres una romántica empedernida. —Mamá ató el manojo de hierbas.

Pensé en sus palabras durante un minuto.

—Eh, ¿a qué viene esa cara larga? —Mal salió de la casa, me hizo un placaje falso y los dos rodamos por el suelo; él protagonizaba un falso combate con efectos de sonido incluidos y yo trataba de escabullirme.

—¡Quítate de encima, psicópata! —Y Mal se puso en modo *Psicosis,* cuchillo y música de ducha incluidos, y cuando por fin logré escaparme

del montaje cinematográfico, me dolía todo del esfuerzo y de tanto reírme.

Levanté la vista y distinguí a Kit observándonos con cara rara. Mal también lo vio y se detuvo un instante, pero volvió a la carga, mezclando Shakespeare con Fred Astaire, bailando claqué mientras recitaba «ser o no ser».

Hope agitó la cabeza con incredulidad.

—¿Te puedes creer que vaya a casarme con este payaso?

Cualquiera de nosotros lo habría hecho, de haber tenido oportunidad.

Capítulo 21

Ir a trabajar era una vía de escape, no solo porque cambiaba de escenario, sino porque me alejaba del ambiente claustrofóbico de la playa. Todo el aire fresco que los Godden habían traído consigo al comienzo del verano comenzaba a estancarse y una nube de ansiedad pendía sobre la casa. Me fastidiaba un montón. El verano era placer y aburrimiento, no caos y duda.

En el trabajo sabía que si Lynn estaba de mal humor se debía a que no había llovido lo suficiente para su huerto o a que su marido había vuelto a casa borracho otra vez. A Denise, con la que compartía el turno y me doblaba la edad, le interesaban sobre todo las revistas del corazón. Todo un bálsamo para mí.

—Fíjate en esto —dijo, señalando a alguna estrella de cine famosa con gesto de desaprobación—. ¿Por qué se liaría una mujer que lo tiene todo con un adicto al sexo? Si yo estuviera en su lugar no lo tocaría ni con un palo.

Al ser lo más parecido que teníamos a una celebridad local, Denise y Lynn estaban loquitas por Kit Godden.

Cuando entraba en la tienda se mostraba azorado y tartamudeaba de una manera tan adorable que Lynn siempre decía: «Nadie diría que es prácticamente famoso. Una persona tan natural».

La naturalidad de Kit era una ilusión construida a conciencia. Estaba aprendiendo mucho este verano de cosas que hubiera preferido no saber.

Cuando le dije a Kit que las damas estaban prendadas de él vino a buscarme después del trabajo, compró todos los periódicos para Mal, la revista *Tu caballo* para Tam y *Country Life* para Hope, porque le encantaba ver casas solariegas.

Habló con Denise durante un rato sobre el festival de música que se celebraba cerca de allí y todo el tráfico y los problemas que ocasionaba.

—Pero ¿no es bueno para el negocio? —preguntó Kit, con un tono que daba a entender que le interesaba—. ¿No vienen más turistas?

—No compran aquí, lo caro lo traen de la ciudad y las drogas las compran en el festival. No debería consentirse. —Lynn hablaba con acento pijo especialmente para Kit.

—Flirteas con todo lo que se mueve —dije, cuando conseguí sacarlo de allí.

—No estaba flirteando —me contestó, trazando círculos lentos a mi alrededor con la bici prestada.

—Joder, Kit, búscate a alguien más a quien fastidiar.

—¿Te estoy fastidiando? —Me regaló su sonrisa a cámara lenta.

—Así es.

—No es esa mi intención.

Me detuve en seco.

—¿Y cuál es tu intención exactamente? Te lo pregunto porque cada vez que te veo termino sintiéndome... tan...

Buscaba la palabra. «Humillada». Las lágrimas me asomaron a los ojos y las sequé con el dorso de la mano. Una parte de mí sabía que él utilizaría mis emociones para continuar con su juego, pero otra parte lo deseaba tanto que, cuando nos besamos, ni se me ocurrió decirle que parara. Nos besamos en mitad de la carretera, él todavía montado en la bici, sujeto a mis hombros, se caería si me soltaba.

Pasó una pierna por encima del sillín y con la mano que no sujetaba la bici me apartó de la carretera, junto a un seto que delimitaba un sembrado, se tendió en el suelo, me colocó sobre él y deslizó ambas manos por debajo de mi camiseta. Me rozó la piel del estómago y de repente todo era piel contra piel, boca contra boca y su boca era... Ay, ¿qué estaba haciendo?

Sabía lo que estaba haciendo.

Esperaba que fuera apresurado, pero se tomó su tiempo, controlaba la situación porque sabía lo que quería, dónde y cómo. No podía respirar de tanto tanto que lo deseaba, y después de una larga espera por fin lo tenía. Y descubrí lo bien que se le daba demostrar que se podía casi morir de tanto desear y tener.

Después me quedé tendida, mareada, mientras esperaba a que mi respiración se calmara. Le di la espalda, me subí los vaqueros y me

abracé las rodillas. Él me rozó la cara despacio, como si hubiera sucedido algo que ya formaba parte del pasado. Pero yo no estaba saciada. Quería más, como una niña glotona. «Otra vez, otra, otra».

Él se había puesto de pie y me tendía la mano.

«¿Qué es lo que he hecho? —me pregunté—. ¿Qué es lo que he hecho?».

—Tú —dijo, abrazándome y susurrándome al oído—: Tú lo cambias todo.

Había esperado tanto oír esas palabras que ni siquiera me importó que no fueran ciertas.

Capítulo 22

A la mañana siguiente bajé tarde y todo el mundo se había marchado salvo Hugo, que estaba sentado mirando al mar en el extremo opuesto del porche, balanceando las piernas, semioculto y dibujando en su cuaderno con una pluma anticuada y un frasco de tinta negra. Se giró cuando llegué, me miró a los ojos y en ese momento lo supo. No mudó la expresión, no se mostró asqueado, ni resignado ni triunfal. Solo contrajo las pupilas un ápice, me sostuvo la mirada un instante más y luego volvió a concentrarse en lo que estaba haciendo.

Kit y Mattie llegaron cuando yo estaba desayunando seguidos por Alex, que llevaba horas levantado y ya había comido, por eso no se quedó. Continué untando mi tostada con mantequilla como si nada.

Pero ahora sabía que, si le preguntaba a Kit qué sentía por Mattie, me diría que era una chica increíble. ¿Y yo? Sabía lo que sentía por mí. Yo lo cambiaba todo.

Creo que cuando decía esas cosas las decía en serio, aunque quizá no las decía de verdad. Me exprimía los sesos intentando encontrarle el sentido. ¿Es que las relaciones modernas eran así? ¿Hacías lo que te apetecía con quien te apetecía? No quería que pareciera que no entendía las reglas.

Puede que él solo necesitara que todos le quisieran. Ni siquiera yo necesitaba tanto amor. «Ni siquiera Mattie necesitaba tanto», pensé.

Cuando levanté la vista del desayuno le había dado la mano a Mattie y sostenía la taza del desayuno con la otra, mirándome con una sonrisita. Cuando ella entró a buscar más leche se inclinó hacia mí.

—No pienses tanto —dijo, con una voz que hizo que todo mi cuerpo se estremeciera—. Has empezado a echar humo por la cabeza.

—Que te den.

Él sonrió.

Había dejado de fijarme en Hugo, pero volví a ser consciente de su presencia. Se levantó para marcharse, cerró con cuidado el frasco de tinta y recogió los dibujos. No nos miró cuando pasó junto a nosotros y nadie se fijó en él, por eso nadie salvo yo lo vio agitar la pluma y dejar caer un reguero de tinta en la camisa blanca de Kit.

—¿Qué hacemos hoy? —preguntó Mattie, sentándose de nuevo.

—Creo que iré con Mal a ayudarle a repasar el papel —dijo Kit—. Hope tiene razón, se le da fatal. Es lo mínimo que puedo hacer por él.

Mattie hizo un mohín.

—Vaya —dijo.

Kit la agarró por la cintura y comenzó a olisquearla debajo de la ropa como un cerdo, hasta que ella dejó escapar una risotada y lo apartó.

—¿Por qué no vienes y haces de Ofelia? Lo harías genial.

Pero eso a ella no le interesaba, dijo que prefería ir al pueblo con mamá.

—Antes de que preguntes, tampoco me interesa hacer de Ofelia.

Él me sonrió.

—Venga, vamos.

A Mattie no le gustó que casi me hubiera preguntado.

—No sabes lo que te pierdes —dijo, levantándose. Y se marchó flotando a casa de Malyhope.

Mattie tenía los ojos llorosos, pero se giró antes de que yo pudiera decir nada. ¿Y qué iba a decirle?

Regresé a mi atalaya y me tumbé en la cama. El día era caluroso y no corría viento, la temperatura subía y subía. En la playa se estaría mejor, pero me sentía demasiado aletargada para moverme y me adormilé pensando en las manos de Kit, frescas y expertas. Sabía que no sentía por Mattie lo mismo que sentía por mí, ella era demasiado guapa, demasiado simple. Había venido a mí en busca de algo turbulento, oscuro, excitante. O eso me decía.

Oí que llamaban a la puerta con suavidad, tan bajito que al principio no supe si habían llamado o era alguien subiendo por la escalera. Me levanté y abrí, no me gustaba que me molestasen.

¡Sorpresa! Hugo.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Estaba enfadado.

—Lo que yo haga no es asunto tuyo.

Nos miramos con cara de pocos amigos durante mucho rato.

—Deberías actuar con más sensatez —dijo por fin.

—¿Ah, sí? ¿Y tu hermano no debería hacerse responsable de sus actos?

—Claro que sí.

¿Claro que sí? Estaba de pie con los brazos en jarras, mirándolo fijamente.

—¿Qué significa eso?

—Es un cabrón. Eso significa.

Continué mirándolo.

—La gente se enamora de él. ¿No lo ves?

Lo sabía, claro que sí, pero no quería oírlo de Hugo.

—¿Qué te importa lo que yo haga?

—No entiendes nada, ¿verdad? —preguntó—. He intentado ayudar; si no fueras tan imbécil lo entenderías.

Posó la vista en la pared a mis espaldas, donde estaba colgado el dibujo del cormorán muerto. Se fijó en él unos segundos, luego se giró y abandonó la habitación, lanzando una patada al aire antes de marcharse. No lo volví a ver en la playa. O estaba en la cocina esperándome en plan psicópata o se había esfumado.

Bajé volando las escaleras.

—¡Hugo!

Alex levantó la vista del ordenador.

—Aquí no hay ningún Hugo.

Estaba tan frustrada que me entraron ganas de liarme a patadas. Ni rastro de él en la casa. Ni rastro de él en la playa. ¿Acaso tenía el poder de metamorfosearse?

Corrí hasta casa de Malyhope, pero tampoco había pasado por allí.

—Lo siento, querida —dijo mamá.

—¿Tarta? —Hope me tendió una bandeja de tarta de manzana.

Cerré dando un portazo y me dirigí a la casa, pero me topé con Mal, que venía de la playa.

—¿Qué pasa? —preguntó, con el ceño fruncido.

—Nada.

—Habla conmigo —dijo, y me apartó de la casa.

—Putos Godden —dije al fin.

—Ah.

Agité la cabeza en un intento de encontrar las palabras.

—Hugo es imposible. No sé ser amiga suya ni si merece la pena intentarlo. A veces creo que me gusta y otras... me pone furiosa.

Mal asintió.

—¿Y?

No le podía decir nada sobre Kit.

—Kit... —comencé. Luego cerré los ojos. No sabía qué decir.

Mal guardó un minuto de silencio.

—Imagina que tu madre fuera Florence Godden.

—No, gracias.

—Que no supieras de tu padre. Que te mandaran a un internado, te arrastraran por todo el mundo, te dejaran durante meses con desconocidos... No es un método que te ayude a cultivar las relaciones.

—Un método para engendrar sociópatas, probablemente.

Mal enarcó una ceja.

—Eso ha sido un poco excesivo.

Me miré los pies.

—¿Qué pasa con Kit?

—¿Qué pasa con él? —Me oí. Sonaba furiosa.

Él me escrutó.

—¿Hay algo que no me estés contando?

Tenía la mandíbula sellada. No habría podido hablar ni aunque hubiera querido.

Caminamos durante un rato.

—Es como si se definieran oponiéndose el uno al otro —dijo Mal—. La luz y la oscuridad. —Se detuvo lo suficiente para que me preguntase cuál sería cada uno—. No me quiero ni imaginar cómo han llegado hasta ahí. —Se detuvo y me observó—. No estás...

No le ayudé.

—¿No estás...? ¿No habrás...? ¿No me quieres contar nada al respecto?

No dije nada. Ya era bastante patético que Mattie no le preguntase a Kit por qué le daba plantón. No le iba a contar que había tenido relaciones sexuales con un sociópata en mitad del campo.

Suspiré.

—De repente todo parece superdifícil. El verano solía ser divertido.

Mal asintió.

—Sé a qué te refieres. Siento que haya terminado siendo así. —Me

puso una mano en el hombro—. Pero vas a estar bien. Eres lista, dura y tienes talento. —Trató de mirarme a los ojos—. Eres simple y llanamente increíble.

Tanto «increíble» me tenía ya harta, para ser sincera.

Lo dejé y me dirigí al mar. Él no me siguió. Había pleamar y un puñado de personas se entretenían en la pendiente de la playa. No había casi nadie en el agua, las familias temían las corrientes superficiales y la resaca y no dejaban que los niños se metieran sin socorrista. Me quité la camisa y me zambullí en el agua. La impresión me aclaró la cabeza. Floté encaramada a las olas, luego me adentré en el mar siguiendo la marea hasta que estuve demasiado cansada para continuar. El regreso fue mucho más difícil, apenas si avanzaba. Al final conseguí asirme a un saliente, exhausta. Quedé a la deriva en una zona donde habría treinta centímetros de fondo, flotando y dejándome llevar por las olas hasta que descansé lo suficiente como para levantarme y regresar tambaleándome a la playa a secarme al sol.

Era el mejor momento del día, cuando los adultos se iban a casa a tomarse una ginebra y las familias se marchaban a cenar, pero el sol aún calentaba.

¿Existe un placer más perfecto que el lento paso del frío al calor?

Fantaseé con las manos seguras de Kit y su sonrisa a cámara lenta, y me aseguré de excluir a Hugo y a Mattie de mis pensamientos.

Cuando la gente recuerda su juventud con nostalgia sospecho que tienen muy mala memoria.

Capítulo 23

Dos semanas para el final del verano.

—Pasado mañana es la Gran Travesía —dijo papá—. Mal, Kit y yo. Saldremos al amanecer, doblaremos el cabo, no nos esperéis antes de que anochezca.

—Ni sobrios —dijo Mal.

—¿Por qué Kit puede ir y yo no? —Alex estaba furioso—. Ni siquiera es de la familia.

—El año que viene —dijo Mal, pero Alex no quedó conforme.

—Recordadme que cuando crezca sea el novio de todo el mundo —soltó, y se marchó corriendo.

Al final papá no fue. Esa tarde llamaron de los establos para decir que Tam estaba en urgencias con un brazo roto. Papá y mamá esperaron horas a que le hicieran una radiografía y resultó ser una fractura fea: tenía que quedarse ingresada y la operarían al día siguiente. Tam resistió con estoicismo, pero por la mañana no podía más de tanto esperar y tanto dolor y lloró y lloró hasta que le pusieron la anestesia. Mamá se quedó en el hospital mientras papá volvía a casa a recoger una muda de ropa, regresó y la encontró adormilada por la anestesia y con el brazo escayolado. Mamá estaba ojerosa y cansada, pero bueno, dijo, no era más que un brazo roto.

En la playa, Mal y Kit decidieron embarcarse solos porque las mareas estaban en el momento perfecto y si esperaban a papá ya no sería lo mismo.

—Adelante —dijo papá por teléfono—. No os preocupéis por mí. Cuando quiera pasarlo bien le robaré a Tam algún medicamento.

Mattie intentó disimuladamente que la invitaran, pero Mal la

mantuvo a raya diciendo: «Es un rito de paso masculino», y él y Kit la rodearon con el brazo y la cubrieron de besos hasta que ella acabó en el suelo partida de risa, y entonces Kit la ayudó a levantarse y volvió a besarla delante de todo el mundo, y eso la puso tan feliz que no le importó no ir.

Yo me perdí el famoso beso, pero me enteré por Alex, alias Twitter Playero, que trabajaba horas extra para difundir cualquier noticia que pudiera ser de interés para las masas.

Mal y Kit partieron por la mañana temprano para aprovechar la marea de sotavento y cruzar el profundo canal. La combinación del viento y el agua hacía que avanzaran a buen ritmo.

—Lo van a pasar fatal para volver a casa —predijo Alex. Como tenía una intuición excelente para las fuerzas naturales nadie le llevó la contraria—. Kit dice que sabe navegar, pero yo no lo tengo claro. Y Mal sabe ser tripulante, no capitán. Echarán de menos a papá. Él nunca se queda atascado.

Cuando se marcharon todo quedó en silencio, todo era un poco más monótono. La prueba absoluta de que gran parte de la diversión del verano (y las intrigas, los engaños y el sexo) era cosa de Mal y Kit. Sin ellos, la vida parecía más vacía.

Tam regresó a casa del hospital a última hora de la tarde y llenó el vacío con historias de su caída, de la ambulancia y con su cabreo generalizado porque le habían prohibido montar el resto del verano. Tendría que llevar la escayola ocho semanas y después hacer fisioterapia para no perder movilidad en la mano. Nadie creyó que lograría mantenerse alejada de las cuadras, pero papá la amenazó con unas consecuencias tan nefastas que casi admiré a Tam por ignorarlo. Apostaba a que era cuestión de días u horas que volviera a montar a Duke arriesgándose a otra fractura, una amputación o algo todavía peor.

La cena fue un poco desangelada, comimos dentro porque había comenzado a hacer frío por la noche y septiembre asomaba al final del verano. Alex no fue capaz de convencernos para jugar a las cartas, Mattie estaba llorosa (otra vez) y yo me quedé un buen rato en el mirador observando por el telescopio y esperando el regreso de los marineros. Un rato después me aburrí. Mejor dicho: me deprimí.

Kit y Mal regresaron bien entrada la noche. Afirmaron estar demasiado cansados para hablar del tema.

¿Demasiado cansados para hablar de la Gran Travesía? Eso sí que era

inaudito. La razón de ser de la Gran Travesía era el día después, el análisis, la autopsia, las culpas: a quién se le daba fatal izar la vela de balón, quién no era capaz de mantener recto el timón, quién se había olvidado de comprobar que el *pub* cerraba entre las tres y las cinco...

Pero no hubo nada de eso, o casi nada. Kit se marchó directamente a casa de Malyhope afirmando que le dolía la cabeza, quizá por una insolación, aunque tampoco es que hubiera hecho mucho sol. Mal subió directamente a la habitación de Tam para ver cómo estaba, luego se quedó tomando una copa y escuchando las historias para no dormir del hospital que le contó papá. Lo raro es que guardó silencio sobre los sucesos del día. Papá intentó sonsacarle información, pero no lo consiguió y, además, los dos últimos días no habían sido fáciles para él. Se notaba que estaba cansado.

A Mal parecía molestarle nuestra insistencia para que nos contara más.

—No ha estado mal —dijo—. No ha sido la maravilla que imaginaba. Kit no es buen tripulante, tuvimos problemas con las mareas y el viento dejó de soplar por completo cuando llegamos al cabo, nos quedamos sentados mano sobre mano y no llegamos al *pub* hasta las cuatro. Tardamos el doble de lo normal en regresar, se puso a llover y cuando el sol se ocultó hacía un frío de perros.

Fin.

Los hechos del día habían sido expuestos sin gracia ni alegría, no era la clase de narración plagada de anécdotas divertidas que habríamos esperado de Mal, por no hablar de la combinación de Mal y Kit. Es difícil explicar nuestra decepción, se suponía que era el gran evento del verano y habíamos esperado el relato sobre ascuas, imaginando historias de hombres por la borda y motines, verdaderos o falsos, en realidad nos daba igual.

Mamá nos preguntó después si creíamos que Mal y Kit habían discutido, algo que no se me había ocurrido, pero que explicaría el relato deslucido. Por difícil que fuera imaginar a Kit perdiendo los papeles, el adorable Mal podía llegar a ser algo tiránico cuando capitaneaba, como cualquier otro marinero. Y supongo que sería algo que omitiera en su historia. Imaginaba que la versión auténtica terminaría por salir a la luz, pero, mientras tanto, había algo en la versión de Mal que desconcertaba a todo el mundo.

La mañana siguiente amaneció húmeda y gris y todos estaban de un

humor de perros. Ante la perspectiva de otro día de nubes y mal genio me entraron ganas de esconderme, quizá para siempre, por eso volví a la cama y estuve acostada hasta la tarde. Alex no dejaba de enviarme mensajes para ir a nadar, jugar al tenis, ver tele-murciélago, preparar el almuerzo. Apagué el teléfono.

Al final, el hambre pudo conmigo. Cuando Alex no contestó a mis mensajes pidiéndole algo de comer me puse la ropa del día anterior y fui a la planta baja. Eran casi las tres y la casa parecía vacía. No vi a nadie: lo que otro día habría sido un alivio solo aumentó mi tristeza.

Había pan y queso en el frigorífico, lo puse en un plato con un par de tomates, me escabullí escaleras arriba hasta la torre y me senté en el mirador a comer, contemplando el exterior.

La playa es hermosa incluso los días grises. Sobre el mar colgaba una leve capa de nubes, como la tapa de una caja; junto a la playa crecían los cardos, los hinojos y las retamas, y los estorninos se alineaban en los cables de teléfono. Al otro lado del camino distinguí ocho novillos, algunos tumbados, otros de pie, pastando. Y a lo lejos, a la derecha, estaba la vieja granja, con un par de percherones en un prado que la niebla había coloreado de gris.

La gente que saca al perro no se deja amedrentar por la llovizna: vi a una mujer solitaria con un perro pequeño, otra con dos collies y un hombre mayor con un spaniel. A lo lejos divisé dos hombres con algo que, por su tamaño y forma, podría ser un basset hound.

Cogí el telescopio y, aunque no podía distinguir las caras a esa distancia, confirmé que era el basset y que se trataba de Mal y Kit, a unos ochocientos metros.

Apenas había visto a Kit durante varios días. No se había pasado por la tienda a comprar leche, y menos aún a tontear o a follar junto a la carretera. Era como si nuestro encuentro hubiera significado tan poco para él que lo hubiera olvidado.

Teníamos la impresión de que Kit se había recluido. Mis historias para explicar su conducta eran el complemento perfecto de las de Mattie. Cuando lo vi con Mal me sentí aliviada: Mal sabría poner en su sitio su confusión sociosexual. ¿Quién sino Mal, el adulto con el espíritu más joven, con sus recuerdos de sexo e intrigas aún intactos? ¿Estarían hablando de mí?

Los observé un rato, pero no había más que ver.

Un efecto raro de mi obsesión compartida con Mattie fue un deseo no

explícito (más por mi parte que por la suya) de compartir espacio. A Mattie la tenía desconcertada, no podía comprender qué teníamos en común las dos tan de repente. De no haber sido por los años de alienación que nos separaban, habríamos aprovechado el momento para descubrir intereses comunes.

La oí llegar un rato después. Era imposible no darse cuenta. Por preciosa que fuera, caminaba como un gorila.

Bajé las escaleras en silencio para darle un susto.

—¿Dónde está todo el mundo? —pregunté, y ella dio un respingo.

—Ni lo sé ni me importa.

Vale. Me dejé caer en el sofá y fingí leer.

El tiempo pasaba mientras esperábamos a que algo sucediera.

Y por fin sucedió algo. El siempre misterioso Hugo.

Capítulo 24

Todavía quedaban diez días para la boda y de pronto comprendí el peligro de tener un objetivo en verano. Lo convertías en una carrera de obstáculos en la que todo el mundo pensaba en la meta sin reparar en cuántos dramas podrían ocurrir por el camino.

Si a eso se sumaba la extraña atmósfera que nadie era capaz de identificar, no nos apetecía demasiado el torneo de tenis. Pero era un evento anual con una tradición tan larga que nadie se atrevió a sugerir cancelarlo.

Todo el mundo jugaba, no había rondas clasificatorias, echábamos a suertes los partidos y las apuestas estaban por los suelos.

Además de mí, el único con quien Hugo había jugado era Alex, que siempre andaba buscando a alguien que jugara con él, pero lo hacía tan mal que nadie quería perder el tiempo. Sospechábamos que Hugo había estado entrenándole, pero Alex no se convertiría en una amenaza por mucho que entrenase.

Kit había estado jugando pachangas con Mal y Mattie, pero su juego era más un rumor que un hecho. No obstante, gracias a mi experiencia directa con su fuerza y su destreza, yo tenía la intuición y la certeza de que sabría jugar.

Hugo se negó a participar en un primer momento, pero Tam y Alex se pusieron pesadísimos con él, y mamá lo llevó aparte para hablar y seguramente le diría «de verdad que nos gustaría que vinieras», subrayando el «de verdad», con un tono de voz propio de un contexto militar.

Las primeras rondas se jugaban a un set durante un fin de semana, las segundas rondas se celebraban el sábado siguiente, con dos sets y *tiebreak*

si era necesario, y la final era el domingo. Los días entre semana no eran para descansar, sino para asegurarnos de que cualquiera que tuviera que volver por trabajo a Londres pudiera participar, aunque este año no había mucha gente con trabajos de verdad.

La primera ronda fue así: mamá jugó contra Mal y perdió. Alex jugó contra Hugo y perdió en un partido de lo más divertido. Incluso Hugo parecía pasárselo bien, creo que era la primera vez que lo veía disfrutar con algo. Alex le devolvía los golpes a lo loco, la mitad de las veces no acertaba a darle a la pelota y el resto la lanzaba sin criterio, pero Hugo siempre fingía que le costaba devolvérselos, de manera que Alex creía que jugaba bien.

Tamsin estaba de baja, por eso Mattie también se enfrentó a Alex, que quería una segunda oportunidad. El partido bien podría haber sido un combate de boxeo a juzgar por la camaradería y la elegancia, y Mattie ganó a Alex contundentemente. Papá perdió contra Hope en una derrota sorprendente y a mí me tocó enfrentarme a Kit.

El tenis, como sabemos, no era lo mío. El deporte en general no era lo mío. Cuando ocupé mi posición en mi zona de la pista frente a Kit, un metro noventa de músculo y sigiloso, lo mejor que podía hacer era perder con elegancia.

No tenía ninguna intención de perder con elegancia.

Golpeé cada bola como si fuera una granada, apuntándole a la cara; le lancé un revés directo a la entrepierna; insistí varias veces en que la bola había caído fuera aunque no hubiera sido así. Días y semanas de frustración sexual y furia guiaban mi mano. No creía que mis tácticas fueran a funcionar, pero no me importaba.

—¡Tranquila, hija! —me gritó papá desde la banda—. ¡Que no estamos en la final de Wimbledon!

—Menos mal —dijo Kit, que no se había molestado en devolver ni un solo golpe.

Hasta que me enfrenté a él en la pista no fui consciente de lo furiosa que estaba. Él parecía perplejo y un tanto mosqueado por mi nivel de agresividad, y mi rabia fue a más cuando me di cuenta de que no tenía ni idea del motivo de mi enfado.

Perdí todos los puntos, aunque varias veces hubo peloteo por parte de Kit, quizá intentara enderezar el juego. Dios sabe que no era un tenis trepidante, ni siquiera buen tenis, pero se le daba tan bien que comencé a pensar en un escenario distinto para olvidarme de perder con honor.

Eché un vistazo al público y vi que Hugo me miraba. Estaba pensando exactamente lo mismo que yo. Y tenía cara de auténtico pánico.

Cuando terminó el set (seis juegos inolvidables), salí de la pista sin volver la vista atrás. Nada de estrechar la mano en la red, nada de bromas, nada de hacer una reverencia ante el público, nada de gritar falta o exigir la revancha. Kit se encogió de hombros, como si dijera: «Ni idea de lo que iba esto». El público parecía perplejo, salvo Mal, que se apartó.

Todos nos fuimos a cenar y, cuando Kit trató de rodearme con el brazo, lo esquivé y me senté junto a Hope.

Hugo estuvo raro y callado durante toda la cena a pesar de que había establecido una fuerte alianza con Alex gracias al partido. Lo había alentado desde el principio, le había dicho que tenía potencial y se había ofrecido a entrenarlo. Alex se interesaba más por los murciélagos que por las pelotas, pero como era el hijo que menos llamaba la atención de la familia, al que menos se le alababa un posible talento y con el que menos se contaba a la hora de hacer un chiste, la oferta de Hugo lo puso contentísimo. La idea de que todos hubiéramos juzgado mal a Hugo ya se me había ocurrido antes, pero comprobé que al resto de la familia le había pasado lo mismo. Mamá, sobre todo, que había estado demasiado ocupada para fijarse en Hugo, parecía profundamente arrepentida e hizo un gran esfuerzo por ser agradable.

Todavía tenía tendencia a levantarse y largarse sin mediar palabra, sin decir cuándo volvería o si volvería siquiera, pero me había ido acostumbrando a sus rarezas. Su mejor cualidad era que le daba igual adónde íbamos o qué íbamos a hacer cuando pasábamos tiempo juntos: se traía un cuaderno o algo para leer y era capaz de pasarse horas sin decir nada.

A veces me olvidaba por completo de él y me sorprendía al levantarme y encontrarlo aún ahí. Era una relación extraña, un poco como la mía con Gomez, pero con menos conversación.

Mamá dijo que se alegraba de que nos lleváramos mejor. Kit se mantenía alejado. Por muy furiosa que estuviese, echaba de menos que intentara seducirme.

La boda iba viento en popa. Mamá y Hope hicieron un ensayo con las mesas de caballete y las sillas de tijera alquiladas; los manteles verdes y

azules quedaban maravillosos sobre el césped asilvestrado con el mar al fondo. Hope quería utilizar tantos ingredientes locales como fuera posible y se pasaron días visitando mercados de la zona. Encontró una finca especializada en lavanda y hierbas gestionada por dos mujeres que antes trabajaban en finanzas, un chef especializado en plantas silvestres comestibles y una granja donde tú mismo podías recolectar fresas y frambuesas a solo unos kilómetros carretera arriba. Nosotros probamos todas las recetas y tuvimos que explicar cuáles eran nuestras favoritas.

Durante la cena, Hope siempre le preguntaba a Mal qué tal llevaba el papel y él siempre le regalaba un recital de muestra. Comenzábamos a sabernos *Hamlet* bastante bien.

—«Métete a un convento —le dijo Mal a Hope—. ¿Por qué querrías ser procreadora de pecadores? Yo mismo soy bastante honesto, y sin embargo podría acusarme de cosas tales que más valdría que mi madre no me hubiera parido».

—¿Qué cosas? —Hope frunció el ceño—. ¿Hay algo que deba saber?

Mal le lanzó un beso. Yo miré de reojo a Kit, que no se separaba de Mattie.

Tamsin casi siempre llegaba tarde a cenar. A pesar del brazo roto pasaba más tiempo que nunca en los establos gracias a su nuevo amigo, un chico, mira por dónde, que cuidaba de un gran capón zaíno llamado Bilbo y que le gustaba tener a alguien (Tam) que admirara sus saltos.

—Y me encanta —explicaba—, porque es increíble.

¿El caballo o el chico?

Tam estaba intentando cortar un muslo de pollo con una mano sujetando la carne con la escayola.

—¿Qué te pone más nervioso? —le preguntó a Mal—. ¿La boda o la obra?

Mal la miró con el ceño fruncido.

—¿No se nota? ¿Por qué iba a ponerme nervioso casarme con una hermosa doncella?

—Qué más dará, es solo una obra —dijo Mattie, y Hope palideció.

—Santo Dios, no vuelvas a decir eso sobre *Hamlet*. —Alex se rio por lo bajo hasta que Tamsin lo calló con un coscorrón.

—Mattie, ¿cómo es posible que te vuelvas más ignorante con la edad?

Mal parecía realmente molesto. Después de esperar una respuesta que no se materializó, se levantó y abandonó la mesa. Era una conducta tan poco habitual en él que nos dejó a todos un poco aturdidos. Hope fue

detrás y regresó un minuto después.

Mamá suspiró.

—Está bastante susceptible últimamente, ¿verdad?

—La obra le da auténtico pánico. —Kit había rodeado a Mattie con el brazo mientras esta se mordía el labio, aunque no parecía arrepentida—. No le culpo —continuó Kit—. Y, por si fuera poco, la boda. El momento no podría ser más inoportuno.

—Vaya, lo siento. —Hope le lanzó una mirada furibunda, no la había visto enfadada casi nunca—. Dios no quiera que nuestra boda entorpezca la carrera de Mal.

—Solo estaba pensando —dijo Kit, en voz baja— lo difícil que debe de ser disfrutar el día más feliz de su...

—No te molestes —le cortó Hope, y se marchó de la mesa. Mamá se levantó y comenzó a retirar los platos.

—No pasa nada. —Le puso una mano a Kit en el hombro—. Las bodas tienden a alterar a la gente.

—Kit tiende a alterar a la gente —murmuró Alex.

Miré de reojo a Hugo. Estaba sonrojado y vibraba como una cuerda de acero. Me asustaba la violencia que se adivinaba en él a veces.

El cielo sobre el mar estaba despejado y pálido, pero en la otra dirección se había vuelto de un negro casi verdoso.

Le di un codazo a Hugo.

—Salgamos de aquí.

Me siguió hasta la orilla y nos sentamos en la arena. Ninguno dijo nada, pero él parecía relajarse en mi presencia. Cuando comenzó a lloviznar se levantó y regresó a la casa, pero yo me dispuse a dar un paseo por el camino que rodeaba las marismas y salí al final de las casas donde los espinos blancos y los ciruelos damascenos hacen de cortavientos con los campos adyacentes. Los árboles describen trazados extraños, densos, pero a nivel del suelo están llenos de pasadizos, ideales para albergar madrigueras de zorros y tejones, o eso imaginábamos de niños. Cuando la llovizna devino en lluvia repté debajo de un matorral, algo que no había hecho en diez años. Era un lugar estrecho pero seco, un buen sitio para esperar a que amainara la tormenta.

Mientras observaba las gotas de lluvia deslizarse por el espino me puse a tiritar. Tenía la ropa mojada, más me valía volver pronto a casa para cambiarme.

Los últimos rayos del sol despuntaron detrás de la cubierta de nubes y

me llegaron unas voces procedentes del campo cercano. Cada vez estaban más próximas y me quedé sentada en silencio, a salvo en mi matorral.

Voces. Reconocí la de Mal. Maldito Hamlet.

—«Señor, oídme: ¿qué razón tenéis para tratarme así? Pero no importa, haga lo que haga Hércules mismo, maullará el gato e irá a lo suyo el perro...».

Y entonces.

—Mal —oí—. Mal... Dios, Mal.

Después, el silencio. Aunque se oían cosas. Muchas cosas.

No podía ver. No tenía claro lo que estaba oyendo.

¿Qué estaba oyendo?

«No —pensé—. Imposible. Eso no».

Capítulo 25

Mi hermana nunca volvió a ser tan hermosa como ese verano. Durante el resto de su vida la gente continuó admirándola por su belleza, pero para mí nunca volvió a ser la misma. Algo se desvaneció.

Durante un tiempo que pareció infinito nadie se enteró. Dudaba de mí misma. ¿Qué era lo que había descubierto? Quizá nada. A medida que pasaban las horas, mi cerebro comenzó a dudar de aquello en lo que no quería creer.

Mientras dudaba, Hugo dibujaba, mamá cosía, Hope leía, Mattie se paseaba. Notaba que Mattie estaba repasando todas las opciones, desesperada por ser la persona amada por Kit, no solo la que a veces le gustaba. Esa persona no valía nada.

Al final, incluso su forma de caminar parecía triste.

No sabía qué hacer. Apenas sabía lo que sabía.

Siempre me quedaba Hugo. Al principio lo evitaba, me aterrorizaba que me confirmara lo que había oído. Hope me preguntó si algo iba mal y yo le dije que estaba preocupada por Mattie. Me miró, suspiró y no dijo nada.

Buscaba pistas significativas: una mirada, un roce de manos. Nada.

Durante un día o dos el mundo fue un territorio de espejos cóncavos y convexos, distorsiones, traiciones, dudas, pretextos, pantallas de humo. Villanos que sonreían. Chicas locas que lloraban.

Cuando cogí mi telescopio para inspeccionar la playa lo dirigí hacia los matorrales de espino blanco sin querer. ¿Se distinguía una figura? ¿Dos figuras? El telescopio me quemaba las manos. Lo arrojé sobre la cama.

Acorralé a Hugo en la cocina de Malyhope.

—¿Me estás evitando?

—Sí —dijo, y contra todo pronóstico sonreí.

—¿Qué está pasando? —Bloqueé la puerta para que no pudiera escapar.

Y ahí la tenía, la mirada que había visto a través de la lente de mi telescopio. Intensa, ni un parpadeo. No dijo nada.

Lo agarré del brazo y su expresión se endureció. «Sí —pensé—. Sé que odias que te agarren, joder, pero yo odio las mentiras, la traición, los problemas emocionales, el caos... y no me quejo».

Él inspiró hondo.

—Hay algo que debo contarte —dijo.

Esperé con los dientes y los puños apretados, preparándome para lo que estaba a punto de oír. «Acaba de una vez —pensé—. Habla».

Esperé.

—Lo que sucede... —dijo, y sin saber por qué, sentí un gran afecto por él, por ser tan raro y tan puro.

El hermano guapo era un falso oasis, un espejismo brillante en mitad del calor del desierto. Hugo era auténtico.

—El verano pasado...

¿El verano pasado? Esperé.

Hugo comenzó a hablar sin levantar la vista.

—Pasamos el último verano en la costa al norte de Roma con un director amigo de mi madre llamado Antonio y su nueva esposa, Giulia. Creo que Florence y él tuvieron un idilio en algún momento. La casa era una mansión, tendría como quince dormitorios. Los parientes iban y venían. Había cocineras y sirvientes, cada noche cenábamos veinte personas. Nunca había visto nada igual. Kit se sentía como en casa, cogía la lancha para ir a nadar al otro extremo de la bahía, jugaba al tenis todas las mañanas, se hizo amigo de todo el mundo, cocinera incluida, convenció a Giulia para que le enseñara italiano. Todo el mundo estaba enamorado de él, *il bel americano*. Pasaba mucho tiempo con Giulia cuando Antonio estaba en Roma. Daba igual que ella le doblara la edad. Y cuando llegó su hija en verano comenzó a pasar tiempo con ella, para enojo de Giulia. Llamó a Antonio para que regresara de Roma y se montó la mundial. Florence aseguraba que todo había sido un terrible malentendido, pero nadie la creyó. Nos echaron esa misma noche, ni siquiera sugirieron que esperásemos hasta el día siguiente.

—¿De verdad había «pasado tiempo» con la hija?

—Sí.

Pensé en ello.

—Bueno, por qué no. Un americano guapo, una italiana hermosa, es la receta perfecta para el romance.

Hugo levantó la vista.

—Ella tenía doce años. Lo que intento decir es que es un destructor. —Me miró a los ojos—. Le gusta ver hasta dónde puede llegar para salirse con la suya. Es un juego para él.

Sentí un escalofrío.

—Haces que parezca un psicópata.

Hugo se encogió de hombros.

—Es un agujero negro emocional. Extrae la luz de la gente.

Por un instante sentí una especie de vértigo. Quería decir: «Sí, claro, el verano pasado suena horrible, pero este ha sido diferente, ¿no?». Todo me parecía tan real, el mundo que Kit Godden había creado a su imagen y semejanza. Pero nada más planteármelo me di cuenta de hasta dónde había llegado la fantasía. Humo y espejos. Un titiritero moviendo los hilos. Nosotros bailando a su son.

Sin saber muy bien por qué, me incliné y lo besé, y él también me besó, los dos estábamos noqueados por el *shock,* el deseo, la tristeza. Yo temblaba tanto que apenas podía mantenerme de pie.

Me aparté.

—¿Hugo?

Como pregunta no era gran cosa y él no contestó. Le conté lo que había visto. Lo que no había visto, para ser exactos. Oído. Lo que había imaginado que estaba sucediendo, lo que parecía que estaba sucediendo.

Me miró y asintió. Un asentimiento breve, triste.

—No sabía lo de Mal —dijo. Tenía los ojos llorosos.

—¿Y si me he equivocado? —Ansiaba tanto equivocarme que por un instante creí que diría: «Claro que sí, no seas boba», y que todo terminaría.

—Ay, Dios. —Fue todo lo que dijo. Parecía asqueado, distraído.

Nos quedamos muy quietos durante un buen rato.

—Lo siento —dije—. Tengo que marcharme.

Me arrastré hasta casa. «Actúa con normalidad —pensaba—. Actúa con normalidad».

El drama estaba aún por llegar. Por mucho que deseáramos que cayera el telón del verano, la función no había terminado. Una semana

más. Una boda y un torneo de tenis por delante.

Llegó el sábado y con él las semifinales. La atmósfera en la playa era irrespirable. Y, sin embargo, la vida continuaba mientras todo el mundo fingía estar bien.

Hope jugó contra Mattie y ganó. Al final se abrazaron y juraron que sus hijas jugarían juntas en el torneo algún día.

Solo quedaba que Kit se enfrentara a Hugo. Hope jugaría con el vencedor.

Sabía que Hugo habría evitado a toda costa exponerse así. En realidad su misión en la vida era evitar a Kit. Me sobresalté al darme cuenta de que nunca los había visto intercambiar ni una palabra. Me estallaba el cerebro. Ni una. ¿Cómo era posible? ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

Mi familia, mi pobre e ilusa familia, se arremolinaba alrededor de los dos chicos en grupos separados. Hope, Alex, mamá y yo en torno a Hugo; Mattie, Tamsin, Mal y papá animando a Kit. Fue entonces cuando me acordé del cormorán, el pájaro al que probablemente hubiéramos provocado un ataque al corazón, y la advertencia de Mal al principio del verano de no atosigarlo hasta la muerte. Miré a Kit, su piel dorada y su cabello bruñido, y todo lo que vi en sus hermosos labios fue un pico. Los ojos de destellos dorados me parecieron pequeños, redondos y rojos. En lugar de músculos definidos y piernas largas vi las alas negras y andrajosas del cormorán, el aleteo de su alma negra. Parpadeé y el pájaro desapareció.

Kit lanzó besos al público mientras Hugo observaba su raqueta y tiraba del cordaje. Lo de formar dos bandos para animar era una tradición, pero este año nos quedamos en los extremos opuestos de la pista: el grupo de Kit coreaba con alegría, el de Hugo guardaba silencio. Alex parecía ansioso. Quizá de tanto andar con murciélagos había adquirido la habilidad de predecir el futuro. Le puse la mano en el hombro.

—No pasa nada —le dije—. Vamos a ganar.

—Más nos vale, joder —dijo Hope, y la miré de reojo, pero miraba hacia delante con un gesto tenso en la boca.

Los jugadores fueron hasta la red y rozaron brevemente las raquetas. Kit lanzó una moneda y Hugo eligió. Cara. Salió cruz. Saque para Kit.

Estaba demasiado tensa para respirar.

El juego de Kit parecía bueno y Hugo no se molestó en intentar

devolver el primer saque. Se quedó plantado y observó la trayectoria de la bola. Me entró el pánico, temía que fuera a pasar, que se negara a jugar. O peor, que estuviera intimidado por su hermano, que estuviera anulado.

El segundo saque sí que lo devolvió, pero no fue un golpe maestro, simplemente voleó, un golpe suave y fácil al centro de la pista, centrado, a la altura de la frente de Kit. Jugó el resto del partido con una sola mano, deteniendo los golpes, devolviéndolos tan inofensivamente como si estuviera jugando con Alex, dejándole la bola fácil a Kit para que marcara el punto. En un par de ocasiones dejó pasar la bola, no corrió cuando los golpes eran abiertos ni llegó a las dejadas. Treinta-cero. Cuarenta-cero. Juego para Kit.

Los animadores de Kit enloquecieron y él levantó los brazos en alto y realizó una danza de la victoria. Hugo se quedó inmutable en el centro de la pista. Se me ocurrió que quizá nunca habían competido. Iban a institutos distintos y se evitaban el uno al otro... Quizá Kit estuviera preocupado al principio, aunque lo dudaba. Hugo no figuraba en sus planes. Ahora desde luego no estaba preocupado.

Le tocaba sacar a Hugo, que, con un gesto casi perezoso, lanzó la bola al aire, contrajo y tensó su cuerpo esbelto repitiendo la acción que yo tanto admiraba y extendió el brazo para ejecutar un saque a la velocidad del rayo. Kit se lo devolvió con cara de sorpresa y Hugo le respondió con un golpe mortal cruzado. Kit corrió, pero solo logró un golpe suave a ras de red que Hugo mandó a la esquina opuesta. Apenas veías a Hugo moverse, su volea era limpia y afilada como una navaja, su rostro impasible. Era como si planeara sobre las pelotas que se acumulaban a sus pies. El peloteo continuó, Kit sudaba y corría para alcanzar la bola a duras penas, mientras Hugo ni se inmutaba. Nunca he visto nada igual. Hugo era más inteligente, más rápido, más preciso. Ni un movimiento malgastado, ni un traspié. Jugaba como un maestro zen.

El resto del set fue una derrota. Como Hope cuando actuaba en *Casa de muñecas,* parecía que Hugo hacía más con menos.

No corría, no gemía, no se apresuraba. Solo deslumbraba con su saque mortal y ganaba cada punto, sin piedad, sin emoción.

Juego para Hugo.

Juego para Hugo.

Juego para Hugo.

Kit se reía como si le quitara importancia, pero a medida que

avanzaba el set estaba más cansado y enfadado, golpeaba las bolas por encima de la red sin fuerza, parecía más y más crispado. En el último juego, Hugo sacó y comenzó un peloteo infinito. Devolvía cada bloqueo con un golpe sencillo que incluso un jugador exhausto e inferior podría haber devuelto. Por eso Kit continuó corriendo de acá para allá por la pista, jadeante y sudoroso, maldiciendo cada vez que devolvía las bolas de su hermano solo para verlas regresar, con precisión mecánica, como si se las lanzara una máquina lanzapelotas, una tras otra, dentro de su alcance, no lo suficientemente lejos como para que pudiera dejar de correr.

Era odio disfrazado de deporte, ni más ni menos.

Al final del set Hugo se quedó callado y de pie en el centro de la pista, mientras Kit jadeaba con las manos en las rodillas, furioso. Aclamamos a Hugo.

El segundo set fue peor... o mejor. Hugo humilló a Kit, lo arrolló, destruyó su equilibrio, aniquiló su confianza. Kit comenzó a fallar los golpes fáciles y a dar traspiés. En un momento de rabia arrojó la raqueta al suelo. Hugo lo ignoró y continuó jugando como un autómata. Nunca miraba a su hermano a los ojos, ni una sola vez, hasta que llegó el *match point,* ahí se tomó un segundo extra, miró a Kit a través de la pista y después, despacio, con una lentitud exasperante, arrojó la bola al aire y la mandó a la otra punta. Su hermano no tenía forma humana de llegar. Kit la observó pasar como una flecha con una expresión extraña en el rostro.

Hope, Alex y yo saltamos, nos abrazamos y entramos corriendo en la pista, saltamos y abrazamos a Hugo y él nos premió con una sonrisita. Estaba sudando. A sus espaldas, vimos que Kit se decidía a recuperar el control de la situación intentando rebajar la tensión, acercándose a la red para tenderle la mano.

Hugo echó un vistazo a la mano, miró a Kit durante un buen rato, las pupilas negras, dilatadas. Luego dio media vuelta y salió de la pista.

Fue uno de los mejores momentos de mi vida. Y lo seguirá siendo dentro de cincuenta años.

Capítulo 26

Mamá y Hope estaban en nuestra cocina y, curiosamente, mamá lloraba mientras Hope la abrazaba.

—No pasa nada, no pasa nada —dijo Hope.

¿No debería ser al revés? Salí de puntillas antes de que alguna se fijara en mí.

Alex me abordó junto a la puerta de la cocina, estaba lívido.

—Se ha cancelado la boda —dijo, esperando que yo contestara: «¡Dios mío! ¿Por qué?».

Pero no fue así.

—Lo sé. —Fue todo lo que dije. Me miró furioso.

—No, no lo sabes —dijo—. Hasta ahora mismo nadie lo sabía.

Asentí y, mientras me alejaba, lo oí hablar por teléfono, sería papá, que había ido a la oficina de correos. Regresé a la cocina y esta vez Hope me vio y, con aspecto de cansancio, me dijo:

—Será mejor que te sientes.

Me senté y me contó que Mal había acudido a ella y le había dicho que no podía casarse, aunque la cosa no acababa ahí. Estaba enamorado de otra persona.

Hope se retiró el pelo de la cara. Me miró y frunció el ceño.

—¿Lo sabías? —dijo.

No contesté.

—¿Lo sabe Mattie?

Había estado pensando en Mattie, había interiorizado que lo mejor para ella sería mantenerla al margen, pero no era lo mejor para ella en absoluto. Mattie y prácticamente el resto de la humanidad interpretaría los hechos como un acto de traición. Dudaba que fuera a preocuparse

demasiado por Hope. Pero en esto me equivocaba.

Mattie entró en la cocina en ese momento, fue derecha hasta Hope, la abrazó y dijo:

—Es un cabrón, Hope. Y Mal está ciego. Como estaba yo. —Luego se apartó y miró a Hope con gravedad, entonces dijo—: La verdad es que me da mucha pena.

En ese momento me eché a llorar, porque fue literalmente la primera vez que me di cuenta de lo mucho que había infravalorado a mi hermana. La dignidad con la que ella y Hope se comportaron fue ejemplar y Hope se emocionó visiblemente. Mamá no abrazó a Mattie, pero la observó con una especie de orgullo feroz.

Hope nos contó que Mal se había marchado a Londres y que se quedaría con un amigo. De momento, había dejado a Gomez con ella.

—Le he pedido yo que se fuera —nos contó.

No sé qué tal lo llevaría, aferrándose a Gomez, como si fuera el hijo abandonado por Mal.

Esa noche, Florence recibió una llamada y envió un coche a buscar a los chicos. Llegó tan rápido que me pregunté si tendría uno reservado para este tipo de emergencias. Más tarde me enteré de que le había escrito a Hope una nota escueta donde decía que lamentaba mucho no poder asistir a la boda. Supongo que nadie se molestó en preguntar: «¿Qué boda?».

Y algo más. Ni las lágrimas ni la infelicidad de la gente a la que quería hicieron demasiada mella en mí porque, a pesar de todo, continuaba pensando en Hugo, un delgado rayo de luz en medio de la oscuridad.

Capítulo 27

Cuando regresé a mi torre, vi a Hope caminando en dirección al agua. Nunca había tenido remordimientos por espiar, pero verla llorar no me parecía bien y aparté la vista.

Quería a Hope y quería a Mal, y esperaba que Mal supiera lo que estaba haciendo, aunque era obvio que no.

Cuando llegó el coche, Hugo se esfumó y mamá apareció como una heroína, dijo que no tenía que marcharse todavía y que podía quedarse con nosotros hasta que pasara la tormenta. No salimos a despedirnos de Kit.

Tamsin estaba en el establo, por eso no se enteró de nada hasta la cena. Parecía no darse cuenta de la gravedad de la situación, lo cual me convenció de una vez por todas de que, para ella, el mundo real, el mundo sin caballos, era una especie de nebulosa.

—¿Por qué haría él algo así? —preguntó, y nadie supo a quién se refería, aunque no importaba. No había respuesta en ningún caso.

Los días siguientes Hugo y yo pasamos casi todo el tiempo juntos. Alex aparecía a menudo, más callado que de costumbre, se agarraba del brazo de Hugo y no lo soltaba. A Hugo no parecía importarle que Alex lo agarrara.

A Hope le llevó dos días contactar con todos los invitados de la boda, cancelar el *catering* y cerrar la casa, y después cogió a Gomez y se marchó tras hablar con mamá y papá, que nos informaron de que lamentaba no despedirse en persona y que nos enviaba muchos besos. No se llevó el vestido de novia. Le pregunté a mamá qué iba a hacer con él y me miró sorprendida. Supongo que no le había dado tiempo a pensarlo.

La casa vibraba a causa de la conmoción y todo el mundo caminaba

de puntillas, como cuando muere alguien. Mamá parecía mucho más afectada que Hope y rompía a llorar a menudo por cualquier tontería. En cuanto a Mattie, se levantó de las cenizas de su gloriosa aventura amorosa como un ave fénix.

—Me hacía más infeliz que feliz —decía—. Era como estar poseída.

Sabía a lo que se refería.

No hablábamos del tema abiertamente por Hugo, no queríamos hacerle daño. La opinión de la familia había dado un giro completo y todo el mundo se sentía culpable por haberse equivocado tanto con los dos hermanos durante tanto tiempo.

Fue Hugo el que sacó el tema a la noche siguiente durante la cena.

—Lo lamento —anunció, casi ceremoniosamente—. Lamento la conducta de mi hermano. Y lamento continuar aquí para recordarla. Hemos arruinado todo. Vuestro verano. —Se detuvo—. Y la vida de Hope.

Mamá abrazó a Hugo y lo acunó como a un niño.

—No es culpa tuya —dijo, y añadió, tajante—: Y la vida de Hope no está arruinada... ¡Imagínate casarse con un actor! ¡De la que se ha librado!

Hugo toleró el abrazo durante un minuto y luego se apartó.

—Sabía que las cosas acabarían mal porque siempre sucede así cuando se trata de Kit. Pero no podía impedirlo. —Parecía demacrado—. Quería hacerlo, creí que solo Mattie saldría herida... —Miró a Mattie—. No le estoy quitando importancia. La tiene, y mucha. Lo intenté. —Me conmovió cómo la miraba, con tanta tristeza.

—Lo intentaste —dijo Mattie, y se encogió de hombros—. No pasa nada, Hugo. Te agradezco que lo intentaras. Pero estoy bien. Lo hecho, hecho está.

Y yo pensé: «*Macbeth.* No está mal para variar».

Hugo parecía agotado.

—Bueno —dijo Tam—. Nadie lo podía predecir.

Eso era completamente falso. Hugo lo predijo. Me advirtió en numerosas ocasiones. Aunque no lo hubiera hecho yo debería haberlo sabido, y lo habría sabido si no hubiera estado tan pendiente de su atención. Tan deseosa de que fuera auténtica.

Mamá sugirió salir a dar un paseo. Mattie se levantó y se marcharon juntas. En todo aquel follón ella no había recibido la atención que merecía, porque no solo habían jugado con el corazón de Hope. Sin

embargo, Mattie lo sobrellevó con dignidad y todos pensamos lo mismo de repente, que ya era hora de dejar de tratarla como una niña.

Nadie me consoló a mí, claro. Nadie lo sabía. Salvo Hugo, que me consoló con su amistad. Y, contra todo pronóstico, ese consuelo funcionó.

Malcolm ya no estaba. Fue la última vez que lo vimos en mucho tiempo. Logró estrenar *Hamlet*, pero las críticas no fueron buenas.

No fuimos.

Capítulo 28

Hugo se negó a regresar a Los Ángeles. Su madre tampoco quería, aunque nunca lo habrías adivinado a juzgar por sus llantos.

—Me parece bien si te quedas con nosotros —dijo mamá.

Ven a formar parte de una familia, quería decir en realidad.

Y se vino con nosotros, aunque no era uno más. No había forma de pincharle ni de preguntarle cómo se sentía, y en lugar de discutir y tomar partido en cada pelea como hacíamos los demás, normalmente daba un paso atrás. Pero era la persona más auténtica que había conocido nunca y cualquier satisfacción por descubrir la traición de Kit fue eclipsada por haber ignorado la valía de Hugo desde el principio.

El *affaire* de Mal con Kit no duró. Recuperó la custodia de Gomez, pero no se puso en contacto con nosotros. Probablemente estuviera demasiado avergonzado.

Al verano siguiente, Hope tuvo la casa de la playa para ella sola. Tenía un nuevo amigo, Tomas, que la visitó en agosto. No era actor y decidimos que nos gustaría mientras le gustara a ella. Hugo se quedó en nuestra casa. Mattie se pasaba el día estudiando. Tamsin volvió a alquilar a Duke. Alex y papá avistaron tres especies nuevas de murciélago en la playa.

Mamá tiñó de añil el vestido de boda de Hope, modificó los hombros y se lo puso para ir a la ópera.

Yo, por mi parte, dibujé, fui a nadar, salía por ahí con Hugo. Hablábamos de la Facultad de Bellas Artes y de lo que haríamos en el futuro.

Cuando surgía el impulso, escudriñaba la playa con el telescopio y a veces dibujaba lo que veía. Si el día estaba claro, se podían avistar focas

y veleros y buques de carga y tormentas con tridentes de rayos y cortinas de lluvia oscura a lo lejos. Vi un cormorán, negro y andrajoso contra el cielo. Y, a veces, cuando cerraba los ojos, veía retazos de mi propio futuro. A veces plateados, a veces oscuros.

El tiempo diría.

Capítulo 29

Dos años después me fui a vivir a una casa okupa en el sur de Londres sin calefacción, prácticamente sin tejado y con un elenco en rotación continua de amigos y amigos de amigos, algunos de ellos bastante cuerdos. Éramos saqueadores consumados y sabíamos cómo conseguir cualquier cosa gratis: transporte, muebles, suministros, pintura. Nos quedábamos con los mejores despojos de los mejores mercados de Londres y comíamos como reyes.

Aprendí a conducir, a instalar tuberías y encontré un pequeño estudio gratis, luego me congelé todo el invierno cuando el edificio fue declarado en ruinas. Llevábamos ropa de segunda mano y prendas del ejército (pantalones militares austriacos de cuadros, un abrigo de la marina rumana y un falso gorro soviético de pelo), porque eran baratas y abrigadas, y en nuestro tiempo libre nos manifestábamos contra el Gobierno.

Cuando ya no notábamos los dedos, mi compañero de estudio y yo solíamos ir a una cafetería cercana, nos sentábamos a beber té y proyectábamos arreglar su furgoneta para mudarnos a España en invierno y evitar morirnos de frío. Pero nada de eso importaba cuando el mundo parecía un lugar en el que podía suceder cualquier cosa.

Una tarde de enero, estaba sentada en la cafetería observando cómo los londinenses temblorosos se apresuraban a volver a casa tiritando cuando pasó un enorme y apenado basset hound y ahí estaba Mal, al otro extremo de la correa. Me levanté de un salto, golpeé la ventana y, cuando me vio, se le iluminó el rostro.

Entró en seguida en la cafetería, moviendo los pies y frotándose las manos, y el dueño le señaló un cartel que decía: «Prohibido perros», pero

¿quién iba a resistirse a los encantos de esos ojazos marrones y melancólicos?

—¡Gomez! —Me alegraba de ver a Mal, pero Gomez era menos controvertido, por eso lo saludé primero.

No era un perro muy dado a dejarse llevar por el entusiasmo, pero aguantó el mío.

Me levanté y nos miramos sonriéndonos. Tres años es demasiado tiempo para guardarle rencor a alguien. Por respeto a Hope nadie había confesado nunca que lo echaba de menos, pero todos lo hacíamos. Quizá ella también.

Pedí más té y nos sentamos.

—Tienes buen aspecto —dijo Mal, y le conté que sí, que estaba bien pero con frío, que mi futuro estaba en el aire, pero como el de todo el mundo, ¿no?

Le conté lo que hacía, dónde vivía, que Mattie estudiaba Medicina y que Alex seguía persiguiendo murciélagos. Le hablé de la última ópera de mamá y le conté que ya nadie hacía la Gran Travesía.

Después de una pausa incómoda, preguntó:

—¿Y cómo está Hope? —Nunca pierdas la esperanza con Hope.

—Bien —le contesté. Seguía con Tomas.

No dijo nada.

—¿La echas de menos?

Me miró.

—Cada hora de cada día. Incluso ahora me cuesta explicar lo sucedido. Era como estar hechizado. Cuando me desperté, mi reino había desaparecido. —Mal agitó la cabeza con incredulidad.

—Lo que sucedió fue Kit Godden. Probablemente ande por ahí ahora mismo destruyendo vidas jóvenes.

Mal enarcó una ceja.

—Me las he arreglado para salir adelante. «Ensangrentada, pero no postrada».

Probé a adivinar.

—¿Shakespeare?

—¡Arg! —dijo—. William Ernest Henley. Es de 1890, más o menos, solo te has equivocado unos siglos. —Se aclaró la garganta—: «En la noche que me envuelve, negra como un pozo profundo, doy gracias a los dioses que haya por mi alma inconquistable». Bla, bla, bla, etcétera y tal, «ante los varapalos del destino, mi cabeza ensangrentada, pero no

postrada». Un material muy emotivo.

—«Los varapalos del destino». Es chulo.

—No creo que chulo sea la palabra. —Me miró ceñudo y despectivo. El Mal de siempre.

—Entonces..., supongo que no lo volverías a hacer.

Él se estremeció.

—¿Tú qué crees? —Entonces me escrutó—. ¿Y tú?

El Mal inteligente.

—Probablemente sí. No se me da muy bien decir que no.

Él se echó a reír.

—Al menos eres sincera.

Tomábamos té mientras meditábamos cómo nos habíamos entregado al mismo espejismo. Una conexión abyecta.

—Maldito chico —dijo Mal al fin. Y agitó la cabeza.

—¿Volverás a la playa alguna vez?

—Claro —dijo, en un tono que daba a entender que no.

—¿Lo prometes?

—¿Cómo está Hugo? —preguntó, cambiando de tema.

—Genial. —La verdad es que era genial y seguía siendo mi mejor amigo—. Ahora vive en Londres.

—Eso está bien.

Hablamos un rato más, de esto y de aquello, de Mattie, Tam, obras de teatro, pruebas, Bellas Artes, política, hasta que Mal miró el reloj y dijo que tenía que marcharse. Nos levantamos, me abrazó y no me soltó hasta que amagamos con ponernos sensibleros. Gomez se levantó con gran esfuerzo y se agitó ruidosamente.

—Nos volveremos a ver pronto —dijo Mal.

—¿Sí?

—Claro. —Sonrió y se marchó, basset incluido.

Observé su silueta oscura un rato por si cambiaba de opinión y regresaba, pero no lo hizo, luego llamé a mamá y también a Hugo, y estoy casi segura de que mamá se lo contó a Hope. Quizá Hugo también. Toparse con Mal era noticia.

No volví a saber de él.

Unos meses después Hope recibió una postal de Florence Godden. Todavía vivía en Los Ángeles, estaba «ocupadísima» y «tan tan orgullosa de mi querido Kit», pero no nos molestamos ni en buscarlo en Google.

Capítulo 30

Cuando pienso en aquel verano, siempre lo hago con la sensación de haber perdido algo frágil y efímero, algo que no sé nombrar. Seguimos yendo a la playa y siempre nos lo pasamos bien, pero ya nunca será lo mismo.

Hugo dice que no quiere volver a ver a su hermano nunca más. Dice: «¿A quién le importa lo que le pase a ese cabrón?».

A mí no.

Que no.

De verdad que no.

Pero todavía pienso en ese rostro y en esas manos y en esa voz que me decía que yo era algo más.

Y cuanto más lo pienso más me convenzo de que quizá tuviera razón.